

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 16 - 22 diciembre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 420

EUROPA, SIN DEFENSA



UN ESCENARIO: HUNGRIA

Un protagonista, la mujer (pág. 13)

Entrevista con el Cardenal Pla y Deniel (pág. 9) ● Orjiva, la puerta de la Alpujarra granadina (página 17) ● José Echevarría, de Mondragón (página 23) ● Entrevista con Jorge Campos (página 27) ● Cien años de arte español (pág. 33) ● Torrevieja, cabeza de una Federación mundial (pág. 49) ● Entrevista con Agustín de Foxá (pág. 53)

MAURICIO, YA CASI NADA

Novela de Luciano Castañón (pág. 38)

UNA BARRERA NECESARIA
FRENTE AL DISPOSITIVO
MILITAR DE LA U. R. S. S.

LOS PAISES DE LA ALIANZA ATLANTICA REVISAN SUS POSICIONES

DARD

El primer ataque



Un resfriado, con su sonoro acompañamiento de estornudos, no es sólo una molestia. Puede ser también el prólogo de la gripe, o del catarro. Listerine se creó para combatir infecciones, singularmente las de la cavidad buco-faríngea. Su enorme poder bactericida - reconocido en los Laboratorios oficiales de los E. U. - permite decir que las afecciones catarrales escasean entre las personas habituadas al uso cotidiano de Listerine.

ANTISEPTICO

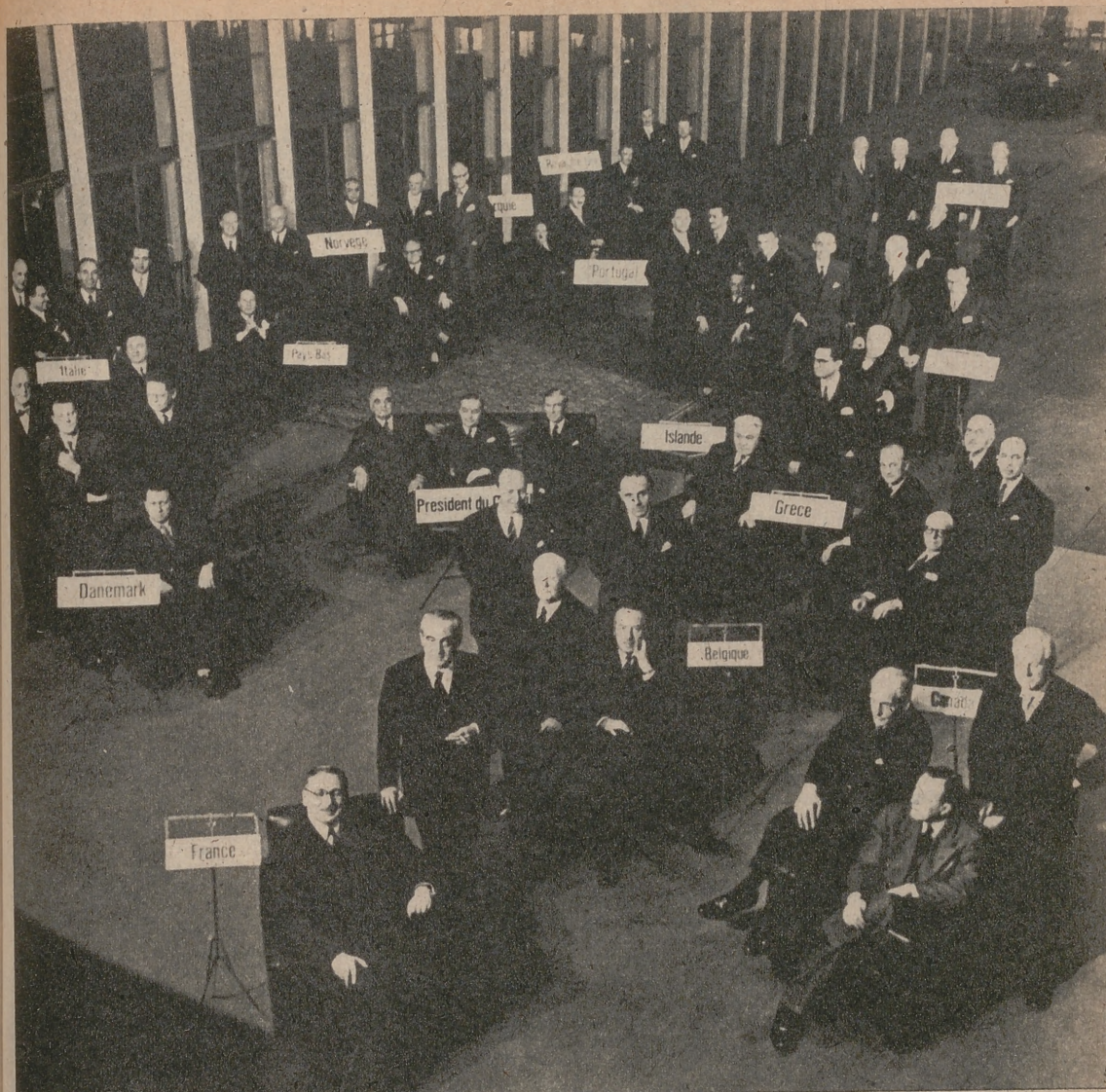
LISTERINE

DESINFECCION BUCOFARINGEA



Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzímica que limpia profunda y completamente





EUROPA, SIN DEFENSA

FALLOS POLITICOS DE UN CONVENIO MILITAR

EL lunes de esta semana abrió sus sesiones en París, en el famoso palacio Chaillot, con la torre Eiffel al fondo, el Consejo de la N. A. T. O., integrado por los ministros de Asuntos Exteriores de los quince países miembros de dicha Organización. No se trataba de ninguna reunión «extraordinaria», sino de las previstas anualmente. Pero los acontecimientos de estos últimos meses le han prestado, efectivamente, un carácter extraordinario y casi diríamos sensacional. El propio lord Ismay, a quien sir Winston Churchill empujó hasta la Secretaría General atlántica, ha declarado que esta reunión del palacio Chaillot es la más importante desde que el Consejo de la O. T. A. N. recaló en Lisboa, en 1954, cuando la Organización se enfrentó con una de sus peores crisis de fondo.

Nos hemos referido a los acontecimientos de estos últimos meses. No es necesario aclarar que estamos aludiendo a la crisis de Suez, de Egipto, o si lo prefieren, del Oriente Medio. Entre las muchas cosas que esta crisis puso en peligro de demolición figura la misma N. A. T. O. La acción conjunta de Inglaterra y Francia contra Egipto, por completo de espaldas a los Estados Unidos, creó unas tensiones tremendas entre Londres y París, de un lado, y Washington, de otro. Ya se ha escrito bastante sobre ellas y no vamos a insistir ahora en el tema. Pero el caso es que en Washington pensaron, con razón, que Inglaterra y Francia no se habían comportado como verdaderos aliados de los Estados Unidos; como si esta alianza, con todas sus obligaciones, no tuviese su carta y su código en el Pacto Atlántico.

Después—también lo saben ustedes—vino lo que vino. Inglaterra y Francia tuvieron que frenar su máquina bélica al pie del Canal, se quedaron casi sin reservas de petróleo y—lo que no es menos importante—de dólares, y al final han tenido que pedir árnica a los Estados Unidos, quien puso precio a su ayuda, tanto en dólares como en petróleo: Retirada de las tropas anglo-francesas acantonadas en Egipto. La evacuación ha comenzado ya. Pero el caso es que en Washington puede resumirse en dos palabras: Inglaterra y Francia han descubierto que, les guste o no, tienen que contar con los Estados Unidos; que su destino tiene que pasar por Washington.

Los americanos, a su vez, tienen la plena conciencia de que toda fisura que se produzca en la Alianza Atlántica beneficiará exclusivamente a la Unión Soviética y al bloque comunista. Lle-

Los americanos, a su vez, tienen la plena conciencia de que toda fisura que se produzca en la Alianza Atlántica beneficiará exclusivamente a la Unión Soviética y al bloque comunista. Lle-

gados unos y otros a esta conclusión, era lógico pensar que la tarea más inmediata de todos era restaurar la confianza y la colaboración de la N. A. T. O.

Y eso es exactamente lo que se ha querido conseguir en París. ¿En qué sentido? Vamos a verlo.

EN BUSCA DE LA UNIDAD

En el articulado constitutivo de la N. A. T. O. está previsto que esta Organización deberá atender a la cimentación de una alianza militar, política, económica e incluso cultural. Esto dice el papel. Pero el hecho es que hasta la fecha la N. A. T. O. se ha quedado estrictamente en una organización militar defensiva que ni siquiera ha alcanzado sus objetivos como tal, pues por un lado los programas de rearme, a tanto para cada país, no se han cubierto todavía, y por otro, numerosas fuerzas asignadas a la N. A. T. O. han sido empleadas con fines no previstos ni consultados con la Organización. Es el caso de Francia, distraendo hombres y material de la N. A. T. O. en Argelia, y es el caso de la misma Francia e Inglaterra obrando de idéntica manera en Egipto.

En París se ha tenido todo esto en cuenta, aunque no por primera vez, pues hace tiempo que se quiere ampliar el campo de la N. A. T. O. a todas las actividades previstas en su articulado. Por eso en el palacio Chaillot se ha gastado más saliva hablando de política que de estrategia. La Organización Atlántica, como instrumento militar, todavía no ha sido puesta a prueba, aun cuando sus últimos mandos supremos, Gruenther y ahora Norstad, han hablado de insuficiencia para hacer frente a un ataque de Rusia, cuestión de la que se ocupa otro trabajo de los que aparecen en este número de EL ESPAÑOL.

Políticamente sí ha sido puesta a prueba por la cuestión de Egipto, y los resultados ya los hemos visto: La N. A. T. O. se bamboleó peligrosamente. No funcionó, en una palabra, la alianza política de los «tres grandes» occiden-



Foster Dulles llega a París para asistir a la actual Conferencia de la N. A. T. O.

tales, base de la Organización. No podía funcionar, esta es la verdad, porque previamente no se habían puesto de acuerdo en muchas cuestiones de suprema importancia, como, por ejemplo, la conducta a seguir en el Oriente Medio.

Ahora, repetimos, se trata de reajustar tanta pieza suelta y de dotar a la N. A. T. O. de «contenido» político, coherente con su contenido militar. Se ha dicho, muy oportunamente, en París que si la N. A. T. O. disponía de un Estado Mayor militar debía ser dotado, igualmente, de un Estado Mayor político, que coordinase las diversas tendencias de los países miembros, al menos para evitar que esas mismas tendencias se volvieran contra la propia N. A. T. O., como acaba de ocurrir. Es evidente que si hubiese existido ese organismo de coordinación y de consulta, Francia e Inglaterra nunca se habrían lanzado a la aventura de Egipto sin consultar previamente a los Esta-

dos Unidos y a los restantes «partenaires». Se habría evitado un salto en el vacío.

En resumen: La N. A. T. O. había acumulado todos los defectos que tradicionalmente acumulan ciertas alianzas. Se habían conjuntado las armas, pero no los pensamientos. Al fin y a la postre se vió claro que la Alianza Atlántica no era tan sólida como se creía, que todo estaba un poco o un mucho montado en el aire, y que necesitaba sólidos apuntalamientos. Por increíble y peligroso que parezca—peligro por los riesgos que se han corrido—, no se había conseguido, al cabo de once años de posguerra, un mínimo de coincidencia en los criterios de Londres, París y Washington. Lo único que les unía—y no siempre en la misma medida—era el temor a un ataque ruso y una vaga línea anticomunista. No era suficiente. Nos hemos cansado de decir que no era suficiente y ahora acabamos de comprobarlo. Ha sonado, pues, la hora de las rectificaciones.

JO. N. U. O. N. A. T. O.

Comprobado este hecho, cuya importancia no hay que encarecer, había que replantear todo desde el principio. Y se ha llegado a una serie de conclusiones. La primera de ellas se ha planteado sobre esta pregunta: ¿Hasta qué punto la O. N. U. puede ser una garantía para la paz?

Los Estados Unidos, como es sabido, canalizaron la crisis de Egipto via Naciones Unidas. En lo que pudiéramos llamar «conciencia atlántica» se ha llegado a la conclusión—expresada sucesivamente en Washington por Pineau y Spaak—de que si bien la O. N. U. es capaz de establecer treguas y de vigilarlas con mayor o menor eficacia, en cambio no es capaz de impedir el estallido de conflictos bélicos. La experiencia abunda en esta apreciación.

Ahora bien; de lo que se trata es de impedir el estallido de conflictos, o sea de prevenir mejor que curar.

En el Occidente se piensa ahora que la N. A. T. O. puede ser ese instrumento capaz de prevenir. Como organismo regional, la N. A. T. O. puede coexistir con la O. N. U., cuya Carta reconoce la legitimidad de estos bloques regionales. Una diplomacia atlántica sin fisuras, perfectamente coordinada y digamos preestablecida, daría siempre la respuesta exacta del Occidente a cualquier iniciativa soviética. Del Occidente en bloque y no de sus miembros aislados. De aquí nacería su fuerza y, repetimos, no se recaería en aventuras tan catastróficas como la de Egipto.

EL FRENTE DE CASA

Pero no es esto todo. Hay también un «frente interno» de la N. A. T. O. en el que chocan los intereses y las discrepancias de los países miembros. Un ejemplo: Chipre, fuente de discordias, como sabemos, entre tres países miembros de la N. A. T. O.: Inglaterra, Grecia y Turquía. Esta cuestión ha provocado ya más de una crisis interna en la Organización Atlántica. Se quiere también evitar este peligro.

En París, y en el informe de los



El general Gruenther (a la izquierda) y su sucesor en el puesto de jefe de la N. A. T. O. general Lauvins Norstad, con el primer ministro francés, Mollet (en el centro).

llamados «Tres Sabios» (Gactano Martino, de Italia; Lester Pearson, de Canadá, y Halvard Lange, de Noruega), éstos se han pronunciado sobre esta cuestión interna, proponiendo, según nuestras noticias, que en caso de litigio entre dos o más países miembros el Consejo de la Organización debe nombrar una Comisión de dos o tres miembros encargada de examinar el caso y someterlo al Consejo, que sería dotado de poderes suficientes para arbitrar.

UNA GRAN TAREA

Así están planteadas las cosas sobre el papel. No se trata más que de un planteamiento inicial, pues ya comprenderá el lector que no es grano de anís unificar la política atlántica existiendo como existen tantas discrepancias de fondo entre las diplomacias inglesa, francesa y norteamericana, bastante anteriores, por cierto, al alumbramiento del Pacto Atlántico en abril de 1949. Por otro lado, esas discrepancias, puestas tan de manifiesto por la crisis de Egipto, han creado en el seno de la Organización antagonismos difícilmente superables, agravados en esta ocasión por el fracaso anglofrancés en Suez, por la humillante retirada que han tenido que aceptar a cambio, como decíamos más arriba, del petróleo americano y por la crisis económica que se ha derivado de tan desafortunada operación. De forma que una sola sesión del Consejo de la N. A. T. O. será insuficiente para tapan tanto agujero, y bien podemos preguntarnos si es posible que en un próximo futuro se tapen todos los agujeros.

Sobre esta posibilidad toda duda es legítima. Los telegramas de París de los primeros días de la semana nos decían que los señores Mollet y Dulles no se ponían de acuerdo en cuanto a la política a seguir en el Oriente Medio, y hay más de un motivo para suponer que al secretario de Estado americano le resultaba difícil atraer a sus puntos de vista a los ingleses.

En Extremo Oriente ya es sabido que Inglaterra y los Estados Unidos no coincidían, como lo demuestra su manera de enfocar el problema básico de la entrada de la China roja en las Naciones Unidas. Hay quienes se preguntan si esa unidad política y diplomática que persigue ahora la N. A. T. O. no desborda las posibilidades de entendimiento entre Washington y Londres. En el mejor de los casos ha de transcurrir todavía mucho tiempo antes de que el Pacto Atlántico deje de ser exclusivamente un instrumento militar defensivo. Los diplomáticos y estadistas de los países implicados tienen por delante una tarea gigantesca.

«LEADERSHIP» Y «PARTNERSHIP»

Entre los propósitos llevados a la mesa de conferencias del palacio Chaillot figura un viejo anhelo de los aliados atlánticos: Sustituir la «leadership» de los Estados Unidos por la «partnership». Sustituir en una palabra, la pura y simple jefatura de los Estados Unidos sobre el mundo atlántico por una cooperación de todos para todos en un pie de igualdad.



Un acto en la Escuela de Radar al servicio de las potencias del Pacto Atlántico, instalada en Italia

Hasta la fecha, la inscripción de la N. A. T. O. en un terreno exclusivamente militar imponía la jefatura de los Estados Unidos, dispensadores universales de armas y dinero para los países de la N. A. T. O. Esta jefatura, sin duda alguna legítima por aquello de que quien pone la guitarra tiene derecho a tocar en ella, ha sido una constante fuente de resentimientos en el seno de la familia atlántica. Países tan orgullosos como Inglaterra y tan impregnados de su misión civilizadora como Francia sólo a regañadientes aceptaban esta jefatura. En su decisión de atacar a Egipto sin consultar previamente a Washington hubo mucho de rebeldía contra la autoridad «paterna», de querer demostrar que uno ya es un hombrecito que sabe andar solo por el mundo. El regreso a casa se hizo con las orejas gachas, pero es evidente que el bloque atlántico tiene que curarse de esta clase de complejos.

Si la Organización alcanzase

en un próximo futuro su unificación política y diplomática, la jefatura de los Estados Unidos podría ser sustituida evidentemente por el mismo Consejo de la N. A. T. O., que hablaría en nombre de todos en todas las circunstancias y la «partnership» tendría, cuando menos, la virtud de no herir susceptibilidades y de evitar a la sensibilidad europea las apariencias de su dependencia de la respiración de Washington.

Llegamos al final de nuestro trabajo con la conclusión de que si algo bueno podía salir de tantos males como han ocurrido en el mundo en estos últimos tiempos ello podría ser la transformación de la Alianza Atlántica en un más eficaz instrumento de paz y de cooperación entre los países libres. La historia tiene su administración, y ésta, cuando es buena, permite siempre sacar algún beneficio hasta de los peores males.

M. BLANCO TOBIO

RECUESTO DE FUERZAS EN EL CUARTEL GENERAL DE LA N. A. T. O.

LTIMAMENTE no se ha hablado mucho de la N. A. T. O. Desgraciadamente había poco que hablar de ella. La organización, nacida con tanta dificultad apenas hace ahora siete años, la verdad es que se antojaba prematuramente oxidada. He aquí que en este instante, cuando se teme más por su inoperancia, la reunión se convoca con caracteres extraordinarios entre los quince Estados que la integran. ¡Ojalá tenga éxito esta vez! Son demasiado graves, en efecto, los problemas que pesan sobre el mundo y la amenaza que se cierne, sobre todo, sobre la Europa occidental, para que la situación actual de desgana y de abandono se prolongue un día más.

La humanidad acaba de ser testigo paciente de cuanto ha ocurrido: en Hungría, la política

del tirano soviético para con este noble y heroico país; se ha limitado a responder a las demandas derivadas de los más sustanciales y primarios derechos del hombre con el envío de tropas blindadas y con el aplastamiento de todo un pueblo, mujeres y niños incluso, por las formaciones de carros ultrapasados, modelo «Stalin». Para Rusia todo otro razonamiento no vale nada. Ninguna otra dialéctica le interesa. Todo para ella es cuestión de fuerza material; de cañones, de carros, de aviones. Ningún otro argumento entiende, ni examina siquiera. «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?», preguntaba un día, entre cínico e irónico, Stalin en cierta reunión internacional en donde se le objetaban razones espirituales a sus planes de brutal agresividad.

Como tantas otras cosas, la N. A. T. O. fué concebida antes que nadie por España. Concretamente, por su Caudillo. Ocurrió ello justamente el 8 de octubre de 1944, cuando aun sin terminar la guerra nuestro Generalísimo escribía al duque de Alba, a la sazón embajador español en Londres, para que expusiera a Churchill las preocupaciones que se derivaban de la marcha de los acontecimientos y de las ambiciones y malos modos que ya no simulaba a la sazón la U. R. S. S. Claro es que el «premier —ese gran «diplomata de la estrategia», como agüiten le llamara un día— quitó hierro a las cosas y aseguró que nada enturbiaría en el futuro las buenas relaciones entre las Naciones Unidas ¡Las Naciones Unidas! ¿Y quién se atreve a hablar de semejante «unión» a estas alturas?

En fin, en mayo de 1945, era ya Truman el que acuciaba a Churchill para buscar una solución a los problemas occidentales, sobre todo a causa del debilitamiento de Francia. En mayo de 1946, en el discurso de Fulton, al fin el «premier» lanzaba la iniciativa —¡que antes había rechazado precipitadamente!—, y el 4 de marzo de 1948 nacia la Unión Occidental —la primera piedra del Pacto— en Bruselas, al integrarse en un naz Bélgica, Luxemburgo y Holanda —el Benelux— además de Francia e Inglaterra. El Pacto Atlántico surgió en seguida, en Washington, exactamente el 4 de abril de 1949. Le integraron originalmente, además de estos países, Canadá, Dinamarca, los Estados Unidos, Islandia, Italia, Portugal y Noruega, invitándose a incorporarse al mismo a Grecia y a Turquía. Lo que, efectivamente, hicieron ambos países poco más tarde. Ultimamente, a estos catorce miembros, más o menos originales, se ha añadido Alemania occidental. En total, como decimos, quince Estados; que representan 20 millones y medio de kilómetros cuadrados —algo menos que la U. R. S. S.— y 334 millones de habitantes —más de vez y media la población de la Unión Soviética—. Un enorme potencial, pero más numérico que real. Distingámonos que en Europa, los países de la N. A. T. O. apenas suman tres millones de kilómetros cuadrados (una séptima parte de

la extensión rusa) y que la población de estos países aliados europeos no pasa de 258 millones (esto es, cinco cuartas partes de la soviética).

LA ÚLTIMA FORMULA DE NORCTAD: AVIACION DE GRAN BOMBARDEO Y COHETES

La N. A. T. O. comenzó con dificultades. En 1950 disponía tan sólo en Europa de 14 divisiones y unos pocos cientos de aviones. ¡Apenas nada! Lo que una potencia media, Montgomery mostró su pesimismo y desilusión. En 1951 los aparatos llegaron al millar, pero las divisiones sólo se aumentaron en una. En 1953, la N. A. T. O. llegó a contar 50 divisiones, más otras tantas de reserva —cuya utilización a plazo fijo era por demás problemática— aunque mejoró su aviación y llegó a disponer de 125 campos militares a su servicio en Europa. Desde entonces acá ha habido algunos progresos, pero, en definitiva, mucho más nominales que positivos. Han aumentado los efectivos desde 1950, de cuatro millones de combatientes a cerca de siete. Los presupuestos pasaron de 1949 a 1953, de 20.000 a 63.000 millones. Ultimamente estos presupuestos se han aumentado aún más. Pero un examen de cada uno de los países miembros nos dará la pauta de sus posibilidades inmediatas.

Luxemburgo es un Estado minúsculo, tan chico como la más pequeña provincia española. Su eficacia militar se reduce teóricamente a un regimiento. Islandia no tiene más habitantes que La Coruña. Carece de toda fuerza militar. Recientemente se negó a utilizar la persistencia de bases aéronavales americanas en su suelo. A última hora se ha vencido esta dificultad. Pero de su disposición como aliada dice bastante el dato. Bélgica, Holanda y Dinamarca tienen extensiones comprendidas entre nuestra Galicia y Aragón. Noruega es más grande que la mitad de España, pero su población no supera a la de Cataluña. Queda en la lista nuestro fraterno Portugal, bien unido a nuestra Patria; Turquía, eso sí, grande como vez y media España, pero con una población equivalente a las dos terceras partes de la nuestra, y la peque-

ña Grecia, dos veces y pico más extensa que nuestra Castilla la Nueva y con una población análoga.

Inglaterra, Francia e Italia tienen cada una de 45 a 50 millones de habitantes. Y serían potencias muy poderosas sin sus graves crisis respectivas. Inglaterra, por ejemplo, ve resquebrajarse un Imperio secular y grandioso; padece una difícil situación económica y muestra una evidente debilitación militar. Francia sufre una situación interna inestable y en el exterior la afligen tan graves problemas castrenses que, en realidad, todo el potencial bélico metropolitano está desplazado en África del Norte, Oriente y la Indochina. Italia no ha podido curar aún sus heridas de la guerra. Muchos de los países del Pacto, por añadidura, están sometidos a fuertes influencias internas criptocomunistas o comunistas lisas y llanamente. Es el caso de Italia y aun de Francia.

En resumen, el potencial de la N. A. T. O. radicante en Europa es escaso. Queda, eso sí, el refuerzo germánico. Alemania occidental se dispone a organizar y equipar doce divisiones excelentes y a prever la constitución de otras tantas más de reserva inmediata. Un buen sumando. Superior en eficacia, desde luego, al de todos los miembros de la N. A. T. O. en Europa. Pero todo ello no podrá, ciertamente, improvisarse, ni el Gobierno de Bonn puede llevar las cosas más de prisa de lo que las circunstancias exteriores e interiores le permiten.

En realidad, pues, todo el Pacto Atlántico incluye efectivos militares terrestres relativamente poco importantes, si se les compara con los del presunto adversario. Pongamos 19 ó 20 buenas divisiones yanquis, por muchos conceptos la mejor partida de este activo; las doce germanas, cuando se terminen de crear —cuatro años, aproximadamente—; otras doce turcas de buenos soldados, equipadas con material americano; cinco griegas; las de los países del Benelux, alrededor de seis, y escasos efectivos más de daneses y noruegos, por un total equivalente a otra división y media o dos divisiones más, Portugal conserva en su país todas sus tropas. Los ingleses tienen en Alemania



Oficiales de los distintos países miembros de la N. A. T. O. asisten a un curso técnico en la Escuela Militar de París



cuatro divisiones, y el resto, hasta doce del «Regular Army» y otras tantas del «Territorial Army», en las islas y en ultramar. Los franceses—14 ó 15 divisiones— como hemos indicado, emplean el total casi de sus soldados en defender sus posiciones fuera de la metrópoli. Italia dispone de doce divisiones. Dada la abundancia de comunistas en el país y las circunstancias de éste, su valor militar hay que demostrarlo. Las demás naciones europeas—Suecia y Suiza, principalmente— son neutrales.

¡Sueñan aún que, en caso de guerra, serían respetadas! España no pertenece al Pacto, ni siquiera se nos invitó jamás a integrarle. Siete países europeos más—Alemania Oriental, Polonia, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Albania— ochenta divisiones!—están comprometidos a Rusia. Yugoslavia 1 ó 14 divisiones es un país comunista. Y, en fin allá del telón de acero queda Rusia, de la que Lord Ismay secretario general del Pacto Atlántico, cree saber que dispone de 175 divisiones, de ellas 65 blindadas y motorizadas, número aquél que en el simple plazo de un mes podría elevarse, gracias a la movilización prevista, a 400 divisiones, además de 20.000 aviones y 400 submarinos.

No es de extrañar que ante este cuadro los mandos responsables no oculten su pesimismo. Grunther ha hablado en este tono más de una vez. Voces análogas e igualmente autorizadas han puesto de manifiesto la falta de una eficaz defensa occidental. Se ha intentado—¿qué otra cosa podían hacer los profesionales?—nivelar o atenuar al mé-



Fuerzas de la N. A. T. O realizan maniobras. Desembarco de «comandos», ejercicios con tanques y adiestramiento de unidades alpinas

nos esta indefensión mediante procedimientos operativos. Así surgieron planes ingeniosos, como el del alemán Speidel; el del propio del ex generalísimo de la N. A. T. O., Gruenther; y la tesis de las «posiciones-erizo» y, en fin, la última fórmula de Norskad, que consiste en renunciar a toda acción ofensiva en tierra y pretenderlo todo de la aviación de gran bombardeo y de los cohetes. ¿Qué otra cosa cabría hacer, en efecto? Al mando supremo de Fontainebleau le falta evidentemente mimbres para fabricar su cesto. No es posible la defensa sin medios, y menos en estos días de la guerra supertécnica; ni que «los pocos» rechazan sistemáticamente a «los muchos», porque ya en su día Clausewitz aclaró que «la ley del número» sólo pocas veces y siempre dentro de ciertos límites, puede ser superada.

UNA POLITICA DE CIERRE DE PUERTAS

Dos problemas, en fin, gravan por así decirlo al Pacto Atlántico. De una parte las intransigencias políticas de los propios países asociados. De otra, la falta de una continuidad y del incremento debido de la política militar. Lo primero pudiéramos denominarlo «desavenencias», pleitos interiores, diferencias sin razón las más de las veces. La cuestión de Suez, por ejemplo, distanció amplia y gravemente a América de los anglofranceses, aunque afortunadamente el bloque parece volver a integrarse. Las torpezas políticas puestas de manifiesto en el mundo árabe, en Chipre, en Gibraltar, perjudican mucho la causa occidental y no benefician nada a las potencias que los cometen. El pacto del Atlántico Norte, que nació así para asociar a los países del océano septentrional nació cojo. ¿Por qué limitar a éstos la defensa del Occidente, que interesa a todos los pueblos no comunistas por igual, no sólo de Europa, sino de Africa, de Asia y de todo el mundo? La verdad fué que la debilitación derivada de aquella extraña limitación geográfica se procuró aliviar mediante la incorporación al pacto del Atlántico de potencias netamente mediterráneas. Es el caso de Italia, Y de Grecia Y de Turquía. En cambio no se invito a España, que tiene más litoral atlántico que casi todos los miembros de la N. A. T. O., y no hablemos ya de una posición geográfica más ventajosa. «El pacto del Atlántico»—escribía en su día una pluma autorizada en los Estados Unidos—«tiene una debilidad fatal, porque olvida a España...» «España debe incorporarse sin más al pacto Atlántico», decía también Mac Carran. Un día la Casa

Blanca dió por su cuenta el paso definitivo. España y los Estados Unidos, sin pacto Atlántico, se unieron por los acuerdos de Madrid. En realidad la política defensiva frente al agresor soviético está fraccionada así en multitud de alianzas, pactos y convenios. Al margen del citado y de la N. A. T. O., mencionemos el de Rio de Janeiro, el del Japón, el de Manila, el llamado Anzus, el de Filipinas, el de Corea, el de Indochina... ¿Por qué no unir a todos estos países, que tienen por lema el denominador común de su anticomunismo?

Ahora se trata, dicen de Washington, de dar mayor auge al proceso de interdependencia entre Europa occidental y el Oriente Medio, de fortalecer la propia N. A. T. O. ¿Y por qué no, en efecto? ¿No es mejor incluir al mundo árabe, a los países del Próximo Oriente—queremos enjuiciar dentro del ámbito indicado—entre los amigos que entre «enemigos»? Eisenhower pretende, según tales informadores—y hace bien—, que incluso los «países menos desarrollados» puedan ingresar en la alianza, y hasta se dice que pretende hablar al Nehru para contar también con el apoyo de los países afroasiáticos.

Sin duda alguna el potencial militar de la N. A. T. O.—de la Liga anticomunista mundial, mejor llamada para nuestra hipótesis, ganaría grandemente si a la política de cierre de puertas, sucediera otra no sólo que las abriera, sino que invitara y ayudara a las potencias de todas clases para que se integraran en dicha coalición.

UNA DIVISION POR CADA MILLON DE HABITANTES

El otro aspecto de la cuestión que antes apuntamos es el de ritmo lento del incremento del potencial militar de los países miembros. Sin duda en parte deriva del problema antes indicado. En realidad las naciones de la N. A. T. O., salvo, desde luego, los Estados Unidos—que representan cinco sextas partes de los gastos militares generales— y hasta cierto punto Canadá no incrementan su potencial bélico de modo convenientes y adecuado. Cuando lo hacen en algunos casos—Francia e Inglaterra—lo hacen siempre por necesidades perentorias propias y para la exigencia de la realización de sus planes militares de ultramar. Pero no en beneficio ni mucho menos, de la organización general. Carecen para hacer esto último, entre otras cosas, de recursos. ¡Aquellas aventuras exteriores los consumen todos! He aquí que ahora los Estados Unidos van a ofrecerles, al parecer, medios más

abundantes para la defensa común. El esfuerzo general debe sin duda ser mucho más generoso y amplio. Puede sostenerse que una organización convenientemente armada en estos momentos en los países civilizados y progresistas del mundo puede permitir poner en servicio una división por cada millón de habitantes. Así Francia debería tener cuarenta y tantas, como Italia. De este modo sólo los actuales países de la N. A. T. O., aplicada esta regla—que es vigente, desde luego, en Rusia y casi integrante en Grecia, Turquía y aun en nuestra propia Patria—podrían tener sobre las armas en este instante no sólo medio centenar de divisiones actuales, sino justamente 260, esto es, tanto aproximadamente como Rusia y sus satélites. Para ello sería menester dos premisas previas: la aproximación verdad, cordial y eficiente entre todas las potencias de la N. A. T. O., y el cese de toda política de particularismos y discrepancias. Dado por supuesto como se ha apuntado, que el pacto se generalizara, que cabe que el mundo anticomunista pudiera poner sobre las armas un ejército tan superior al soviético—incluido satélites—que evitara por su mera presencia y constitución—la guerra que hoy amenaza al orbe, porque nadie se engañe: si Rusia teme por el resultado de la agresión que fragua se volverá súbitamente cuerda en el acto. ¡No está tan loca como para suicidarse!

Tal es el cuadro del momento. No hay que engañarse. El potencial bélico occidental es demasiado inferior al ruso—en gran parte de los armamento—como para alegremente suponerse garantido de la amenaza soviética. Oficiosamente Fontainebleau ha hecho oír su voz en estos momentos trascendentales que preceden a la reunión de París. Las fuerzas militares de la N. A. T. O.—se ha dicho—todavía no llegan al mínimo necesario fijado por sus jefes militares para la seguridad europea.

Tal es la estricta verdad. El Occidente puede y debe armarse en consecuencia. He aquí el programa que los Estados Unidos al menos, parecen decididos a presentar en París. La reunión va a ser, pues, importante. Ya han sido demasiadas las que sistemáticamente no han hecho sino lamentarse de la situación militar lánguida y débil que nunca se ha logrado superar. ¿Lo será ahora? He aquí lo que todos debemos desear. Lo que el mundo anticomunista occidental precisa con urgencia. ¡Lo que evitara crímenes como esos de Hungría que acabamos de presenciar impotentes y avergonzados.

HISPANUS

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS



ENRIQUE, CARDENAL PLA Y DENIEL: PRUDENCIA, CELO, SILENCIO Y LABORIOSIDAD

OCHENTA AÑOS DE VIDA Y TRES LUSTROS
EN LA SEDE PRIMADA DE TOLEDO

ANDANDO por las calles de Toledo he ido en busca de una respuesta. Tantos rincones y esquinas, senderos urbanos y pasadizos pendientes y multiplicidad de planos obligándome iban a caminar despacio, con tiempo y sin prisa. Es la Historia. La Historia que en cada portada se anuncia con un escudo y unos arcos y columnas, es la que aquí—i mpo quieto, petrificado—me enseña, me aconseja: «despacio, d spacio».

Y despacio voy. Despacio y ojo alerta. Veo gente extraña por su color y atuendo que anda retrocede y titubea. Gente que mira, frunce el entrecejo para acomodar sus pupilas y termina apuntando con una máquina fotográfica: turistitas. Y otros que pasan miran indiferentes y siguen, pero que siguen con cierto regocijo interior: tolecanos. Qué sorpresa para los antepasados! Porque Toledo es

una renta de la Historia. Pero no una renta meramente económica, cuya afirmación constituiría ofensa; también renta—podríamos llamarle además sustrato vivo—de culturas y civilizaciones que por España pasaron. Y aquí está, por ello, la Sede Primada de la Iglesia Católica; es decir, de la Iglesia española. Ciudad, por tanto, eterna, guardadas las proporciones. Porque, vistas las cosas con ojos de nuestros días, ¿quién sabe dónde empieza y dónde termina Toledo?

Ese poso histórico, hecho monumento y marca, avala la respuesta de lo que busco. Quiero decir: la fluencia humana a través de los siglos otorga a los presentes, herederos inconscientes de la experiencia del tiempo, una mesura y sentido crítico—erudito y popular—que no lo tambalea el viento o la corriente de un día. Hay en ellos el don de esperar la decantación de los hechos.

Y he preguntado: ¿Qué tal vuestro Cardenal?

Ellos han contestado y yo lo he resumido todo en cuatro palabras: prudencia, celo, silencio y laboriosidad.

Aquí queda con todo el valor plebiscitario de su contenido.

SILENCIO Y VERDAD.— LAS CONVERSACIONES CON UNAMUNO

Intentar hablar con el Cardenal Pla y Deniel sobre su persona y obra es empresa irrisoria, fallida de antemano. Vano empeño el de traspasar su cámara de silencio. Silencio es lo que me y sobrecoge a quien asciende por las severas, escuetas castellanas y firmes escaleras de su palacio. Nadie sale al paso. El blanco y negro de sus mármoles, las sobrias líneas arquitectónicas, los oscuros cuadros de reyes de Aragón que decoran sus blancos muros, todo ello vierte un vaho de sombría austeridad, de que tanto se habla con referencia a lo español. Los pasos retumban y luego se pierden. Al lado del primer descansillo queda una especie de galería abierta a un patio interior alegre y dispuesto a darlo to-

do a la alegría de la Naturaleza. Ahora todo está seco. Pero bajo los arcos revolotean y pían tres pájaros en tres jaulas, único vestigio de vida palpitante.

—Obra es todo ello del actual Cardenal—me dijeron después.

En efecto, el doctor Pla y Deniel quiso dar salida a esta pequeña plaza triangular, limpia y renovada, que tiene como conorno tres solas fachadas: la catedral, el Ayuntamiento y el palacio arzobispal. Más que una plaza parece un hueco urbano, serio y majestuoso, hecho para estacionarse, callar y contemplar.

—Son unas obras que ha dirigido personalmente.

Toledo está atento a este palacio, porque este palacio es el punto de referencia de gran parte de sus cosas. Y sigue sus cambios, sus peripecias y acontecimientos. Sabe que en sí no es más que un cúmulo de casas agregadas hasta comprender una manzana. Pero casas ricas de arquitectura y recuerdos, como todas las de Toledo. Y cada cardenal ha ido dándole forma en busca de la unidad funcional, sin detrimento de la singularidad de cada una de las partes agregadas.

—Esas escaleras que usted vió, y el vestíbulo y la puerta, todo ello era un hueco inservible e inhabitado.

Y sabe Toledo que su Cardenal es de familia barcelonesa económicamente potente. Y sabe—no sé cómo—que esta importante reforma es muy personal.

Algo forzada es la disposición de estas escaleras, no muy anchas, donde el lujo está suplido por el decoro adecuado a un recatado señorío.

—¿Con quién me encontraré? —se pregunta uno mientras asciende.

Asciende uno, sigue ascendiendo solitario e impregnado de silencio. Se llega a una puerta final y, aunque abierta, hay que pulsar un timbre para que alguien acuda. Y acude primero el eco de los pasos y, bastante después, la persona. Ya dentro de la galería, cae uno en la cuenta: «estoy en otro tiempo». Galería cerrada

por ventanales de cristal entre columna y columna; arcones viejos con grandes candados y pesadas cerraduras; escudos en relieve; artesanado algo arabesco y puertas de mucho peso.

—¿Es que nadie viene por aquí? —me preguntó. ¿Se vive en aislamiento total?

No es acertada mi suposición. Aquí, todos los días son hábiles para la visita. Gusta el Cardenal de recibir a los sacerdotes de su extensa archidiócesis, a excepción de los lunes en que despacha ampliamente con el obispo auxiliar. Pero es suficiente para interrumpir este despacho la presencia de algún sacerdote de arciprestazgo lejano. No es dado a la tertulia, ni a entretener el tiempo en conversaciones vanas, pero sí a la conversación de objeto concreto o, por lo menos, de objetivo muy cercano a su misión. Puede afirmarse que con Unamuno tuvo relaciones cordiales. El rector salmantino le hizo ambiente antes de su llegada a la sede episcopal de Salamanca, y luego fueron frecuentes las conversaciones de ambos.

—¿No abordaron el tema religioso?

—Unamuno llevaba preparadas sus conversaciones.

Cualquiera que fuese el resultado de estas conversaciones—no he podido llegar más lejos en mis investigaciones casi en forma de encuesta—hay algo positivo, obediendo «a posteriori»: el inquieto pensador, que siempre anduvo a saltos mentales contra esto y aquello, jamás estuvo frente a su obispo. Hubo un mutuo respeto personal. ¿Qué buscaba Unamuno? Si cabe pensar por nuestra cuenta qué podría esperar el doctor Pla y Deniel. Pero parece que la muerte del hombre lleno de angustia se presentó inesperada.

Esta engañosa cámara de silencio con que envuelve su laboriosidad puede llevar a conclusiones falsas. No es un apartamento, un aislamiento de lo humano como tal. Al contrario, siempre abierto y asequible está. Pero el trabajo es el trabajo. Recuerdo que en ocasión no lejana, con ocasión del Documento Pastoral Colectivo del Episcopado Español sobre los intelectuales, hube de venir también en misión profesional. El mismo escenario, el mismo ambiente: esta gran antesala de 5 por 12 metros, estas doce sillas tapizadas de rojo, dos mesas adosadas a la pared, la humilde y sencilla mesa cuadrada del centro sin más adornos que los cantos fuertes de cuatro o cinco gruesos libros sobrepuestos, la birreta roja en una bandeja, la cruz prelacial en un rincón, varios cuadros y un tapiz sencillo.

—¿Ha pedido usted audiencia? —me preguntaron.

—No.

Dubitativo se marchó este familiar, que por cierto supe que era el chófer, y ahora sé que se llama Victoriano. Era una hora algo inoportuna por ignorancia mía, factor éste el de la ignorancia que tiene muy en cuenta nuestro Cardenal Primado. Entró, a poco salió e inmediatamente tenía franca la puerta de la sala de audiencia. Mis conclusiones fueron: sencillo, cordial, de riguroso pensamiento y firme posición. Su palabra lenta, precisa y propia, sabía sazónada con un gesto que



El Primado de España hace su entrada en Toledo en marzo de 1942

invita a confianza y al mismo tiempo que agrada y halaga, invita a continuar el diálogo. Pero en el fondo se adivina el rigor mental y la disciplina íntima de que sabe quien dice lo que dice.

Salí entonces con ganas de volver. ¿Qué mejor impresión?

Pero de esta cordialidad tal vez tenga triste experiencia, a lo menos los hechos inducen a ello. Porque en los años 1936 y 1937, años decisivos de nuestra España de hoy, fué muy abierto y asequible a la Prensa, tanto nacional como extranjera. Eran los días de dar a conocer nuestra verdad, y para ello no dudó en recibir a periodistas incluso de otras religiones. Pero muchos de estos periodistas no dudaron tampoco en dar a conocer la verdad a su manera, a veces la no verdad. Y ahí fueron sus primeras sorpresas: llegaron recortes a su despacho, enviados por obispos extranjeros, testimonio escrito de la víctima, de la primera víctima, de las guerras: la verdad.

No es difícil adivinar su pensamiento. Nuestro entonces obispo de Salamanca, doctor Pla y Deniel, iba con y por la verdad; y los otros, ellos, venían con y por las libras, dólares, etc.

Y el doctor Pla y Deniel aborrece la mentira. Precisamente cuando alguien trata de deformarle o adulterarle la verdad es cuando descarga el peso de su justo castigo o decisión fuerte.

OGHENTA AÑOS: SOLO SIETE HORAS DE DESCANSO

La autenticidad, complemento o base de partida de la verdad que procura siempre sostener y defender, es otra de las cualidades que se desprenden de su personalidad. Gira en torno de lo que es y debe ser. Así piensa y así dice u obra. Y siempre midiendo y pesando valores.

—Pero ¿qué importancia tiene el llegar a los ochenta años de edad?— vino a decir a la Corporación Municipal de Toledo cuando, tras no pocas instancias, le tributo el homenaje de la concesión de la Medalla de Oro de la ciudad.

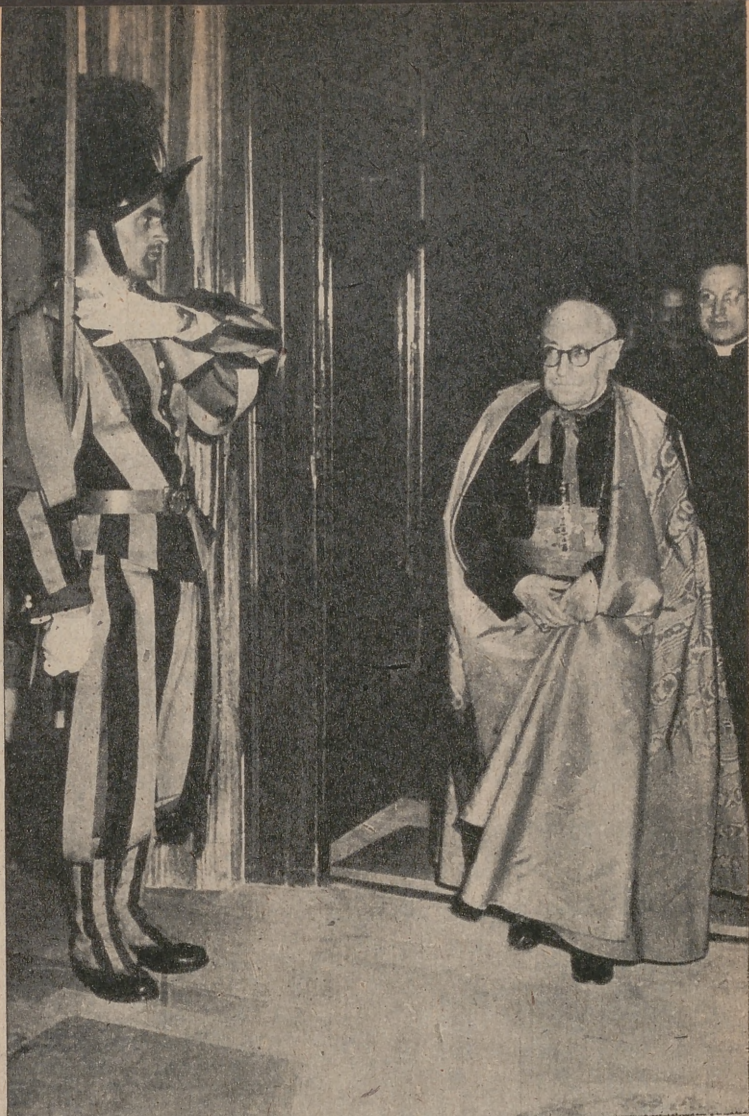
Ninguno de los presentes se extrañó mucho, porque todos conocían la fuerte y fortificada sencillez del prelado.

—A los ochenta años se llega, y nada más — insistió familiarmente.

Claro, los presentes no pensaban así. No es meritorio el llegar a los ochenta años, pero sí lo es regir la archidiócesis durante quince años con prudencia y celo pastoral extraordinarios entre las profundas heridas de una guerra. Y Toledo ha hecho cuentas de la reconstrucción espiritual y material: templos, Seminario, Casa Sacerdotal, la Casa de Ejercicios Espirituales, el Palacio Arzobispal, la Acción Católica, el Cabildo...

—Quince años de gobierno de la diócesis, a la vez que la primacía de España— dice con cierto entusiasmo un diputado provincial—. Son pocos, poquimosos, los titulares de esta sede que han permanecido tanto tiempo.

Y la sede es de amplia jurisdicción, sólo aventaja en extensión territorial por la de Sevilla antes de los recientes reajustes y disgregaciones. Toledo tenía 26.813 kilómetros cuadrados.



El Cardenal Pla y Deniel, en el Vaticano

Sevilla 27.716. Dentro de los límites de la diócesis de Toledo había cinco arciprestazgos de Guadalajara—la mayor parte de la provincia—, dos arciprestazgos de Albacete, parte de Granada, Jaén, Cáceres y Badajoz, y la casi totalidad de la provincia de Toledo. En total: 364 parroquias. La relación entre parroquias y kilómetros cuadrados nos da idea de las distancias. Ahora, en pleno proceso de rectificaciones de límites, no se sabe la extensión.

Curioso por conocer el movimiento interno, he ido hurgando aquí y allá. Es la única manera de saber, porque información directa y personal en lo tocante a su persona y obra es cosa amablemente negada. Y he preguntado por la correspondencia diaria.

—Un promedio diario de cuarenta cartas— he llegado a saber—. Pero sólo una sexta parte de la provincia.

—¿Y en este orden de cosas es también de mucho rigor?

—En este orden de cosas, más bien es detallista y minucioso. Redacta de su puño y letra el borrador íntegro de las comunicaciones y documentos. Y los repasa antes de firmar. Cuida los acentos y no le agrada la mecanografía imperfecta.

Preguntando, preguntando he llegado a saber que nadie sabe las condecoraciones que le ha impuesto.

—En Madrid están, guardadas en el Palacio de la Cruzada. Ni el mismo podrá asegurar un número exacto.

Andando, andando, diviso un hermoso patio toledano, que antes fué comedor cubierto. Un patio cuadrado, con azulejos, amplia galería en su segunda planta, guarnecida de fuertes maderos, teja árabe. Pero este patio se encuentra a su vez en una segunda planta, lo cual no quita nivel de una calle trasera. Es que en la estructura de las casas se refleja la diferencia de planos y niveles de las calles toledanas. Calles estrechas, tortuosas y empinadas, y casas que tienen que dar cara a esas calles de distinto nivel. No sabe uno dónde encontrará una puerta, si arriba o abajo, a derecha o izquierda. Por las líneas y colores del conjunto de la ciudad, creese una andar por un vivo y apretado aguafuerte.

Contemplando otro patio interior, animado con palmeras, cigo:

—Aquellas puertas que dan a la galería son las del comedor. Y en esa galería toma algunas veces, y brevemente, el sol.

—¿Qué habitaciones ocupa?

—Sus habitaciones particulares son: un despacho, dormitorio, cuarto de aseo y biblioteca. Las más apartadas y peores.

No tiene como familiares, habitantes en el palacio, más que

el deán de la catedral, el mayordomo y el capellán que al mismo tiempo es secretario particular. Para el servicio: una señora que atiende la cocina y el ayuda de cámara.

Y así viven en este palacio silencioso, con un reglamento consuetudinario. A los ochenta años, el mismo régimen de vida que en Avila, su primer episcopado a los cuarenta y tres años de edad: levantarse a las seis y media de la mañana en todo tiempo; misa a las ocho y media; desayuno a las nueve y media. A las diez comienza el trabajo hasta las dos y media. Le acompañan durante la comida los citados familiares. Terminado el almuerzo todos juntos se trasladan a la capilla. Y después se retira a sus habitaciones para leer la prensa.

—¿Muy aficionado a ella?

—La lee casi toda. Sentado en una silla baja se dedica hora y media a esta lectura. Incluso a los anuncios dedica atención. En cierta ocasión encontró el anuncio de una echadora de cartas que le desagradó mucho.

—¿Tiene preferencias?

—No tiene fetichismo—disculpe la expresividad del término—por ningún periódico ni idea política.

—¿Alguna preferencia en las comidas?

—Es muy parco. Ninguna preferencia especial.

—¿Le gusta comer fuera de palacio?

—Son rarísimas las excepciones a su reglamento.

—Volviendo a la prensa, ¿juzga los periódicos con rígido criterio?

—Pulsa la noticia y valora la capacidad de un editorial o el sentido de un anuncio.

Y he oído contar: cuando recibió el capelo cardenalicio y la birreta de manos de Su Santidad el Papa—ahora la imposición de la birreta es privilegio del Jefe del Estado español—se sometió gustoso a interrogatorios periodísticos. A todo fué contestando. Y, agotado el tema, un periodista le expuso:

—Ahora, eminencia, entrando en el terreno de la indiscreción...

No hubo palabras para más. Terminada la última sílaba de la palabra indiscreción, interfirió la voz del reciente Cardenal:

—No. Por ahí irá usted solo.

Y sigamos. A las cinco de la

tarde suele salir de paseo hasta las seis. Un paseo por las afueras de la ciudad, no más allá de cuatro o cinco kilómetros, preferentemente las carreteras de Avila y la sismográfica, así llamada por hallarse a su lado el conocido Observatorio Sismográfico. A las seis de la tarde reanuda el trabajo hasta las nueve y media, hora en que se reza el rosario en común en la capilla Terminada la cena, que es a las diez, se retira a sus habitaciones a las once aproximadamente.

Y así siempre.

DEFENSA OPORTUNA DE LA IGLESIA

Desde aquel 19 de diciembre de 1876, fecha de su nacimiento en Barcelona, han transcurrido ochenta años. Allí, en el Seminario de su ciudad natal, cursó los estudios eclesiásticos, y en Roma hizo los doctorados en Teología, Derecho Canónico, Filosofía e Historia Eclesiástica. Allí, en Barcelona, fué director de la «Revista Social», del «Anuario Social» y del semanario obrero «El Social». Inclination a las publicaciones periódicas, que explica el tiempo que ahora dedica a ellas. En julio de 1919 fué consagrado obispo de la catedral de Barcelona, destinado a la sede de Avila. De aquí pasó a la de Salamanca el 29 de enero de 1935. Y desde Salamanca vino a tomar posesión de la silla primada el 25 de marzo de 1942. El día 18 de febrero de 1946 fué creado Cardenal con el título de San Pedro in Montorio, título corriente de los Primados de España. Y el 21 de marzo recibió de manos de Su Santidad el capelo de cardenalicio y la birreta.

A la Iglesia ha consagrado pensamiento y acción. A ella salud, energías, familias y tiempo. Por los caminos de Avila, a veces montado en mula, ha expuesto alguna vez su vida. Familia tiene en Barcelona; una hermana y sobrinos. El ex alcalde de Barcelona y embajador, don Miguel Mathieu, es sobrino carnal. Pero la vida del cardenal Pla y Deniel está entregada por entero a su diócesis y a la Iglesia española. Y al tiempo otorga un valor en función de los asuntos: a cada cosa, el tiempo necesario, sin preocuparse de las demás que siguen o esperan. Es su lema: «Unum post aliud», una cosa tras de otra. Nada de complicaciones. Sencillez y orden.

El índice de sus publicaciones ayuda a medir su personalidad. Es un talento especialmente dotado para la especulación. Profundo, sin concesiones a la rapidez. Ahonda, minimiza. Temperamento frío, calculador, de hombre que piensa mucho las cosas. Filósofo en todo. Pero no se ha dado a escribir largos tratados. Sus propósitos y hechos han sido salir al paso del error en el momento oportuno y con dialéctica clara y firme. Integro, cabal, justo. Y sabe escuchar.

Enterado por conocimiento directo de los problemas obreros, publicó en Avila, en 1924, un documento titulado «Legítimo obrerismo y la herejía socialista». Y más tarde: «La realeza de Cristo y los errores modernos». Ya en Salamanca, dió a la publicidad este otro «Los delitos del

pensamiento y los falsos ídolos intelectuales». Estos tres, con otros muchos, figuran en el primer tomo, bajo el título de «Pastorales doctrinales contra errores contemporáneos». Hay tres tomos publicados por Acción Católica, bajo el título común de «Documentos pastorales».

En el segundo se incluyen temas sacerdotales; problemas de educación y sociales, y también políticos. Uno de ellos apareció al advenimiento de la República, refiriéndose al acatamiento al poder constituido; pero en 1936 dió a conocer otro, titulado «Las dos ciudades», sobre la legitimidad de la rebelión contra el poder constituido y mal ejercido. No faltaron sino que, al contrario, sirvieron de voz de protesta en su momento las cartas pastorales contra los abusos y persecuciones del Gobierno republicano: «Ante la supresión del presupuesto de culto y clero», «Despojo persecutorio de la Iglesia o separación económica del Estado?» «Protesta contra la disolución de la Compañía de Jesús». En 1945 aparecieron dos: una, en mayo, con motivo de la terminación de la guerra mundial; y otra, en agosto, sobre la repercusión de esa guerra en España. Dos pastorales ha dedicado a San Juan de la Cruz. Y en el año 1920 abordó los problemas sacerdotales, bajo el título de «El buen pastor».

Este precisamente, el Buen Pastor, es el lema de su escudo, sencillo como su vida. Un escudo de forma española, el pastor de zamarra y pantalón corto con la oveja al cuello, y la siguiente leyenda: «Fiat voluntas tua» (Hágase tu voluntad.)

Paternal ha sido su gobierno. Con bondad y paciencia en alto grado. Aunque predomina la inteligencia, su corazón no se cansa de latir por los necesitados; así desde los necesitados de la misma Toledo, para cuyas viviendas donó 100 000 pesetas de su patrimonio particular, hasta los exilados de las naciones dominadas por el comunismo. Excelentes relaciones con todos, en medio de un sentido de independencia, que le caracteriza. No ha tenido enemigos. En Avila caminaba a pie por las calles durante el período reubicano. Comprende las dificultades y se hace cargo de ellas. Defiende lo justo.

Y, por fin, en el tercer volumen figuran por lo menos 19 documentos pastorales sobre el orden político interno e internacional y sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado.

Ahora, en su octogésimo aniversario, se extraña y resiste a todo homenaje. El episcopado español se ha unido para hacerle una ofrenda simbólica: un cáliz de plata sobredorada, románico, con esmaltes, de poco valor; unas 25.000 pesetas. El Ayuntamiento de Toledo, a propuesta de la representación sindical, la Medalla de Oro. Y, además, la Medalla del Trabajo. Sus fieles, los fieles de la diócesis de Toledo, se mueven y remueven con el deseo de hacer manifestación visible.

—No recibo ni tolero ni un centimo a mi nombre—ha dicho—. El ha pedido a sus diocesanos un padrenuestro.

JIMENEZ SUTIL
(Enviado especial)



Investidura del Cardenal Primado como Doctor Honoris Causa con motivo del VII centenario de la Universidad de Salamanca

UN ESCENARIO: HUNGRIA

UN PROTAGONISTA: LA MUJER



**"LUCHAREMOS CODO A CODO CON NUESTROS
MARIDOS, NUESTROS PADRES Y NUESTROS HIJOS"**

JANOS Kadar, el cabecilla comunista húngaro, va a recibir a los periodistas en su despacho oficial establecido en el Parlamento de Budapest. Tiene un rostro enfermizo, pálido de tantos días de reclusión entre aquellas paredes, sin poder asomarse al exterior por miedo a caer víctima del pueblo.

Da unos pasos cortos por la estancia y se frota nerviosamente las manos. Fija su atención en las puntas de sus dedos. Son unos dedos retorcidos, de monstruo, hinchados como porras. Cuando, tiempos atrás, el actual jefe del Gobierno títere de Hungría cayó en desgracia de los rusos, éstos le sometieron a la tortura de arrancarle las uñas de las manos una por una. No lo podrá olvidar nunca Janos Kadar. Cada vez que firma ahora un decreto contra su pueblo lo hace agarrando la pluma muy difícilmente con sus dedos grotescos. Las palabras que dirige a los periodistas son dignas de un espíritu tan contrahecho como aquellas extremidades:

—Un tigre no puede ser amansado con buenas promesas; una fiera ha de ser domesticada azotándola hasta la muerte. He agotado ya la paciencia con los hombres y las mujeres de la «contrarrevolución».

Sabe bien este comunista apuntar a sus enemigos. Janos Kadar no desconoce que tiene contra él no sólo a los húngaros, sino también a las mujeres del país. Ellas han estado desde el primer momento en las barricadas, luchando cara a cara con los tanques, disparando contra los «Avo», los silenciosos agentes de la Policía comunista. Las mujeres húngaras han defendido sus hogares con la misma gallardía que los hombres y han muerto con el mismo valor. Ellas lo han expuesto todo y lo han dado todo. Porque si los campesinos y los obreros tenían que saldar cuentas con los soviéticos, las esposas, las novias y las hijas de aquellos no podían estar au-



Arriba: Una mujer húngara que sufrió la amputación de su brazo derecho, luchando contra los rusos en Budapest.—Abajo: Una viuda húngara asiste al entierro de su marido, caído en la lucha, con las condecoraciones ganadas por su esposo

sentes a la hora de liquidar agravios.

El calvario sufrido por la mujer magiar queda resumido en estas frases del informe elevado a su Gobierno por la Legación suiza en Budapest allá por la primavera del año 1945:

«Los raptos causan los mayores sufrimientos a la población húngara. Los delitos contra la honra de las mujeres, comprendidas entre los diez y los setenta años, están tan generalizados que pocas

mujeres de Hungría se han salvado de los comunistas.»

Por eso, cuando el 23 de octubre llega la ocasión de empuñar las armas, las mujeres ocuparon los puestos de vanguardia junto a los hombres. Unos y otros han dado al alzamiento su grandeza y su gloria. Como se batió Yutka, la guerrillera de Budapest, luchan cientos y cientos de jóvenes magiars, con sus cabellos rubios pegados al rostro, con sus manos femeninas agarrotadas desespera-

damente contra el cañón del fusil

LOS «AVO» ROMPEN FUEGO

Yutka ha cumplido diecinueve años. Gana su jornal en una fábrica textil de Budapest y vive en una habitación con otras cuatro compañeras. El 23 de octubre, muy de mañana, alguien grita al pie de su ventana:

Sal pronto, Yutka. Hoy no debemos ir al trabajo. Tenemos que unirnos a los obreros de Csepel, que van a protestar contra los rusos; tus amigas tienen que venir también

Yutka baja de dos en dos las escaleras. Va vestida con una gabardina vieja, un pañuelo al cuello de color azul con motas blancas y recoge su pelo con una boina de punto, bien encasquetada.

—Gheorghí, ¿estás seguro de que la Policía no nos castigará si abandonamos el trabajo?

—No podrán con todos los húngaros unidos contra ellos. Hoy va a ser el día más grande de nuestra vida. Estamos decididos a todo...

Yutka se coge del brazo de Gheorghí y juntos van a vivir la gesta de Budapest.

El punto de concentración es la plaza donde se levanta la estatua del poeta Alejandro Petofi. Allí se da lectura a las reivindicaciones del pueblo húngaro: evacuación de las tropas rusas, dimisión del Gobierno comunista, restauración del emblema nacional... Hasta ese momento no se ha disparado ni un tiro.

Cerca de allí se encuentra la emisora Radio Budapest. Yutka y Gheorghí van con los demás manifestantes hasta ese edificio; intentan penetrar en él para dar a conocer al país sus pretensiones. Pero entonces los «Avo» que custodian los estudios abren fuego contra la multitud. Tiran a dar, y en breves instantes el empedrado de la calle queda cubierto por los cuerpos de las víctimas.

—Valor, Yutka; tírate al suelo, que yo te protegeré con el cuerpo.

Hay soldados húngaros entre los manifestantes y éstos responden a la agresión. Caen los primeros policías y los patriotas se hacen con las armas de aquéllos. Gheorghí se incorpora de un salto y emprende una carrera desesperada

hasta el cuerpo de un agente que acaba de desplomarse con el cráneo destrozado por un proyectil. El húngaro dispara una ráfaga contra una ventana del edificio y vuelve junto a Yutka:

—Vámonos a nuestro barrio; si nos quedamos nos van a matar por la espalda. Allí nos organizaremos.

Buscan las callejuelas para la retirada. Ella tiembla y sus piernas parece que van a quebrarse. Corren doblando esquinas, buscando protección en las paredes de las casas. Yutka clava sus uñas en la mano encallecida de él. No tiene aliento y está sofocada. Hacen alto en un portal.

—Tienes miedo, mujer. Te llevaré a casa.

—No te dejaré, Gheorghí.

CON EL EJERCITO DE ATTILA JANOKI

La pareja llega felizmente al octavo distrito. Allí se suman a un grupo de 210 patriotas. Hay trece mujeres entre ellos. Algunos son conductores de tranvías, otros son artesanos, y estudiantes, y obreros. Al frente de todos ellos está Attila Janoki, forjador de una fábrica de Csepel, y tiene veintitrés años.

Yutka y Gheorghí no se separan en los combates callejeros. El sigue en posesión de la «metralleta» que arrancó al policía moribundo. Ella se ha hecho con una mochila de estudiante para almacenar dentro la munición. A todas partes va bien agarrada al brazo de Gheorghí. Cuando hay tiroteos, busca la húngara un punto a cubierto del fuego enemigo y va rellenando los cargadores que dispara su compañero. Ya no le tiemblan las piernas, ni pierde el aliento ni se siente desvanecer. Ahora sólo tiene miedo a perder a Gheorghí.

En el asalto a un cuartelillo de los «Avo», una esquirla de metralleta alcanza la mejilla derecha de Yutka. Un hilillo de sangre se desliza por su rostro y humedece sus labios, hasta teñirlos de rojo; es así cómo se pinta la boca por vez primera esta modesta obrera húngara. Hasta ahora, ningún cosmético había embellecido la cara melancólica de la guerrillera de Budapest.

En un puesto de socorro le aplican un esparadrapo, y Yutka vuel-

ve junto a su compañero. No se separa de él en los cinco días que los húngaros fueron independientes.

—En cuanto termine la guerra nos casamos. Pondremos la iglesia tan bonita como en la fotografía que tengo de la boda de mis padres. La adornaremos con flores y el sacerdote tendrá dos monaguillos para ayudarle, vestidos de azul y blanco.

Pero esta boda no se realizará jamás. El domingo 4 de noviembre, cuando la neblina envuelve Budapest, las divisiones rusas se lanzan contra la ciudad. Las reducidas huestes del forjador Attila Janoki se hacen fuertes en un grupo de casas del octavo distrito. Tienen cinco cajas de bombas de mano, siete «metralletas», fusiles y pistolas. Los tanques destruyen con sus cañones los edificios como si fueran de cartón. El pobre Gheorghí cae con el pecho abierto por la metralla de una granada. Yutka está como siempre, a su lado, y el mismo proyectil alcanza a ella en la espalda. Ahora ya no es el dolor físico de la herida; ahora llora Yutka por esa boda con dos monaguillos que no se podrá celebrar.

La guerrillera se apodera del arma que fué de su novio y la dispara contra los rusos hasta que el cañón se pone al rojo. Luego arroja bombas de mano y piedras cuando aquéllas se agotan.

La resistencia es imposible. El ejército de Attila Janoki se ha quedado reducido a 50 combatientes. De las trece mujeres, solamente están en pie cuatro. De sótano en sótano, de calle en calle, por los caminos más apartados, arrastrándose malherida, Yutka ha llegado a la frontera de Austria. Con ella se han salvado del grupo trece patriotas más. Los demás y las demás, Gheorghí incluido, murieron por Hungría.

ARANKA Y EL OBRERO DE UJPEST

En la línea fronteriza austriaca, el «grenzkommandant» interroga a los fugitivos. Una intérprete, la «dolmetscherin», va traduciendo las respuestas de una joven húngara:

—Vamos; aquí puede hablar libremente. No tenga miedo.

Es esbelta y aparenta tener veintidós años. Tiene ojos muy azules, muy grandes y brillantes. Lloro. Entre lágrimas, revive su drama. Su mano derecha no suelta un reducido envoltorio, donde está todo su ajuar. Tiene gestos de niña, con labios que tiemblan y mirada intranquila.

Su nombre suena como el de una heroína del poeta Andrés Ady. Se llama Aranka, y su marido, Ferenc. Era él obrero metalúrgico de Budapest y llevaban tres años casados. Vivían con una familia amiga en uno de los barrios meridionales de la ciudad. Una media hora de camino tenía todos los días Ferenc hasta llegar a Ujpest, donde estaba la fábrica.

El 23 de octubre salió Ferenc para su trabajo. A media tarde se oye fuego de fusilería y cañón. Empieza la ansiedad de la espera. Aranka cuenta cada hora que pasa como si se tratara de siglos. No puede permanecer quieta en su casa. Llegan hasta

En la localidad de Magyarovar tiene lugar el entierro de las víctimas causadas por los «Avo»



ella los primeros rumores de la lucha:

—Están fusilando a los obreros.

—El pueblo pelea contra los tanques rusos.

—Han asaltado los cuarteles de la Policía...

Aranka piensa sólo en su marido. Es de noche cuando se echa a la calle. Va con otras tres mujeres hacia Ujpest. Tienen que atravesar la capital de punta a punta. Ven los primeros árboles arrancados de cuajo por el estallido de las bombas. Hay tranvías y autobuses tumbados e incendiados. En las bocacalles están los restos de los tanques soviéticos quemados. Arden casas por todos los lados. Del monumento a Stalin sólo quedan las botas de bronce. Silban las balas alrededor de las cuatro mujeres. Avarzan de portal en portal hasta que se encuentran de pronto con un tanque ruso.

Empieza a disparar el carro de combate, y las cuatro húngaras se tiran al suelo instintivamente. Aranka permanece inmóvil cerca de una hora; hasta que el vehículo armado desaparece. Al ponerse en pie llama a sus compañeras, pero éstas no responden. Dos han muerto, y la tercera se está desangrando.

Aranka camina por las calles como una sonámbula. No sabe dónde ir ni qué hacer. Cuando el día apunta, se encuentra en plena plaza de la República de Budapest. Hay allí barricadas, y en una de ellas está Ferenc.

—Ha sido horrible hasta dar contigo. Creía que estabas ya muerto.

Ferenc luce en la solapa de su americana una escarapela con los colores rojo, blanco y verde. Empuña una pistola y le ha crecido mucho la barba.

—Aranka, tienes que irte de aquí. Yo no te necesito. Tengo miedo a que te pase algo. Vete, huye a Austria a casa de mi tío.

—No te dejaré nunca. Si no vienes conmigo, me quedo aquí. También puedo yo tirar contra ellos...

Aranka permaneció dos días más en la barricada de la plaza de la República de Budapest. Cuando los comunistas volvieron a la carga, Aranka aguantó hasta el momento final. En el hatillo que sujeta ahora desesperadamente con sus manos no hay más que la documentación teñida en sangre de un obrero de Ujpest, una escarapela tricolor y la americana rota por la metralla, que quitó Aranka del cuerpo todavía caliente de su marido.

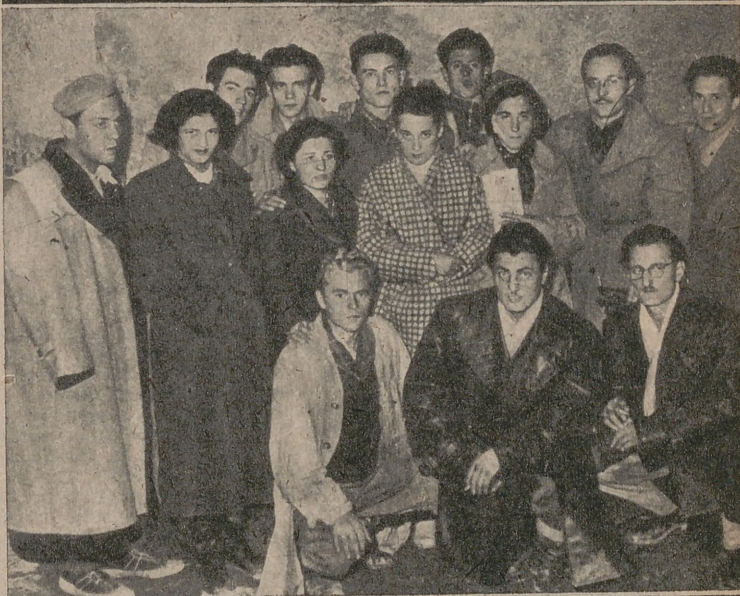
—Si por lo menos, señor, hubiéramos liberado a Hungría...

CONTRA LOS TANQUES. MARTHA TIENE UN ARMA

Entre los 25.000 cadáveres que han recibido tierra en los cementerios de Budapest están los restos mutilados de muchos miles de mujeres. Cayeron estas húngaras asaltando los tanques rusos para volar con ellos. Murieron arrojando bombas de mano de fabricación casera contra la infantería soviética. Muchas perdieron la vida vestidas con las batas blancas de enfermeras, recogiendo a las víctimas en la misma línea de fuego o acuchilladas al pie de las camas de los 50.000 patriotas heridos en la lucha. Mujeres hay



Yutka, la «guerrillera de Budapest», en compañía de su prometido horas antes de morir éste



Estos son los supervivientes del grupo con el que combatía la «guerrillera de Budapest»

que fueron exterminadas colocando en el camino de los tanques y camiones rusos simples platos de sus pobres vajillas para hacer creer al enemigo que se trataba de minas explosivas y obligar a detener sus vehículos, con lo que se facilitaba la destrucción por los patriotas.

Los sótanos de las casas de Budapest han sido escenario del arrojamiento de las húngaras. Acondicionados esos locales para servir de refugio contra los ataques aéreos durante la anterior guerra mundial, todos los de cada manzana de viviendas se hallaban comunicados entre sí para facilitar la evacuación. Al intentar los rusos ahora detener a los patriotas, las familias enteras descendían a los sótanos, y en ellos se luchaba de muro en muro y de puerta en puerta. Las madres quedaban cubriendo la retirada de

los hijos hasta agotar el último cartucho. En Ferenc Korut, una de las principales arterias de Budapest, murieron entre los escombros de una casa diecinueve mujeres que lucharon hasta el final para impedir que los rusos se apoderasen de las municiones que guardaban allí los combatientes.

Entre esos 25.000 cadáveres está el cuerpo destrozado de Martha. Martha puso en práctica una arriesgada estratagema con el fin de aniquilar a los tanques soviéticos. Como esos vehículos blindados se dedicaban a patrullar sin objetivo determinado por las calles, sucedía que a la vuelta de una esquina se encontraban de improviso distintas unidades rojas. Para facilitar la identificación, el Mando ruso ordenó que cada vehículo enarbolara una banderola bien visible con la estrella de cinco puntas sobre fon-

do rojo. Martha consiguió varias veces aproximarse a los tanques comunistas, arrancarles el gallardete y reemplazarlo con otro de los colores húngaros. Al tropezarse así con los tanques soviéticos, éstos abrían fuego instantáneamente contra el supuesto vehículo nacionalista.

Martha fué alcanzada por una ráfaga de ametralladora al intentar repetir una vez más la hazaña. Su cuerpo todavía con vida fué triturado por las cadenas de un carro de combate de 34 toneladas.

LOS MARTIRES DE MAGYAROVAK

El temple de la mujer de Budapest ha sido igual al temple y al valor de las mujeres húngaras del campo y aldeas. En la localidad de Magyarovar, a 17 kilómetros de la frontera austriaca, el pueblo en masa se subleva contra el comunismo. Es el día 26 de octubre.

Frente al edificio del Ayuntamiento se congregan los campesinos y colocan en el balcón principal la bandera con los colores nacionales. El júbilo es frenético. Se canta y se baila. Jóvenes y viejos exteriorizan la misma alegría. «Los «Avo», los agentes de la Policía comunista, están encerrados en el cuartelillo y no hacen acto de presencia.

Aquellos aldeanos, sin armas, se encaminan poco después hacia las afueras del pueblo, donde se hallan encerrados los hombres de la Policía. Cuando llegan hasta ellos se grita desde la calle:

—¡Sólo queremos arrancar la estrella soviética!

—¡No vamos a hacer nada!

La respuesta de los «Avo» es abrir fuego a discreción contra la gente congregada en la calle. En pocos minutos hay tendidos en el suelo 85 cadáveres. Es un asesinato en masa. Se remata a tiros a los supervivientes. No hay familia en Magyarovar que no haya tenido alguna víctima. Entre los muertos hay muchas mujeres con los pañuelos a la cabeza, con sus trajes humildes salpicados de coágulos de sangre, con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas mirando vacías al cielo pálido de Hungría.

Los supervivientes se lanzan aterrados a las sierras vecinas y logran establecer contacto con unidades de patriotas. En la reconquista de Magyarovar avanzan en primera fila las mujeres. Llegan a tiempo para dar cristiana sepultura a los mártires. En el cementerio se alinean los féretros de madera de pino, y ante cada uno de ellos un grupo de familiares llora sin consuelo. No hay bastante tela negra en la localidad para vestir el luto del pueblo.

Cuando a los pocos días ocupan la zona las divisiones rusas, las campesinas de Magyarovar se echan al monte con sus hijos y sus maridos. Parapetadas detrás de las encinas, aguantan las embestidas de la infantería soviética hasta que se terminan las municiones. Después, el éxodo doloroso hacia tierras austriacas, dejando atrás esos féretros de madera de pino con las flores fres-

cas cubiertas por las primeras nieves del invierno.

HUNGRÍA, FRENTE A JANOS KADAR

Terminados los días de la lucha callejera, el calvario de la mujer húngara no concluiría. Se abre desde entonces el período de la represión comunista, de la persecución sin pausa, del hambre, del frío y de las enfermedades. Hay barrios enteros destruidos; los hogares no son más que un montón caliente y humeante de escombros. En las viviendas que se mantienen en pie no hay carbón para hacer frente al invierno crudo de Europa central. No queda tampoco un cristal en las ventanas. Para adquirir un kilogramo de pan es preciso guardar cola a la intemperie durante toda una noche. Los niños se mueren sin leche ni alimentos; las farmacias están vacías; las ratas invaden por miles y miles las casas de Budapest. Hay huérfanos vagando por las calles que han perdido a los padres y familiares. Y siguen a ritmo creciente las deportaciones a Siberia, los juicios sumarísimos, los interrogatorios policíacos, el terror y el crimen organizados técnicamente...

Con todo y a pesar de todo, el pueblo húngaro no se somete. Las mujeres, igual que los hombres, siguen su lucha heroica contra Rusia. Sin armas para el combate abierto mantienen la batalla de la resistencia pasiva, de la huelga, de la oposición constante y firme a todas las órdenes del Gobierno soviético, firmadas con la mano contrahecha de Janos Kadar.

En el país arrasado vienen actuando tres poderes: el militar de la autoridad rusa, el ficticio del Gobierno Kadar y el del Consejo Nacional Obrero, a cuyo frente figura Sandor Eckmann. Hungría es una nación en la anarquía, en plena descomposición dentro del Imperio soviético. Lo único que se mantiene en pie es el temple de sus hombres y de sus mujeres.

Para someter al pueblo, el Gobierno Kadar no termina nunca de hacer concesiones y promesas, aunque llegado el momento no cumplirá nada de lo ofrecido. A fin de lograr que los obreros se reintegren al trabajo, cosa que empezaron a hacer el pasado día 19 de noviembre en muy pequeña proporción, los comunistas se han comprometido a aceptar la supresión de las viejas normas de trabajo impuestas por Gobiernos anteriores, la creación de Consejos de trabajadores, los subsidios familiares y la concesión de subvenciones del Estado para construir viviendas para obreros.

Por su parte, el ministro de Agricultura ha ofrecido respetar el derecho a los campesinos para decidir por sí mismos si desean permanecer en las granjas colectivas o trabajar independientemente y otorgar subvenciones estatales para el desarrollo agrícola y autorización a los labradores para conservar el grano que recolecten y facultad para comprar o vender tierras...

Pero los húngaros no se dejan engañar. Resisten a todas las coacciones y represalias. El Gobierno ha intentado resucitar el partido comunista bajo el nombre de partido de los trabajadores socialistas. Una muestra de su fra-

caso: en la zona de Csepel, con un censo de 38.000 operarios, únicamente se han enrolado 360 obreros en las filas de la nueva agrupación política.

Para hacer frente a la coacción oficial, los productores se han solidarizado con los Consejos obreros y han llegado a desafiar a Janos Kadar con estas palabras:

—El poder en Hungría está hoy en manos de nuestros Consejos; no existe ninguna otra autoridad como no sea la de los militares rusos, impuesta a cañonazos.

Para hacer una demostración de solidaridad, el pueblo húngaro ha decretado el boicot a la Prensa comunista y nadie adquiere un ejemplar de sus diarios. Los húngaros han llegado a más. Las mujeres de Budapest, el día 4 de diciembre, al mes justo del ataque soviético contra la capital, han desfilaron en silenciosa manifestación de protesta ante la tumba del Soldado Desconocido. Más de 30.000 mujeres depositaron flores en el monumento, impasibles y serenas a pesar de los tanques y las ametralladoras que apuntaban contra ellas para abrir fuego a la primera orden.

LA MUJER HUNGARA SIGUE EN PIE

Las mujeres y los hombres de Hungría no cierran con esto el capítulo increíble de su resistencia. Los Consejos Obreros han arremetido nuevamente contra Kadar decretando una huelga general.

El Gobierno comunista, sin control alguno de la situación, se ha visto obligado a declarar fuera de la ley a aquellas organizaciones populares, ordenando al mismo tiempo la aplicación de la ley marcial y el estado de sitio en toda Hungría.

En la mañana del día 10, Radio Budapest lanzaba al aire un llamamiento desesperado a todos los comunistas pidiéndoles que se concentrasen inmediatamente para armarse y hacer frente al «ataque abierto de la contrarrevolución». Ese mismo día vuelve a correr la pólvora y se registran 17 muertos, 50 heridos y cerca de 2.000 detenciones. Hungría queda aislada del mundo exterior con todas las comunicaciones cortadas, desafiando nuevamente su pueblo a todos los ejércitos soviéticos.

Para esta renovada ofensiva del pueblo húngaro contra la tiranía impuesta por el Kremlin, las mujeres han multiplicado sus esfuerzos. Ellas han distribuido las hojas clandestinas para organizar la huelga y han vuelto a desenterrar las armas escondidas. Se han sobrepuesto al hambre y a la extenuación, a las amenazas de muerte, al miedo y a los despiadados interrogatorios policíacos. En la tarde del día 11, una emisora clandestina fué captada por los servicios de escucha:

—No abandonaremos la lucha hasta que el último soldado ruso salga de nuestro país. Las mujeres húngaras lucharán codo a codo con sus maridos, con sus hijos y con sus padres. Ponemos a Dios y al mundo como testigos de esta resolución.

El mundo está en deuda con la mujer húngara.

Alfonso BARRA

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA



ORJIVA, LA PUERTA DE LA ALPUJARRA GRANADINA

PUEBLOS COLGADOS SOBRE EL ABISMO

(De nuestro enviado especial
Blanca ESPINAR)

A las siete menos cuarto de la mañana ya está abierta una cafetería en Puerta Real y en ella tomo un café muy cargado. Confieso que también me haría falta una copa de buen coñac, que me levantara un poco el ánimo. La verdad es que hace un frío implacable y, además, yo creo que estoy preocupada o, mejor dicho, impresionada. Dentro de unos momentos voy a emprender el camino hacia un trozo de España casi desconocido. Es una parte de sierra que se envolvió siempre en misterios y leyendas. No sé cómo serán las rutas que me lleven a ella. No sé cómo serán las venas de los caminos que corran por esa piel arrugada de milenios de la Penibética, que tan pronto debe alzarse en suaves declives como en sierras inexpugnables. La Alpujarra se va a desvelar ante mis ojos. Voy a intentar cruzarla a todo lo ancho y a lo largo. No sé si la empresa es fácil o difícil. Ya lo iré viendo. Lo único que sé ahora es que tengo que ir.

Granada tiene un leve tinte rosado en esta hora: luz tierna de amanecida que va elevándose sobre las montañas que cifican la ciudad, y que son como un adelanto de las que tengo que recorrer.

En el embovedado, a las siete en punto, subo al coche que me va a llevar a mi destino. Un aire gélido entra por los resquicios de los cristales del autocar. Me subo bien el cuello del abrigo de montaña con que he venido preparada. El primer pueblo, Alhedín; el segundo, Padul. Es la hora de los desayunos en estos pueblos. Por las chimeneas de cada casa se eleva el espiral del humo deméstico. Al pasar por Dúrcal hay además otro humo, el de las incontables chimeneas de sus fábricas de orujo.



La Alpujarra es de una orografía pavorosa

Van también de viajeras dos monjas, Siervas de María, a las que pregunto con frecuencia, pues me he dado cuenta de que conocen bien este camino. Efectivamente, van a Nigüelas todas las semanas. Se podría decir que son monjitas recoveras, válgame la palabra, ya que van a comprar a este pueblo, que es el de la más joven, huevos y hortalizas. Llevan preparadas grandes cestas vacías y me explican: «Todo está más barato que en Granada. Y, además, muchas veces mis padres o cualquier familiar nos re-

galan las provisiones de la semana...» Y al decir esto, la más joven sonríe angelicalmente. Tengo que aclarar que nuestra conversación ha surgido por una curiosa solidaridad femenina, ya que ellas y yo somos las únicas mujeres que viajamos en esta mañana. Así, aunque ellas no van cerca de mi asiento, pintorescamente hemos emprendido la charla desde lejos. Ellas me han preguntado, curiosas: «¿A dónde va usted?» Y al contestarles que a recorrer La Alpujarra, se extrañaron: «¿Y eso, por qué?» Luego, cuando supieron que llevaba una misión, siguieron asombrándose: «¡Jesús, Jesús, periodista! Es bonito esto, pero, ¡pobrecilla, viajar sola! Nosotras vamos siempre de dos en dos cuando nos desplazamos...»

HACIA LA PUERTA DE LA ALPUJARRA

En Níguelas bajan mis interlocutoras entre un revuelo de bienvenidas. Las esperaban el padre, las hermanas, unas primas, amigas..., qué sé yo, y todos se apresuraron a descargarlas de sus cestas. Al faltarme el palique monjil parece que me he quedado más sola. Los hombres fuman cigarros muy gruesos, llevan buenas pellizas y hablan de trigo híbrido y de ganado. Pasa ante mis ojos ese pueblo con un nombre que suena musicalmente: Talará. El sol se levanta a la altura de Beznar, donde hay parras sobre las puertas y matas de geranios en todas las ventanas. Es un pueblo alegre y florecido. Las carreteras brillan bajo el sol. Bajan rampando por los declives y de lejos parecen cintas pulidas y hasta a veces estrechos ríos. El paisaje va cobrando calidades de ensueño. Es que estamos llegando a Lanjarón, principio de La Alpujarra. En los alrededores del famoso balneario ya hemos visto tremendos barrancos cruzados de puentes. Es como si fueran fosos que separaran la abrupta sierra que voy a recorrer de la riante vega granadina. Dejamos atrás Lanjarón con sus calles enteras orilladas de lujosos hoteles, y seguimos hacia nuestro destino. Antes sólo estaban los montes a la izquierda del vehículo. Ahora vamos como entre pasadizos, pues los montes bordean uno y otro lado. En los sitios más altos e inverosímiles, sobre picachos, está

escrito, en blanco y con grandes letras, el nombre de Franco. Pintas enormes han nacido en cualquier roca. Se desbordan y caen por los riscos. Todo es tan maravilloso que una no quisiera que se terminase nunca el viaje. Estamos ya en tierra alpujarraña. Al fin Orjiva, que fué cabeza de Taha durante la dominación árabe, y que no ha perdido con los siglos su importancia. Ahora es un pueblo espléndido. Se le llama la capital de La Alpujarra Alta, y se la puede considerar como la puerta de La Alpujarra granadina. Y digo granadina, porque La Alpujarra es propiamente Las Alpujarras, ya que la comarca alpujarraña se divide en dos partes: la occidental, que comprende todas las sierras y valles, formando un amplio cuadrilátero, que desde las estribaciones de Sierra Nevada se corre después, abarcando hasta la cima del grandioso Mulhacén, el pico más alto de España, que se divisa hasta desde África, y baja luego por La Contraviesa, en pueblos y lugares, saliendo al mar en las arenas de La Rábida, La Mamola, Polopos y Castell de Ferro. La parte oriental de La Alpujarra está enclavada en la provincia de Almería. Empieza en Canjayar y, atravesando el llano de Laujar, termina a las puertas de Berja. En total, la población, entre una y otra Alpujarra, es de 150.000 almas. Dicen los naturales de Almería que Canjayar quiere decir «entrada al infierno». Y Cojayar, perteneciente a La Alpujarra granadina: «salida del infierno», pues entre uno y otro lugar es donde verdaderamente se encuentra ese infierno orográfico que al hombre le es tan difícil salvar. Ahora aquí, Orjiva todavía es un pueblo llano, enmarcado de sierras, con una proximidad tan cercana que casi parece aplastar sus edificaciones. Rodeando a Orjiva, las manchas de un verde intenso de olivos en profusión, tanto que necesariamente se piensa que se llega a un pueblo olivarero. Aquí, en Orjiva, hay teléfono, pero me dicen que ya no volveré a encontrarlo hasta Albuñol, en el final de La Alpujarra Baja y el telégrafo sólo en Ugíjar. Los demás pueblos están sin comunicaciones telegráficas ni telefónicas.

EN CASA DE ROSO

—Como es muy temprano todavía está la casa sin «gobernar» —me dijo a guisa de explicación una de las criadas de la fonda.

Y gobernar deduje que le llaman aquí a la limpieza y arreglo de las habitaciones. Sin embargo,

al fin me llevaron a un cuarto que no había sido usado la noche anterior, y allí acomodé mi exiguo equipaje, que consistía sólo en un bolso de viaje y un paraguas, pues la maleta la había dejado en Granada, en previsión de que las comunicaciones se presentaran difíciles. Aquí donde me hospedo se llama Fonda de Roso, y Roso creo que es apodo, pues en La Alpujarra todo el mundo es conocido por un mote. A veces los hay pintorescos, como el que tiene el dueño de ese bar que hay al lado de mi alojamiento y que me llamó la atención nada más bajar del coche. El establecimiento se llama Bar de Pata. Empecé a conocer los hombres y las costumbres de esta tierra. Lo que más me ha sorprendido es que aquí no se habla andaluz. Y esto me asegura que lo podré apreciar más todavía a medida que me vaya adentrando en La Alpujarra.

El cielo que domino desde mi balcón se ve cruzado por dos torres gemelas de bellísima traza. La iglesia de Orjiva está tan cerca de mí que casi me agobia con su mole. De pronto, el ronquido de un altavoz que va a empezar a funcionar. No es música. Es latín. Son las palabras de la misa. Miro sorprendida hacia una de las torres. Allí está el altavoz y de allí sale la voz de Cristo a la calle. Esta es también una costumbre moderna de toda La Alpujarra. La muchacha que ha venido a traerme un jarro de agua para el lavabo me dice, entrometida y oportuna:

—¿No va a la función? No se la pierda, que hoy es muy preciosa. Hay misa mayor...

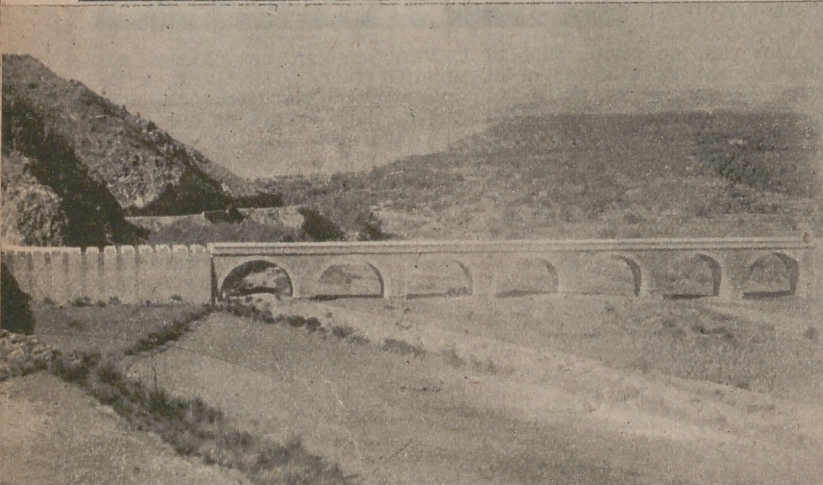
La miro un momento. Tiene razón. Es un buen comienzo para entrar a los caminos difíciles de La Alpujarra. Iré. Y le doy las gracias.

La iglesia está completamente llena. Es misa cantada para bendecir una imagen de la Virgen del Pilar y una bandera que el Ayuntamiento regala a la Guardia Civil. Están presentes todas las autoridades y la madrina, doña Concha González Robles, una dama alpujarraña que dió a España dos hermanos: uno en la guerra de África y otro en la Cruzada de Liberación. Por este último, la calle principal de Orjiva se llama calle del Teniente González Robles. La puerta está abierta de par en par, y en su atrio e incluso en la calle, porque ya no se cabe adentro, hay una multitud abigarrada de viejas humildes y mozuelas con trajes de colores chillones, chiquillos, total, el pueblo entero. Las viejas lloran mientras rezan. Y aquí, en esta iglesia, es donde me encuentro por primera vez con esa fe purísima y primitiva de La Alpujarra que ya veré siempre. Al terminar la misa, en el coro, las muchachas cantan los más emocionantes motetes que he oído en toda mi vida:

*Yo quisiera ser cristo bendito
y consumirme al pie de tu altar
y tranquila morir en tus brazos
sin temores ni afán...*

Al finalizar se organiza la procesión hasta el cuartel de la Guardia Civil. La gente bien de Orjiva, que ocupaban toda la parte delantera de la iglesia, sale

Puente sobre el río Guadalfeo o «Río Grande». Estribaciones de Sierra de Lujar



ahora. Se visten también como los de una gran capital. Sale igualmente un extranjero muy rubio. «¿Quién es?», pregunto. «Un ingeniero de las minas», me contestan. Las viejas piropean a la imagen, que llevan a hombros los guardias.

—¡Mírala, qué hermosa! ¡Qué hermosa es...!

EL RECUERDO DE ABEN-HUMEYA

Me uno también a la procesión y vamos por un recorrido de plazas, calles amplísimas y edificios completamente nuevos. Regiones Devastadas hizo en 1948 casi medio pueblo de Orjiva. El Ayuntamiento, el Juzgado, las escuelas magníficas, este cuartel al que llegamos. Frente al cuartel se ha levantado, rústica, tosca, la Cruz de los Caídos, que asienta su base sobre enormes peñascales que imitan el picacho del Veleta, allá en la cercana Sierra Nevada. Verdaderamente no se pudo idear nada más apropiado. Y esta cruz, de tremenda sencillez, alzada al cielo alpujarreño, tiene una impresionante belleza.

Mirando a Orjiva desde la explanada del cuartel se ve la Sierra sirviendo de fondo a las torres de la iglesia. Y es una vista inolvidable. Esta Sierra es la de Lujar, y es uno de los crestones más adustos y ampulosos de La Alpujarra. En ella están las minas de plomo de la Sociedad de Peñarroya.

Al dejar la explanada del cuartel, porque ya la procesión se ha deshecho, paso por calles cuyos nombres me extrañan encontrarlos aquí. Pero en Orjiva siempre se va con la actualidad, y a estas calles, blancas y colgadas de macetas, se las ha rotulado como en cualquier ciudad. Calle de Don Jacinto Benavente. Calle del Doctor Fleming. Más allá encuentro la torre del Marqués de Mondéjar, habitada ahora por doña María Carrasco. En esta torre, a los primeros chispazos de la insurrección de los moriscos de La Alpujarra, se hizo fuerte el alcaide de Orjiva, Sarabia, resistiendo el empuje de los terribles morfies hasta que llegaron a liberarlos las fuerzas del marqués. También en este baluarte fué donde, meses después, el de Mondéjar, despechado por varios reveses que le infligieron los moriscos, y dispuesto ya a acabar lo que de sublevación había terminado en abierta guerra, dictó un bando poniendo precio a la cabeza de Aben-Humeya. He nombrado a Aben-Humeya, y ya desde Orjiva, la sombra legendaria y romántica de don Fernando de Córdoba y Válor, Rey efímero de La Alpujarra, me acompañará en mi recorrido, porque no es posible prescindir de su recuerdo en estas tierras que le sirvieron de refugios infranqueables. Lo que habrá que perdonarse es que alguna vez, a través de este itinerario, hable con simpatía de Aben-Humeya. La culpa no es mía. Fué, quizá, de un poeta precisamente alpujarreño, de Villaespesa, hijo del Laujar almeriense y bellísimo, el que, con su drama «Aben-Humeya», sublimó hace muchos años, ante mi imaginación de adolescente, la figura del renegado Caballero Veinticuatro de Granada. De entonces acá, yo le encontré muchas veces disculpa a Aben-Humeya. Y he



Orjiva. En primer término la torre que fué cuartel general del marqués de Mondéjar

aquí que ahora me lo he de encontrar por todas partes de este camino que he emprendido. Lo verá, quizá, cruzando las sierras y los barrancos como un alucinante fantasma.

LO QUE NO SE ESPERA

Yo tengo la inveterada costumbre de hablar con todo el mundo, y cuanto más humilde es la persona, más me atrae la charla, pues yo creo que para conocer bien los pueblos y las gentes hay que bucear en la misma entraña popular; pero hoy ha sido diferente: hoy me ha buscado a mí una mujer del pueblo, tocada de pañuelo a la cabeza y arropada en amplio mantón. Me fué rondando y, al fin, con una curiosidad muy propia del sexo, me abordó?

—¿Es usted forastera?

—Sí.

—¿Pues qué le parece esta tierra? Esto es un cacho de cielo. Un pueblo de abundancia. Tenemos de todo. Ya ve usted, hasta le llaman la capital y todo... ¿A que no esperaba encontrarse en estos caminos un pueblo así? —terminó la mujer, con orgullo.

—Entonces, ¿viven bien?

—Divinamente. Aquí no hay pobres. ¿No ha visto usted esa hermosura de campo y todo el trajín de trabajo que hay?

—Es verdad. ¿Y cómo se llama usted?

—Pues, Rosa, para lo que guste mandar.

Cuando la mujer se alejó, vino otra y me dijo, tratando de entablar también conversación:

—Es habladora y simpática La Sapa. ¿verdad?

—¿La Sapa...?

—Sí, le llaman Rosa la Sapa. Su marido era el sepulturero que había antes. Hace unos años que se murió.

Aun cuando el encuentro sea macabro, tengo que confesar que

la buena Rosa la Sapa tenía razón. Orjiva, capital de esa Alpujarra de pueblos colgados hasta a mil quinientos metros, es de lo que no se espera. Cada año, en Orjiva se pagan veinte millones en sueldos y jornales. En las tierras altas que comprenden su término, por donde corre el río de Poqueira, la Compañía Sevillana de Electricidad está montando centrales eléctricas, construídas por la Empresa Agromán. Hay trabajo para todos, y aquí abajo, en Orjiva, están las oficinas de estas dos compañías. También viven aquí casi todos los ingenieros y empleados. En la salida del pueblo por la carretera de Sierra Lujar, los preciosos chalets de los jefes y las casas del personal de la Sevillana ponen una nota de modernas y alegres construcciones. También se han construído cien viviendas de renta limitada. El tráfico del pueblo es enorme y constantemente se ven cruzar «jeeps», autos y camiones de estas compañías, que van camino de la sierra. Hay cine, buenas tiendas, y una hasta con su llamativo anuncio luminoso. Ahora se acaba de inaugurar su emisora, que se llama La Voz de Orjiva Emisora Sindical. Tiene una potencia de cien vatios y se oirá en toda La Alpujarra. Su director, el médico don Francisco Camacho, presidente a su vez del Casino de Orjiva, me dice que, puesta en marcha ya la emisora, tratará de que empiece a funcionar dentro de muy poco un Cine Club. También hay la biblioteca municipal.

El pueblo de Orjiva aparece rodeado por la mancha de un verde intenso. Como un oasis





Cimas nevadas de las sierras alpujarreñas

con 1.500 volúmenes. El bibliotecario es el notario don Manuel Espinosa.

DIEZ MILLONES DE KILOS DE ACEITE

En el campo de Orjiva se produce de todo en abundancia. Pero, sobre todo, sus olivos, que son su principal riqueza, dan diez millones de kilos de aceite. Este campo es de una belleza indescriptible y fué pintado por don Antonio Maura, que era un entusiasta de él. Ya que he hablado de Maura, diré que este partido tuvo importancia política. De él fueron diputados, además del ilustre alpujarreño don Natalio Rivas, Alberto Aguilera.

Otra de las riquezas de Orjiva es su vega, que aquí le llaman «ríos». Este nombre tiene una razón de ser. Por aquí pasan lo que llaman río Chico y río Seco, que luego forman, más adelante, el llamado río Grande o de Orjiva, que al juntarse con el río de Ca-

diar, el de Trévez y el de Cañar, forman el famoso Guadalfeo. Pues bien, en las riberas mismas de río Chico y río Seco los campesinos de Orjiva tienen sus patatales y sus plantaciones de toda clase de hortalizas, que son tempranas y producen varias cosechas. Ellos dicen que le han robado tierra al río. Y es verdad. Estas huertas están como en un foso y a los mismo pies de la villa, y es una delicia su vista. El agua corre entre el verdor de los exuberantes bancales y el sol les arranca reflejos brillantes. Hace una temperatura ideal. Me han explicado que La Alpujarra tiene estos contrastes, frío intensísimo o, de pronto, una tibieza impropia, como la que se disfruta esta mañana, en la que yo estoy acada en el muro que hay sobre estos «ríos». Desde aquí también se divisa por Sierra Lujar las manchitas blancas de las instalaciones de las minas de plomo. Más allá, encaramados también sobre

las sierras, los pueblos de Caratunas y Cañar. Sobre los crestos de Cañar cayó hace dos años una avioneta particular americana. Se recogieron las víctimas y se enterraron, costeándolo todo el Ayuntamiento. Cuando vinieron los familiares de los muertos y le dijeron a su alcalde, Frasquito, que cuánto dinero tenían que darle por todo lo que habían hecho, éste, dignamente, respondió: «En Cañar, señores, no se toma nada del forastero. Si está vivo, se le obsequia, y si está muerto, se le entierra como mejor sabemos...»

AMOR ENTRE ITALIA Y LA ALPUJARRA

Escuelas graduadas en Orjiva, en su estupendo grupo escolar. Escuelas en nuevos y bien acondicionados edificios, en todos los anejos y pueblos de la demarcación. Escuelas modernísimas en Tablones, el nuevo pueblo surgido después de la guerra. Tablones, a dos pasos de Orjiva, tiene aún en los llamantes tejados rojos de sus casas el marchamo de su reciente creación. Un monolito, a la entrada de este pueblo niño aun, explica que fué levantado por el Nuevo Estado. Las casas de los maestros de Orjiva, también obra de Regiones Devastadas. A verlas me lleva el maestro don Juan Ferrer. Cuando vamos camino de ellas, pasamos por lo que fué antiguamente la calle principal. Calle empedrada y estrecha.

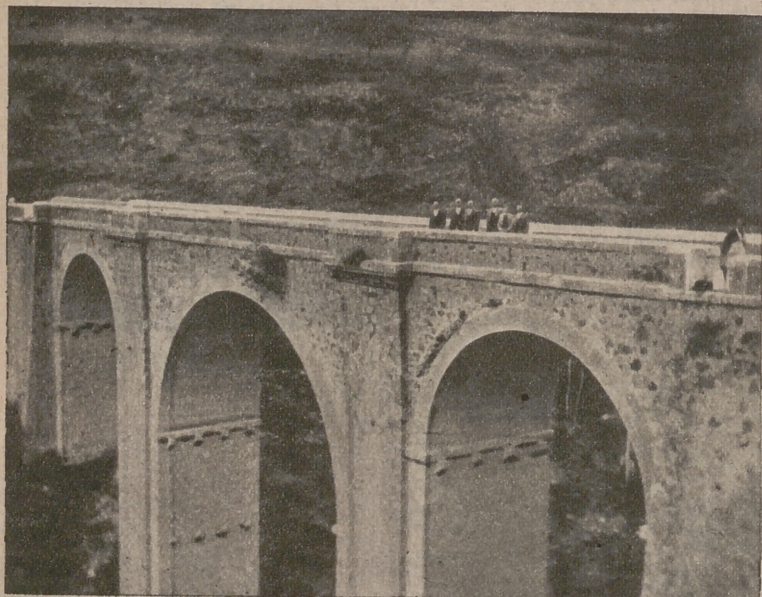
—Aquí —me dice el señor Ferrer— estaba la posada del Francés, donde se hospedó, con los amigos que le acompañaban en su viaje a estas tierras, don Pedro Antonio de Alarcón.

Las casas de los maestros forman como una pequeña colonia, y son preciosas. Pisos amplísimos y con todas las comodidades. En la casa de don Juan Ferrer hay una pequeña reunión. Varias parejas de novios. Apellidos italianos ellos: Badaelli, Fogazzaro. Son los técnicos montadores del cable de las minas del Conjurio y son también novios de las muchachas alpujarreñas. El cable del amor también se ha tendido entre otros entre Venecia, de donde es Fogazzaro, y esta escondida tierra montañosa de España. Al saber que yo soy periodista, Fogazzaro me dice: «Yo me llamo como un escritor de mi país...»

—Sí, Antonio Fogazzaro, autor de «Pequeño mundo antiguo».

—Exacto—y casi agradecido, termina—. Es muy agradable que los españoles lean nuestra literatura.

Cuando salgo, vuelvo yo sola por la calle de la posada del Francés. Me paro ante ella, y aunque se debe dejar en paz a los muertos me gustaría aquí dialogar con el insigne acitano y decirle: Don Pedro Antonio, usted fué quien primero descubrió La Alpujarra para las letras, pero ahora, al cabo casi de ochenta años, vale la pena venir a ver cómo ha evolucionado esta tierra recóndita y bravía y cómo el hombre la ha domado abriéndole las venas de esas carreteras, que son gloria de la ingeniería española, sobre la carne dura de las rocas y sobre los tajos que provocan el vértigo al más templado. También me gus-



Los puentes cruzan barrancos profundos

taria hacerle ver a don Pedro Antonio que yo le llevo desventaja. El era hombre, iba acompañado de amigos en su viaje y le esperaban también amigos en todos los pueblos que visitó. Yo soy mujer, voy sola y a nadie conozco ni meespera nadie.

LA GRAN FAMILIA DE LOS ALPUJARRENOS

He dicho que no conozco a nadie en los pueblos que visitaré. Y no es exacto. Acabo de convencerme de que esto no es posible en esta tierra noble y hospitalaria. La Alpujarra es una gran familia en la que de parte a parte, por muy distante que queden sus pueblos, todos sus moradores se aúnan para ayudar al visitante. Y todo el mundo me dice: «Cuando llegue a tal sitio, diga que me ha conocido. Eso le bastará para que se desvivan por usted. Todos en estas montañas somos uno.»

Han querido en Orjiva que vea el casino. Un precioso casino que se llama «Centro Cultural y Literario». Aquí lo primero que nos llama la atención es ver un Espasa completo, alineado en el armario-biblioteca de un saloncito verde. En este casino el abogado y acaudalado propietario don Elías Martínez, me dice:

—Cuando suba a Capilliza diga que va de parte mía. La atenderán bien.

Luego, en el estanco, su dueño, don Antonio López, brigada de la Guardia Civil, retirado, despéjame de contarme sus cuarenta años de servicios por estas tierras, en las que el último bandolero que tuvo en ellas, su sede fué el «Finique», me pregunta:

—¿Piensa usted llegar también a Trévez?

—Si Dios quiere...

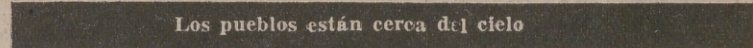
—Pues entonces no tiene que preocuparse del alojamiento. Irá de mi parte a casa de doña Josefa, la viuda de Martos y allí la recibirán como de familia. ...

—Pero...

—No hay pero que valga. En La Alpujarra somos así.

LOS MINEROS DE LA NOCHE

Esta tierra inexplorada por muchos, no es desconocida, sin embargo, para los comerciantes. Tierra ubérrima y de fabuloso rendimiento, sus productos son apreciadísimos. De toda La Alpujarra salen miles y miles de vagones de judías (habichuelas las llaman aquí), que se venden to toda España, muchas veces con el nombre de Barco de Avila. En esta época sus frutos secos tienen innumerables compradores. Hasta de Cataluña vienen a adquirir aquí las judías, las castañas y las nueces, que se llevan por camiones. Por la noche es cuando regresan estos compradores de los pueblos altos. En estas horas Orjiva cobra inusitado tráfico. Los bares se llenan y en su calle principal se alinean coches y camiones. Montan servicio los bien uniformados guardias municipales. Suenan las radios y hay bullicio por todas partes. En estas horas también tiene Orjiva una estampa característica: la de un pueblo minero. Salen hacia sierra Lujar los mi-



Los pueblos están cerca del cielo

neros de los turnos de prima y de nona. Suben con su carburo en la mano alumbrándose el camino. Monte arriba les espera «La mina del Señor», «La galería grande», «La Malga». Les dan 350 pesetas más sobre el sueldo por tener que subir la cuesta andando. Duro es el camino, sobre todo en la noche. Un minero joven lo emprende alegre, sin embargo, y va cantando una copla que es toda una alegoría:

*Saltando de nube en nube,
la luna asoma la cara
y va alumbrando la sierra
hasta llegar a la loma...*

Efectivamente, la luna alumbra las lomas gigantes de sierra Lujar. Pasa un minero viejo y me cuenta:

—Lo peor de todo es cuando nos da el «cólico de Saturnino».

—¿Y eso qué es?

—Pues que nos aplomamos.

—¡Ah! La silicosis.

—Sí, eso es. Nosotros le llamamos de la otra manera.

Vuelvo pronto a casa de Roso a cenar. Quiero descansar ya, aunque sea relativamente temprano. Mañana tengo dos citas. Una ingenua y otra importante. La primera es con «Pata», el del bar de al lado. Entré a ver el ejemplar de cabra montesa, cazada aquí cerca, que tiene discada y de camino hablamos de sus pestiños, que son famosos en toda la villa y sus alrededores. «Pata» tiene siete hijas de trece a cuatro años. Todas vestidas de arriba abajo de negro, pues se les ha muerto la madre. Calcetines, vestido negro y lazo de igual co-

lor en el pelo. Da pena verlas.

—¿Por qué las puso tan de luto?

—¡A ver! Si no le llevan luto a su madre ¿a quién se lo van a llevar?

Y es que en La Alpujarra se se guarda el luto ruguerosamente y por varios años.

Cuando le dije a «Pata» que sus pestiños, como todos los dulces de sartén proceden de los moros, el hombre torció el gesto. Francamente, no le gusta, pues él quisiera sólo tener reminiscencias de los «cristianos viejos», que con su fortaleza dieron tantos mártires a esta tierra. Luego el buen «Pata» me invitó a que le viera amasar sus dulces:

—Si quiere usted ver cómo los hago, venga a las seis y media de la mañana. A esa hora nos levantamos mi hija la mayor y yo a amasarlos.

Y quiero ir, porque yo creo que esos pestiños tienen misterio, pues nunca los comí tan buenos.

La segunda cita es a las nueve. El médico, don Baldomero Villanueva, persona muy influyente aquí, me dijo:

—Ya me encargo de que pueda usted subir a La Cebadilla. Vendrá un coche de la empresa. Agromán a recogerla a las nueve. Se lo pediré. Tengo mucha confianza con ellos...

Y subir a La Cebadilla es como adentrarse ya por los pueblos perdidos en las cumbres de las sierras. Es como caminar hacia el cielo. Mañana sabré cómo es La Alpujarra Alta.

(Continuará)



“EL CAÑÓN”

de Cecil Scott Forester, sobre cuyo argumento se ha rodado en España la película “Orgullo y Pasión”, producida por Stanley Kramer e interpretada por Sofía Loren, Gary Grant y Frank Sinatra.

El enorme cañón, que los guerrilleros españoles encontraron abandonado, es un héroe más de nuestra Guerra de Independencia. Una novela de acción que, según palabras de Sir Hugh Walpole, “está escrita con la misma viveza y exactitud con que hubiera sido relatada por un posible testigo presencial”.

40 pesetas

LOS MEJORES LIBROS PARA REGALO

Una cuidadosa selección de autores.
Traducciones realizadas por los mejores especialistas en cada idioma.
Una presentación esmerada.

NARRACIONES Y NOVELAS

ALMA RUSA, Catherine de Hueck.	(30 ptas.)
EBANO, Helen Caldwell Day.	(34 ptas.)
FAMILIA NUMEROSA, William E. Walsh.	(44 ptas.)
MUERTE AL INVASOR, C. S. Forester.	(40 ptas.)
LAS 48 AMERICAS, Raymond Cartier.	(75 ptas.)
OSOS EN EL CAVIAR, Charles W. Thayer.	(60 ptas.)
EL TELON DE CAVIAR, Charles W. Thayer.	(50 ptas.)
EL REY DE HAITI, John W. Vandercook.	(30 ptas.)

CORTAR Y REMITIR EN SOBRE ABIERTO, FRANQUEADO CON QUINCE CÉNTIMOS.

Muy Sres. míos: Les agradeceré me envíen, contra reembolso, los siguientes ejemplares de sus obras:

EJEMPLARES	TÍTULO
1	catálogo gratis

..... a de de 195.....

Nombre
Domicilio
Población



Ancama S.A.

EDICIONES RIALP, S. A. • PRECIADOS, 35 • TEL. 48 78 11 • MADRID

MEDIO SIGLO, DIA A DIA, EN LA FABRICA

LOS VEINTIDOS ECHEVARRIA DE MONDRAGON



Don Víctor, con su nieta



Don Eugenio, con su hija menor y su primer nieto

El trabajo, la pelota vasca y ni un minuto de despilfarro

TERTULIA de amigos en el casino de Mondragón. Son las nueve de la noche y el grupo parece animado. Las cartas extendidas sobre el tapete. Hay un grupo de curiosos que apuestan y advierten:

Usted, don Eugenio, lo hace mejor a la pelota.

—Yo soy un buen pelotari, pero eso no quiere decir que no sepa jugar a las cartas.

—¡Como sólo juega los sábados!

Otra vez había perdido don Eugenio Echevarría. Sus amigos lo invitaron a otra partida. Se negó. Eran más de las diez y media y a esa hora, el mayor de los Echevarría tenía que estar trabajando en su despacho. Así el domingo iba a quedarle la tarde libre para asistir al encuentro de frontón.

A las once salía del casino don Eugenio. Iba derecho a su casa. Sin más preámbulos, se despidió de sus amigos. No sabía qué iba a ser el último adiós. Ni siquiera

lo presentía. Los demás siguieron jugando a las cartas.

—Ya sabes que luego te llamaré para lo de Polmetasa.

—Bien, te espero.

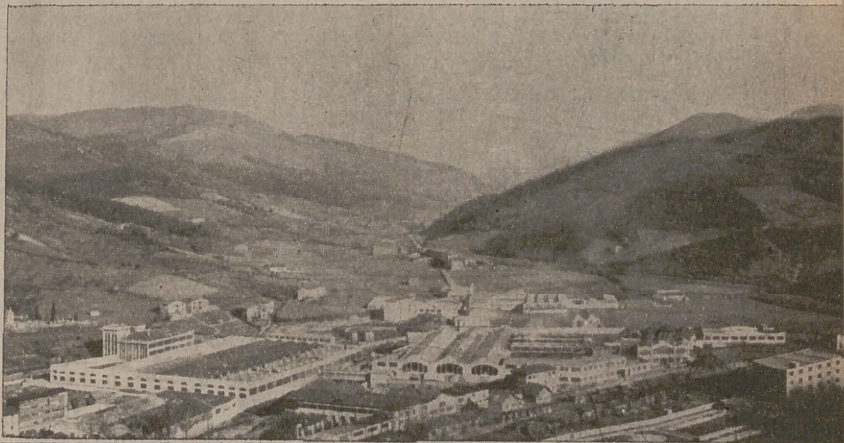
LA HORA DEL DESENLAZCE

Esa noche del sábado, 24 de noviembre, don Eugenio Echevarría Mendizábal salió el primero del casino de Mondragón. Como siempre, camino de su casa. Como todos los sábados, a las diez y media lo más tardar. Los restantes días de la semana, la tertulia era mucho más breve. Solamente de siete a nueve —no siempre— se reunían en el casino de Mondragón los tres hermanos Echevarría y cambiaban impresiones con sus amigos.

Aquel sábado tardaron más de lo convenido. Tenían entre manos un proyecto que revolucionaría el coto industrial de Mondragón, e incluso el de toda la provincia de Guipúzcoa. Un proyecto que suponía la fundación de una nueva industria a orillas del río Deva. Se llamaría Polmetasa.

Tres industrias para tres hermanos. Don Eugenio era del Consejo de Administración de la Empresa Elma, S. A.; don Víctor, director gerente de la Industrial Cerrajera de Elorrio. Ahora le tocaba el turno a don Juan. Siempre, para no perder la tradición que desde hace medio siglo alienta en la familia Echevarría.

Por el camino de su casa, don Eugenio saludó a varios obreros



Vista parcial de la factoría de Elma, S. A., de los Echevarría



Una fotografía de toda la familia de don Víctor Echevarría

de la fábrica. Con el señor Murúa fué más explícito. Le habló de la nueva industria y concretó algunos pequeños asuntos. El señor Murúa llevaba veinticinco años de roce en las fábricas Elma de Mondragón.

—¿Irá usted mañana a la pelota

—Sí. Allí nos veremos.

Tampoco sabía don Eugenio Echevarría que eran las últimas palabras que hablaba con el más viejo de sus empleados. Después, llegó a su casa y se sintió mal. Un derrame cerebral. Pasado el primer ataque, él mismo dijo que se encontraba mejor.

—No hay razón para alarmarse.

El doctor Arrábuza, amigo de la familia, había venido a Mondragón expresamente desde San Sebastián ante los apremios del teléfono. A las once de la noche del domingo, don Eugenio se encontraba mejor. Hasta el punto que sus familiares se retiraron a descansar. Y todo ocurrió de pronto. Volvió el ataque y, por último, vino el desenlace. A las seis de la madrugada del lunes, 26 de noviembre, moría don Eugenio Echevarría Mendizábal, creador de una de las industrias más potentes de Guipúzcoa. Había faltado, por primera vez, a un encuentro de pelotaris vascos.

UNA LLAMADA DE HERMANO

Durante la breve enfermedad del mayor de los Echevarría —don Eugenio tenía sesenta y seis años—, su hermano Víctor no se separó de la cabecera. Atendía a todos los requerimientos del enfermo, como en aquellos años de la infancia en que ambos jugaban juntos por las afueras de Mondragón. Entonces, la villa apenas conocía las altas chimeneas y el polvo pegadizo del carbón.

A la vista de su hermano amortajado, don Víctor se impresionó sobramanera. Se retiró a su despacho y pidió que lo dejaran solo.

—Dejadme en paz.

Casi fueron sus últimas palabras. Después, el ataque al corazón que acabó con su existencia. Murió allí mismo, en el despacho que tantas confidencias había presenciado entre los hermanos Echevarría. Don Víctor Echevarría Mendizábal residía en Mondragón, pero era director gerente de la Industrial Cerrajera, en Elorrio, a diez kilómetros de la primera.

Todas las mañanas salía hacia la villa cercana para volver a las siete de la tarde a Mondragón. Y todas las tardes alternaba con sus hermanos en el casino, o en «Villa Osteko», residencia de los Echevarría.

Ahora Mondragón conoce un duelo doble. Por las dos calles principales de la villa se ruega silencio a determinadas horas del día. Sobre todo, cuando va cayendo la noche y los amigos del casino echan de menos a dos contertulios que invariablemente tenían sus horas y sus mesas.

LA PRIMERA FAMILIA INDUSTRIAL DE MONDRAGON

—Los Echevarría siempre se dedicaron a la industria. Desde que ésta fué entrando en Mondragón.

Habla el señor Murúa. Veinticinco años de servicio en Elma y veinticinco de roce con don Eugenio.

Casi desde que se fundó Elma. Entonces eran cinco los hermanos. Hoy sólo queda uno: Juan.

—Temimos también por su vida. Lo vimos bastante afectado después de lo de don Víctor y don Eugenio.

El primero y Juan eran gemelos. Sesenta años de vida unida, siempre al servicio de su trabajo.

—Ni un minuto de despilfarro. Casi siempre solían entrar en las fábricas antes que los mismos empleados.

Así, desde que en 1924 se fun-

dó en Mondragón Elma S. A., Construcción y reparación de toda clase de maquinaria, fundiciones, fabricación de artículos de uso doméstico. Una industria, en el medio de un centro industrial.

Y allá enfrente, Elorrio y la Industrial Cerrajera. Cuando se fundó en 1932, don Víctor Echevarría, era sólo vocal de la Empresa. Después fué director gerente del Banco de San Sebastián, hasta llegar de nuevo a la Industrial Cerrajera con la responsabilidad de la gerencia.

LOS VIO NACER Y MORIR

La familia Echevarría siempre fué patriarcal. Ninguno de los veintidós que hasta hace una semana la componían, quisieron alejarse más allá de los diez kilómetros. A lo sumo, don Víctor llegó hasta Elorrio. Pero para volver a diario.

Cuando la industria fué llegando a la región, la familia se dedicaba a las faenas típicas del terruño: carnicería y faenas del campo. Entonces Mondragón vio nacer a los cinco hermanos, de los que hoy sólo queda uno. La villa contaba con pocos menos de cuatro mil almas y reposaba tranquila a orillas del río Deva, en medio de la carretera de Madrid a Francia.

Calles rectas y buenos paseos. Aún conserva la Casa Consistorial edificada en el siglo XVIII, y la casa que fué de Esteban Garribay, célebre cronista de Felipe II.

Los primeros habitantes la llamaron Arrasate, por una fortaleza de ese nombre que dominaba los contornos. Alfonso X el Sabio reformó la población y le dió el nombre que hoy lleva, concediéndole además el título de Villa y varios privilegios. La Carta Puebla de Mondragón fué despachada por Alfonso X, en 1260 y es la más antigua en Guipúzcoa.

Hoy, la villa de los veintidós Echevarría sube de los doce mil



Los dos hermanos, con sus respectivas esposas, a la salida de una boda

habitantes y es el centro de una gran zona industrial. Para medio centenar de empresas hay más de cinco mil obreros, muchos de los cuales afluyen a Mondragón de todos los alrededores. Con Tolosa y Eibar, la villa de los Echevarría es el eje de toda la industria guipuzcoana.

Y Elma, el de las fábricas arrasateñas. La empresa que tanto debe a don Eugenio Echevarría, cuenta con 650 obreros y con amplios edificios a la entrada de la villa por la carretera de San Sebastián.

El corazón del país vasco. Con una tradición centenaria. La que obliga a todos los predicadores que pasan por el púlpito de su parroquia, a besar antes de subir al mismo, el primer peldaño. Allí predicó San Vicente Ferrer y creó la tradición.

DE LA CASA NUEVA, AL MONTE ANCHO

Si los Echevarría nunca salieron de Mondragón era porque tenían mucho amor al terruño. Tanto, que su mismo nombre les viene de las tierras y los montes que rodean la villa. Montes anchos por donde culebrea los rebaños, los nutridos rebaños del norte. Echevarría quiere decir Casa Nueva. Mendizábal, Monte Ancho. Dos apellidos, que, como casi todos los vascos, tienen su origen en la topografía de los lugares que habitan.

Aún conservan los Echevarría la casa solariega, construida en uno de esos montes anchos de Vascongadas, donde aun no han llegado las vías estrechas del carbón y del hierro. Encima del monte ancho, la casa nueva. Sencilla y bonachona. Como los habitantes de Mondragón y Elorrio. Como los mismos hermanos Echevarría, de quienes siempre se dijo entre bromas, cuando las sirenas de las fábricas acababan con las ocupaciones de los obreros:

—Esas boinas no tienen pérdida.

Eran las últimas que quedaban por los despachos de Elma o de la Industrial Cerrajera. Quedaban esperando a sus dueños.

POPULARIDAD SERIA

La juventud de los Echevarría se repartió entre dos ocupaciones enteramente arrasateñas, a fuer

de regionales: el trabajo y la pelota vasca. Del trabajo hablan las mismas fábricas. Y sus obreros.

—Si les sobraba algún tiempo del trabajo, era para el trabajo.

Así. Sin más. Muchas veces los amigos de don Eugenio le apostaban en el casino, las cartas sobre el tapete. El juego quedaba para el día siguiente. Así lo verían alguna vez jugar a las cartas. Al



Don Víctor Echevarría rodeado de sus colaboradores

dia siguiente, don Eugenio no aparecía por el casino. Se excusaba con cualquier enfermedad. No había más remedio que acudir al teléfono. Y al consabido truco:

—¿Está Eugenio?

—Está enfermo. Ahora duerme un poco.

—Bien. Dígame que nos han llamado para lo de la Polmetasa.

Al momento, don Eugenio estaba al aparato.

—¿Qué hay de nuevo?

—Polmetasa te espera en el casino, con las cartas preparadas. Y si estás enfermos, tráete a cama allí. Ya no nos engañas.

Esta conversación provino del despacho. Lo primero era el trabajo. Y si sobraba algún tiempo, para el trabajo.

Otro tanto ocurría con su hermano Víctor. El despacho de Oseteko es testigo de muchas velas de los dos hermanos, a los que pronto se les unió Juan, el tercero. Sobre todo, las tertulias entre los tres menudearon en los últimos tiempos. Ya estaba en marcha el proyecto de la futura empresa y todos lo sabían de villa Osteko al eje central de Mondragón, que es la fábrica Elma.

ENTRE EL CESTO VASCO

—Sí. Toda la familia es muy sobria. Pero la pelota vasca, en medio de la sobriedad.

Un capítulo esencial en la vida de don Eugenio y don Víctor Echevarría Mendizábal. La pelota vasca fué su deporte, mucho antes de que estuviese fundada Elma. Nada de fútbol, aunque hoy Mondragón va por los caminos del gol y ya en las fábricas, lo primero que se hace entrado el lunes, es hablar de fútbol.

Los hermanos Echevarría siempre fueron buenos pelotaris. Los dos altos y los dos fuertes.

—Bien entrados en carnes. Pero al estilo vasco.

Cuando eran jóvenes —entonces estaban empleados en la Unión Cerrajera de Mondragón—



A la derecha, don Eugenio, con el gerente de Elma

madrugaban para ejercitarse a diario en las canchas del frontón. Cualquier pared era buena, siempre que respondiera a la fuerza del brazo y a la dura pelota.

Después, con los años y con el trabajo vino la retirada a tiempo. La retirada del ejercicio diario. Pero los domingos, cuando la afición pelotari de Mondragón iba a los torneos de frontón a mostrar la entereza de sus brazos, allí había un sitio que siempre era ocupado por el mayor de los Echevarría. Sin falta. Desde allí presenciaba todos los torneos.

Si en Elorrio el trabajo no era mucho, también asistía don Víctor, aunque con menos atición. Era más casero que su hermano. Si acaso, se quedaba en Elorrio y allí asistía a los juegos. En medio de sus obreros. Como en aque-

llos años lejanos de 1932, en que se fundó la Industrial Cerrajera. Entonces, don Víctor era solamente vocal de la Empresa y Elorrio no pasaba allá de los dos mil habitantes. Hoy cuenta con cinco mil almas y más de veinte ermitas en los alrededores de la villa. Un resto de la piedad del pasado. Junto a la más célebre, la de San Adrián de Arguineta, se encuentran sepulcros y estelas funerarias de piedra, de los años 883 y 893.

Durante la guerra de Liberación española, los hermanos Echevarría no se movieron de Mondragón. Otro tanto hizo la familia. Tenían más seguridad en su terruño y prefirieron correr su suerte.

Por eso, ni la misma fábrica cerró sus puertas. Continuó el trabajo, a pesar de que el frente de batalla estaba a menos de quinientos metros de Elma.

Después en la paz, los hermanos Echevarría incrementaron la actividad de su industria hasta lograr el puesto que hoy tiene. Sus productos fueron conocidos en toda España. Llegaron hasta el hogar más humilde, porque un molinillo de café o una heladora está al alcance de todos.

DE LA ESCUELA DE TRABAJO A LOS HERMANOS DE SAN VIATOR

El entierro de los hermanos Echevarría ha impresionado a toda la villa de Mondragón. De todas partes de la provincia llega el sentimiento. Con él, la gratitud.

Porque los hermanos Echevarría han dejado en Mondragón dos obras como el mejor homenaje a su memoria: la Escuela Profesional de Trabajo y la Escuela de los Hermanos de San Viator.

La primera funciona desde el mes de diciembre de 1952 y da enseñanza profesional a más de 150 alumnos, que muy pronto engrosarán las listas de los obreros que trabajan en las industrias arrasateñas. Ciento cincuenta aprendices, para más de veinte empresas locales. En medio, la Escuela como la mejor garantía del futuro.

No lejos de la misma, en una de las esquinas de Elma, la Escuela de los Hermanos de San Viator. Un grupo de religiosos que se ocupan en la formación de más de doscientos jóvenes de Mondragón. Aquellos que por su inteligencia abierta y sus pretensiones con miras al porvenir, pueden luego ser el engranaje humano de unas empresas que cuentan, en total, con unos seis mil obreros.

En ambas empresas tuvo su intervención directa don Eugenio Echevarría, al que luego se le unieron otros industriales de la región. Por eso, en el acto del entierro de los dos hermanos, unas largas filas, serias y expectantes, veían cómo se iban para siempre los dos hombres que tuvieron en Mondragón más popularidad. Una popularidad seria, que encajaba del todo con su sobriedad auténticamente vasca.



Don Eugenio Echevarría, en el homenaje a Arriarán II, campeón de pelota vasca

"TIEMPO PASADO"

(PREMIO NACIONAL DE LITERATURA)



DOCE CUENTOS CON PROTAGONISTAS DE CARNE Y HUESO

"ESTE TIPO DE
NARRACIONES HAN
DE ESCRIBIRSE SIN
SOLDADURAS", DICE
JORGE
CAMPOS

JORGE Campos tiene ahora cuarenta años. Mediana estatura, bigote bien cuidado y en su cabeza el pelo no abunda mucho, que digamos. Hoy viste de azul marino y corbata negra. A pesar de sus cuarenta años, el escritor es hombre joven. Joven, por su carácter, por su manera de pensar, porque él quiere serlo o, tal vez, porque no pueda ser de otro modo.

Hace unos días, los escaparates han visto un nuevo libro de Jorge Campos. Naturalmente, es un libro de cuentos. Un libro que, ahora hace un año, obtenía en el Ministerio de Educación Nacional, el premio nacional de Literatura. Esta noche el autor me habla de sus cuentos, de su obra, de los cuentos de su último libro y de los cuentos de otros libros que ya se escribieron o que se escribirán algún día. Lo importante es llevarlos en la cabeza, pensarlos. Escribirlos quizá sea lo de menos.

—Yo suelo escribir mis cuentos de un tirón. Cuando se tiene la idea, el primer párrafo sale solo. Después, no hay más que seguir. Creo que los cuentos se han de escribir sin soldaduras, lo mismo que los lee el lector.

La charla, en un café de la calle del Carmen. Aquí, junto a la Puerta del Sol. Hora, las once y media en punto de una noche de sábado. Es el lugar y hora elegidos por el escritor y a mí, la verdad, ni la hora ni el lugar me disgustan.

—Aquí, en este rincón—y Jorge Campos señala con su mano derecha el sofá verde donde nos sentamos y el velador donde hierven dos tazas de café negro—he escrito muchos de mis cuentos. Algunas veces, aprovechando el plantón de algún amigo o la cita que llega tarde.

Doce cuentos componen y llenan las páginas de «Tiempo pasado», el último libro de Jorge Campos. Doce cuentos, distintos de argumento diverso, pero que mantienen, sin embargo, junto a una precisa unidad de estilo, cier-

UNA TERTULIA VALENCIANA QUE SE TRASLADA A MADRID



Jorge Campos con Ricardo Blasco, Hidalgo y Manuel Bonilla, en el estudio de José Hidalgo. Valencia, año 1942

ta y difícil unidad temática, ya que muchos de los personajes de unos se repiten en otros. El cuento primero se llama «Corrida de toros».

—¿Es usted buen aficionado?

Jorge Campos sonríe y me responde:

—No. Yo sólo he ido a los toros una vez en mi vida. La vez a que se refiere el cuento. Era una tarde en la feria de Valencia. Apenas si entendía nada de aquello que a otros enfervorizaba. Y, precisamente de algo de esto trata el cuento. Aquella tarde toreaba Manolete y a decir de los entendidos, tuvo una tarde maravillosa. Por cierto que cuando me enteré que en el Jurado del Premio Nacional estaban dos escritores tan entendidos en esta ma-

taria como son Gerardo Diego y Cossío, tuve la impresión que las cosas no me iban a ir nada bien. Después... no fué así.

—¿Cuándo escribió este libro?
—En esta ocasión, yo no me propuse escribir un libro. Los cuentos que lo forman se escribieron desde julio de 1952 a julio de 1956. «Corrida de toros» recuerdo que lo escribí, como narración aislada, en la primera de estas fechas; «Ricardo», a finales del año siguiente, recogía un hecho real sucedido en los días en que estaba ambientada la primera narración. Ya en 1954, «Fémina», «La convidada» y «Sentido del humor» abarcaban recuerdos de la misma época. Las vacaciones de 1954 me permitieron escribir «Bacanals», «Proyectos» y

«El amor». Al año siguiente escribí «Solidaridad» y «Señor Paco». Como ve, no hay en ellos ninguna pretendida unidad de tiempo para hacerlos. Sin embargo, creo que todos tienen la misma unidad de ambiente. Casi todos. A los cuentos que constituyen el libro premiado he añadido otros, como «Mentira», que formaba parte del conjunto y que no lo pude presentar por no tenerlo acabado de copiar en limpio, y «El atraco», escrito cuando el libro ya estaba en pruebas.

UNA CASA DE LOCOS

Jorge Campos nace en Madrid, el 19 de abril de 1916, en la calle de Santa Catalina, junto a la calle del Prado, casi pared por medio con el edificio que ocupa el Ateneo:

—Cualquier día con las nuevas obras que le están haciendo a la casa grande de la calle del Prado, terminaré por ser ateneísta (nato).

Sus primeros estudios los cursa en el Instituto del Cardenal Cisneros, en la calle de los Reyes. Y en 1939, Jorge Campos está ya en Valencia, dedicado a empresas editoriales, junto a un amigo editor valenciano que publica las primeras obras de historia y crítica literaria del escritor. Valencia será más tarde como el transcurso y el escenario donde viven y se mueven muchos de los protagonistas y personajes de sus cuentos. En Valencia, por ejemplo, se ambienta «Tiempo pasado». Se ambienta y vive, porque nombres de carne y hueso son los personajes que el autor trae a sus páginas. En la Universidad levantina Jorge comienza y termina, en sólo dos convocatorias, su carrera de Filosofía y Letras, en la especialidad de Historia.

—Me hubiera gustado estudiar Románicas, pero me era imposible hacerlo allí, aunque ahora no estoy descontento de la especialidad que entonces escogí a la fuerza.

En Valencia vive ocho años. Vida de estudiante, de lector incansable, de tertulias con amigos que sienten también la inquietud de la pluma o del pincel:

—Después de muchas andanzas, fuimos a caer en una pensión José Hierro, José Luis Hidalgo y yo. Recuerdo que la dueña de la casa no había tenido nunca huéspedes. Nosotros fuimos los primeros y me imagino que los últimos. La buena señora decía, y muy en serio, que nosotros estábamos locos. Se lo tenía muy bien creído. A mí me decía que Hierro no estaba bien de la cabeza, y a Hierro le contaba lo mismo de mí y de Hidalgo. Por entonces, José Luis pintaba en su cuarto, José Hierro hacía poesías y estudiaba acordeón. Yo trabajaba en un índice onomástico de un texto. La dueña de la casa decía que aquello que yo hacía no se le ocurría a ninguna persona normal, porque las letanias de los santos hacía mucho tiempo que estaban ya escritas. Doña Esperanza era una buena mujer que terminó por tomarnos un afecto de madre.

La pensión se convierte pronto en un centro de amigables tertulias al que acuden los jóvenes escritores valencianos de la época.

—José Luis Hidalgo había entrado en Valencia al terminar la

guerra. Entró con los galones de sargento, al frente de las tropas. Aprovechando su vida de cuartel, se matriculó en Bellas Artes y terminó la carrera de dibujo. Cuando yo lo conocí, no había publicado aún nada. Allí le animamos, y entre todos le ayudamos a publicar su primer libro: «Raíz», un libro de poesías que revelaba ya a un gran poeta. Su última obra se titulaba «Los muertos». De ella se dijo que era el mejor libro de poesías de estos veinte años. Hidalgo murió muy joven. De la tertulia fué el primero en desaparecer.

Por estos años, ni Campos, ni ninguno de sus compañeros se daban perfecta cuenta de lo que iban a significar en sus vidas aquellas reuniones y aquellas inquietudes. Más tarde la vocación estaría ya decidida. Uno de los proyectos más acariciados por aquellos jóvenes es la fundación de una revista. No había medios para llevar el proyecto a la realidad, pero la revista sale. Se llama «Corcel» y en ella aparecen las primeras poesías de Hierro, de Hidalgo y a ella mandan sus colaboradores Boussoñó, José Luis Cano, Concha Zardoya, Vicente Alexandre es el animador, desde lejos.

Cuando la casa de doña Esperanza fué demasiado pequeña, la tertulia se trasladó a los cafés. Al café o a los bares: al bar Galicia o al bar Mérito, en la calle de la Paz. Don Pedro Gaba es por el designio de todos, por su edad y por su saber, el pontífice máximo de la tertulia. A ella acude también Manolo Bonilla, que hoy tiene una de las mejores librerías de Méjico. Es una tertulia de discusión, una tertulia desde donde a Madrid se ve todos los días, pero se le ve lejos, casi inalcanzable.

Sin embargo, cuando llega el año 1943, Madrid llama y de los dieciocho que componían la reunión, hoy apenas quedan en Valencia dos o tres. Los demás andan, viven y escriben por Madrid.



Hace quince años, Jorge Campos casi podía presumir de «abundante cabellera». Aquí le vemos en una playa de Valencia

Algunos, con un nombre bien logrado.

A Jorge Campos le llega su turno de trabajo en el Consejo de Investigaciones Científicas, en el Instituto «Fernández de Oviedo», donde hoy sigue llevando su sección de crítica literaria de revistas americanas

LA PREHISTORIA LITERARIA

Un poco al margen de sus cuentos, Jorge Campos ha ido desarrollando una profunda y concienzuda labor de crítica y de historia literaria. Ya antes de venir a Madrid, mientras llegaba la hora de la tertulia, el escritor se dedica por completo a su labor de investigación literaria y de su pluma van saliendo obras como la Selección de las obras de Boscan, a las que Campos pone un prólogo enjundioso y de hondo saber crítico. Más tarde, en 1941, publica una antología de la Poesía Lírica Castellana. En Madrid, a los tres años de su llegada de Levante, sale a la luz la Historia Universal de la Literatura y poco después una nueva antología que se ocupa de la poesía hispanoamericana.

Jorge Campos se ha afirmado como un erudito de las letras y de la historia de la literatura. En la Biblioteca de Autores Españoles comienza su aportación con un estudio crítico de las obras completas de Espronceda y sigue después con Enrique Gil, Serafín Estébanez Calderón, Antonio Alcalá Galiano, el duque de Rivas.

Los primeros cuentos de Jorge Campos se escriben en el año 1939.

—Hoy están todos publicados, menos el primero, que era muy malo.

Con esta sencillez habla el autor.

—Cuando aun no tenía yo publicado nada, le leí a un amigo uno de aquellos cuentos. Mi amigo tenía compromiso con una imprenta para publicar un libro que había de llevar seis cuentos. Esto decía una de las clausuras del contrato. El me cedió la mitad de su libro y yo escribí dos más y le llevé los tres que le faltaban. Esta era mi primera salida a los escaparates de las librerías. El libro se llamó «Seis mentiras», y le puso prólogo José Francés. En el prólogo don José predijo que aquel librito se perdería pronto por el alejamiento y la distancia que existía entre los cuentos y la realidad. Y la profecía fué una realidad.

Ahí empieza lo que podríamos llamar la prehistoria literaria del autor de «Tiempo pasado». Después vino «Eblis», otro librito de cuentos que para su autor tendrá siempre un recuerdo especial. Por entonces, allá por el año 1942, Jorge Campos tenía ya amigos que creían en él y fueron sus amigos, Demetrio Ramos, Blasco, Ballesteros el catedrático de Historia, y otros, los que dedican un homenaje, costeándole la edición y publicación de su segunda obra. Más tarde salen «En nada de tiempos», «Vida y trabajos de un libro viejo», «Pasarse de bueno» o la historia de un día de fin de año en la Puerta del Sol, «El atentado», que consigue un premio internacional en un concurso de cuentos celebrado en La Ha-

bana, «Vicchori», «El hombre y lo demás».

Jorge Campos seguía escribiendo y seguía en el camino más difícil, en el camino que sólo andan los que tienen una firme vocación y una gran fe en sí mismo, que es el camino del escritor que escribe sin editor a la vista. Sus cuentos se iban almacenando. Algún día llegaría. Y los días fueron llegando hasta dejar vacío el cajón de la mesa, que se iría reponiendo sin perder tiempo. En cierta ocasión, Rodríguez Moñino, que había leído algo de Jorge, le para en la calle y le dice:

—¿Por qué no me manda usted algunos de sus cuentos? Me gustaría publicárselos.

Aquel fué un gesto inolvidable para un autor casi recién estrenado. De esos casos se da uno sólo en la vida. Jorge Campos le mandó veintidós cuentos que vieron la luz con el título de «El hombre y lo demás». El autor de «Tiempo pasado» no había dado nunca con sus originales bajo el brazo en busca de editar. No por soberbia, que no la tiene. Quizá por todo lo contrario. Yo diría que Jorge Campos es un hombre tímido, humilde, que apenas habla de sí mismo, aun cuando uno se ve obligado a preguntarle. En cierta ocasión, un amigo le pide un original para un editor que dice conocer y ser bastante amigo suyo. Cuando pasó algún tiempo, volvieron los originales a manos del autor, mientras el amigo se excusaba:

—Mi amigo no los encuentra aceptables. Y lo siento en el alma.

Unos días más tarde, la casualidad hizo que en una librería se dieran a conocer Jorge y aquel editor que, según el amigo, había encontrado inaceptable sus cuentos. El editor no tuvo por qué excusarse. No conocía a Jorge ni de nombre ni de oídas. Todo había sido una presunción por parte del que se prestó a intermediario sin nadie pedirselo.

Hoy la obra publicada del autor de los cuentos es ya voluminosa. A veces piensa uno de dónde este hombre puede sacar tiempo para escribir en medio de sus ocupaciones diarias, de sus trabajos de investigación, de sus lecciones de literatura en la Escuela Superior de Arte Dramático, de la preparación de libros para editores. Algunos cafés madrileños suben muchos de las horas que Jorge Campos dedica a sus cuentos. Y no quiero, con esto indicar que Jorge Campos sea a estas alturas amigo de la bohemia. Creo que no. Ese tiempo pertenece ya al «tiempo pasado».

CUENTISTAS DE AYER Y DE HOY

—Entre los cuentistas de ayer y de hoy, ¿cuáles le parecen de mejor calidad literaria?

El escritor piensa un poco en respuesta.

—Yo he leído a muchísimos. A mí me parece que el mejor de todos es Poe, no sólo por su imaginación, tantas veces alabada, sino también por su magnífica construcción y por la arquitectura que sabe darle a la acción. Entre los primeros coloco también a Chejov. Por cierto que en una colección que acabo de ver de cuentistas célebres, no he visto su nombre. Y me extraña. Es un ol-



Acompañado de su mujer y de Pedro Beltrán vemos en estas fotos a Jorge Campos en una calle de Santillana y en el lugar donde está la cueva de Altamira



vido lamentable. Maupassant y O'Henry están para mí también en primera línea. Y, entre los modernos, Faulkner, con su delicioso cuento «Una rosa para Emilia», y Hemingway. Los otros días me alegré mucho cuando leí que el Premio Nóbel americano dijo que, de sus cuentos, el que más le gustaba a él, era precisamente el que yo más veces había alabado. Es una alegría coincidir.

—¿Y en nuestro tiempo?

—Hoy observo en esto un fenómeno curioso. Hace quince años parece que el cuento no interesaba a nadie. Ni a editores, ni a escritores. Hoy, los editores van pasando, y en cuanto a escritores, se puede decir que es el cuento uno de los géneros que más se cultivan. Antes, el cuento se tenía que refugiar, como de contrabando, en las revistas de poesía. En nuestro tiempo existen grandes cuentistas, con condiciones muy buenas. Un ejemplo de ello lo tenemos en Vicente Carredano, en Fernandez Santos, Vicente Soto, Pepe Hierro, que aunque es, por encima de todo, un excelente poeta, tiene también cuentos que no podemos olvidar, como aquel de «Quince días de vacaciones», Manuel Pílares, Aldecoa, Lauro Olmo (Jorge Campos no quisiera dejarse ningún nombre en el tintero y hace esfuerzos por recordar, pero su memoria no es tan fiel como su imaginación). Aho-

ra acabo de leer un cuento muy bueno de Carlos Clarimón. Un poco más lejos de nosotros están Eusebio García Luengo, y los novelistas ya consagrados que no despreciaron el cuento, como Carmen Laforet y Camilo José Cela.

—Para usted, ¿cuál es el mejor cuentista de España?

Ahora la respuesta viene sin pensar. Parece como si hubiera esperado la pregunta:

—Clarín. Eso, sin duda alguna.

DOS CUALIDADES DEL CUENTO

—¿Qué es para usted más difícil, la novela o el cuento?

—Por lo menos, la novela es más difícil de terminar. Yo he empezado tres, y las dos primeras están todavía en el capítulo noveno. No quiero decir que me sienta fracasado en ese capítulo, pero es que la novela exige más dedicación, más constancia y más continuidad en el trabajo. El cuento se puede alternar con otras ocupaciones. El cuento va siempre de un tirón. La novela exige vivir con los protagonistas, llevarlos en la cabeza. Algunos de los que han leído «Tiempo pasado» me han dicho que es casi una novela. Quizá le falte un cierto orden cronológico.

—¿Cuáles son las cualidades indispensables del cuento?

—La primera, a mi entender,

DIGA A SU DENTISTA: YO USO PROFIDÉN

PUBLICIDAD 

Es el dentífrico presente en todos los Congresos de Odontología, porque es un producto **estudiado odontológicamente** para conseguir una perfecta higiene dental sin lesionar los tejidos ni alterar las defensas naturales de la boca.



Y es que PROFIDÉN es un producto
ODONTOLOGICAMENTE PENSADO
TECNICAMENTE PREPARADO
BIOQUIMICAMENTE CONTROLADO

PROFIDÉN HA SIDO GALARDONADO CON LA ÚNICA MEDALLA DE ORO DEL XVIII CONGRESO NACIONAL DE ODONTOLOGIA PALMA DE MALLORCA • MAYO • 1956

C.S. 15.498

LABORATORIOS PROFIDÉN, S. A. • INVESTIGACIONES Y PREPARACIONES ODONTOLÓGICAS • MADRID



**DIGA UD. A
GILA!**

Todos los martes a las once y media de la noche y todos los viernes a las once menos cuarto por Radio Madrid y su Cadena de Emisoras, en el programa "ESCUCHE Y SONRÍA"

¡¡PROFIDÉN Y GILA!!

dos nombres que regalan felicidad

es la sobriedad. Es decir, que no le sobre nada. Condición que no es tan indispensable ni necesaria en la novela. Si no fuera una pedertería, le diría que para mí el cuento apenas tiene dificultad. Sale como apretando la manga de hacer churros. Me refiero, claro está, al hecho de hacerlos, de escribirlos. En cambio, la novela pide un plan más premeditado, más pensado. Otra condición muy necesaria es la humanidad. En el cuento, o se sobrenada en la fantasía, totalmente despegada de la realidad, o se saca de las mismas cosas que diariamente tocamos y vemos, poniendo en ellas toda la humanidad que las cosas tienen. Yo creo que los cuentos malos son los que están, precisamente, en el medio de estos dos extremos. Esto no quiere decir, en modo alguno que el cuento tenga que ser necesariamente una fotografía, un retrato exacto de la realidad.

«Tiempo pasado» es un libro de cuentos, donde la realidad está clara y limpiamente observada. Una realidad tierna y poética. La visión de la realidad que se refleja en estos cuentos es la que corresponde a unos ojos limpios que se detienen en el detalle esencial que penetran en la honda significación de las cosas, que descubre muchos aspectos levemente risueños o levemente grotescos. El estilo se diferencia, fundamentalmente, de la manera plástica, efectista, abultada, que tanto suele abundar en nuestro tiempo. No hay aquí el retoricismo, el virtuosismo de muchos cuentos de la época. Y a cambio de eso, el autor se nos presenta con mucha

mayor honestidad y naturalidad narrativa.

Otro de los rasgos que caracterizan el cuento de Jorge Campos es el humor. Pero no un humor descoyuntado o disparatado, con fórmulas ya estereotipadas, sino el humor que se podría llamar clásico, que sale sencillamente, con toques apenas perceptibles.

—¿Existe alguna diferencia real entre el cuento y la novela corta?

—Sí. Existe. La novela corta permite mayor complejidad argumental, dentro de su brevedad. El cuento viene a ser como el poema; exige más economía de elementos. Por otra parte, el cuento admite más elementos líricos que la novela. Hay quien escribe novelas cortas y extraordinarias, y fracasa en el cuento, porque los escribe como novelas.

—¿Existen cuentos para niños y cuentos para mayores?

—Sí, no hay duda. El cuento para niños es uno de los géneros que yo creo que no se ha logrado. No consisten en cuentos ñoños, con abundancia de diminutivos. Los cuentos clásicos de niños creo que siguen siendo los mismos. Cabe hacer muchas ediciones, cambiando el lenguaje de aquellos cuentos, que suele ser anticuado. Otras veces ocurre que se escriben cuentos para niños, cuando, en realidad, están concebidos para mayores, con la única diferencia que los protagonistas son pequeños.

—Usted que cultiva los estudios de Historia, ¿no cree que van desapareciendo aquellos cuentos con un fondo histórico que tanto gustaban a los niños?

—Una de las cosas que yo ten-

go entre manos es un libro de cuentos con tema histórico. De todos modos, no creo que esos cuentos puedan volver a tener una arqueología siempre convencional, como aquel famoso de «Jonica la cortesana». Los cuentos con fondo histórico necesitan una documentación seria de la época, para que no ocurra en ellos como en las películas norteamericanas. A veces, la Historia nos da perfectos y auténticos cuentos. Yo he recogido algunos en nuestros cronistas de Indias.

—De los doce cuentos que componen su libro, ¿cuál le gusta más al autor?

Jorge Campos va repasando despacio su obra y, al fin, se para en una hora.

—A mí me parece el más conseguido de expresión el que titulo «Dolor», aunque tal vez al lector pueda gustar más «Gentes de mundos».

—¿A qué obedece el título?

—Mientras lo iba haciendo, tenía otro título. Le puse: «Yo andaba entonces por Valencia», pero le veía un primer inconveniente tipográfico. El día antes de terminarlo me fijé en aquellas palabras de Manrique, que yo he puesto al frente del libro: «... Cualquiera tiempo pasado fue mejor». Y de ahí me salió el título.

Hemos terminado. Son las dos de la madrugada. Esta noche mientras Jorge Campos camina hacia su casa, los que le vean pasar pensarán que es un bohemio más. Y se equivocan.

Ernesto SALCEDO

LA LECTURA PLACENTERA

Por Juan BENEYTO

UN reciente informe hecho público por el doctor Otto Lenz nos da el impresionante documento de que una tercera parte de la población alemana carece de libros.

Los libros han sido sustituidos por otros elementos más adecuados a la situación social presente.

En una sociedad donde cada vez falta más el tiempo, justamente en contraste con su supresión técnica, la lectura no puede ser ya de ocio atento, porque hasta el ocio tiene su sitio en nuestra distribución de quehaceres. Se lee así, ante todo, por afán de instrucción, por la necesidad de prepararse culturalmente en una o en otra disciplina. Lee el estudiante lo que importa para sus exámenes o para su saber profesional; lee el estudioso para completar su cultura, para ampliar su erudición... Lee también el que desea ascender en su puesto dentro de la estratificación social en que vivimos: los que aspiran a ser tenedores de libros, mecánicos de radio... y, en general, esas especialidades que se anuncian en las revistas. Se lee también para no estar trabajando todo el día; pero falta esa lectura placentera que responde a otro momento histórico—al del arte por el arte, al de la valoración estética del mismo vivir.

Habría que estimular la lectura en las vacaciones; colocar al lado de esta contemplación de la naturaleza y en comunión con ella, pisando el césped y despojándose del atuendo civil, el libro como nueva hoja de parra, a guisa de céfiro de la primavera de Boticelli...

Quien lee para no seguir trabajando, lee para evadirse, lee la novela: rosa, amarilla, color verde prado. En el reciente estudio de Halter Allen «The novel to-day» se subraya el auge novelístico. «La novela—escribe Allen—está hoy más sana que en cualquier otro momento histórico. La investigación, más reciente todavía, de J. W. Aldridge señala que la autopsia de esos dos mil nuevos títulos al año producidos por la novelística norteamericana representan un ambiente de conformismo. No se trata de un conformismo relacionado con un ideal moral—subraya— sino sencillamente de aceptación de la vida cómoda.»

El mismo fenómeno se ha podido observar en la Alemania que ha seguido al alzamiento y a la derrota nazi. Los cambios políticos y sociales de 1934 a 1950 permiten reflejar—y aun medir—el flujo de esos acontecimientos sobre el público de los lectores de libros. Al principio de la campaña militar las novelas sentimentales alcanzaron casi el 50 por 100 de la total venta de libros, para tornar a poco más del 25 por 100 en 1950. La novela policíaca perdió interés durante la guerra, manteniéndose en un 15 por 100, para pasar súbitamente en 1950—cuando la gente quería olvidar la doble pesadilla de la derrota y de la ocupación—al 35 por 100, es decir, más que doblando su público. La novela histórica, que consiguió popularidad en la época de las grandes proclamaciones imperialistas, disminuye notablemente. Mantiénesse siempre el grupo de lectores que prefieren las obras de humor acaso los que tienen razón en todo tiempo... El episodio más descolante de este periodo es la culminación de la novela rosa, con la señora Couths-Mahler, que llega a distribuir veintidós millones de ejemplares. Un fenómeno semejante al del «Coyote» español...

Responde a circunstancias análogas el impulso que recobra el folletín. Este surgió, como es sabido, reflejando las ganas de leer, la apetencia de letras de las masas recién alfabetizadas, del mismo modo que el melodrama en el teatro entretiene a los nuevos burgueses que se instalan en las ciudades. El folletín empezó siendo una sección de los periódicos. «Feuilleton» no significaba otra cosa sino esa parte de la hoja diaria o semanal dedicada a las letras y que bien pronto se bifurca en el fo-

lletón, de un lado, separado del periódico, y el folletín, de otro, que sigue unido a la gran hoja noticiosa. De ahí proceden esas obras «por entregas» que inundan los barrios menos ilustrados y que se circulan por bajo de las puertas en las casas de vecindad.

El tema de la novela por entregas, supervivencia de la producción folletinesca, es tema interesante, porque nos podemos preguntar si esa distribución parcelada no es sino una fórmula que permite asegurarse el cobro del precio: comprar por entregas es como comprar a plazos, es decir, facilitar la entrega del dinero convenido. Si en el libro vendido a plazos empieza entregándose aquí solamente se entregaba en tanto se iba cobrando, y para que se pagase se procuraba—y se procura—que en cada entrega quede pendiente una cuestión: el robo, el rapto, la muerte...

La novela por entregas—histórica, sentimental, policíaca—tiene aún en ciertas zonas una gran difusión. La suscripción local en Madrid y en Barcelona se mantenía aún estos últimos años sobre los doce y los catorce mil ejemplares. En fin de cuentas, ésta sería la verdadera lectura del proletario, ya que una literatura propiamente proletaria, de una clase social, no se ha producido sino cuando lo ha intentado más bien una lectura de bajo nivel y aun de mal gusto.

Frente a la novela distribuida por la ranura inferior de la puerta está la novela exaltada por los premios literarios y, sobre todo, la que ha conseguido por la presencia de la mujer una cierta distinción. La presencia de la mujer en la vida social y en la administración, en las empresas y las distintas actividades cívicas, es fenómeno iniciado el siglo pasado, que se ha visto culminar en nuestros días cuando la mujer ha entrado en la propia milicia. Al haber con abundancia mujeres autoras (piénsese en la reiteración con que los premios más conocidos han sido entregados a manos atildadas), hay también abundancia de mujeres lectoras y de lectores que se interesan por lo que las mujeres escriben.

Así el plan español de meter libros en las casas, de darlos ya con bibliotecas, puede hacernos soñar con el placer de leer.

RECETARIO DE COCINA

ENTRE PASTEL - SOPAS - HUEVOS - ARROZ - PERROS - VIDEOS - GARNES Y MÁS - SALSAS - BARRIDOS - PASTES

Siga mi ejemplo, adquiera estos productos



PUDINES Royal

RIERA MARSA S. A.

VALE

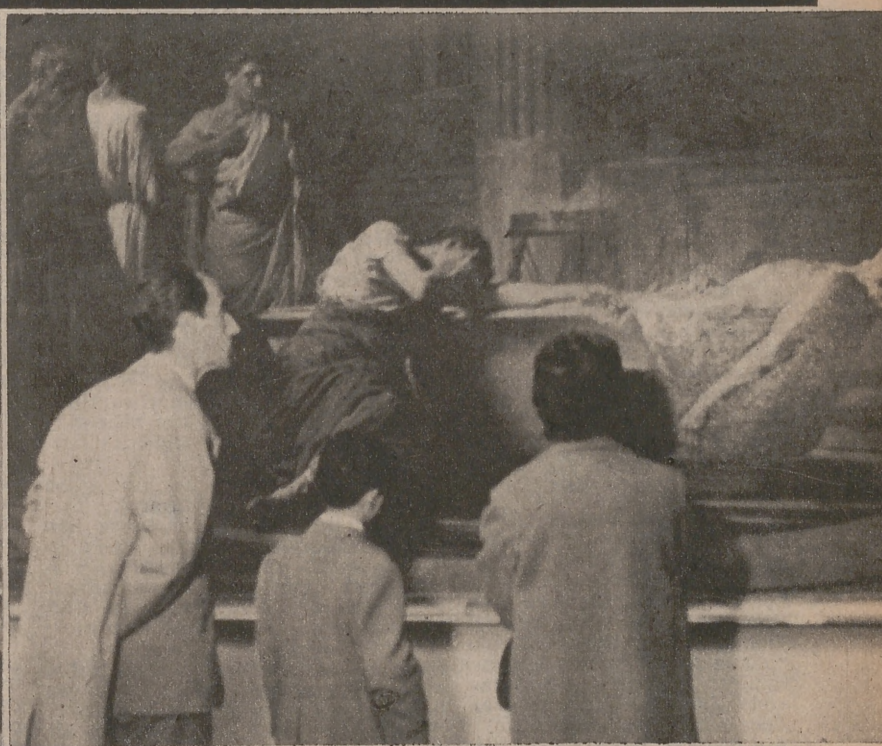
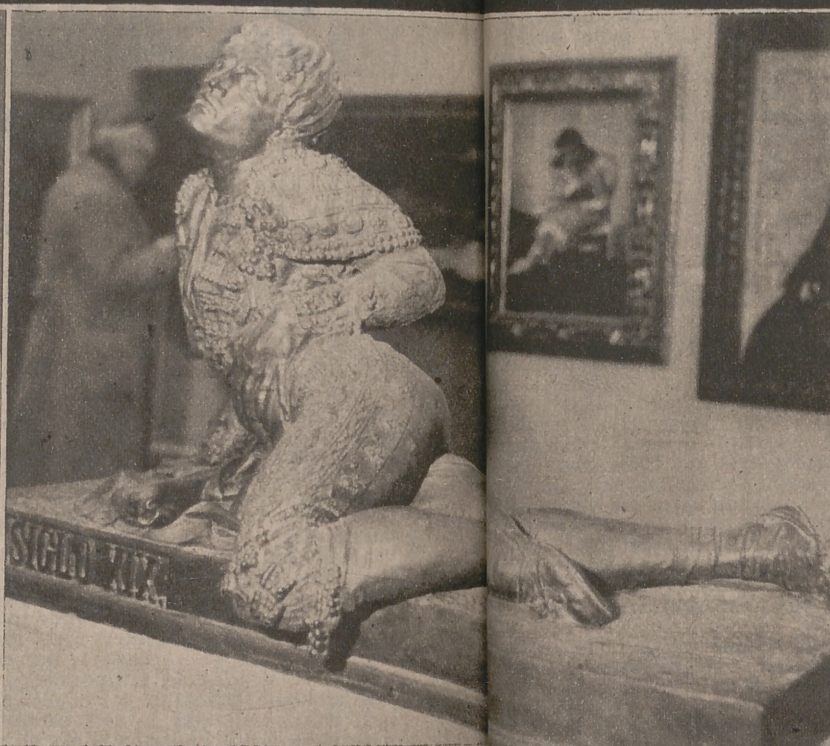
Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

CIEN AÑOS DE ARTE ESPAÑOL



545 OBRAS DE 178 ARTISTAS EN EL PALACIO DEL RETIRO

EN el palacio de Velázquez del Retiro se ofrece al espectador un siglo entero de pintura y escultura de artistas españoles. Sus creadores fallecieron en la centuria que va desde 1856 a 1956. La selección se ha realizado tan atinadamente y con tan buen gusto que no se percibe ninguna solución de continuidad, ningún corte brusco que nos haga pensar que la paleta pictórica española se ha secado por un momento o ha envejecido. Los temas, los colores, las tendencias fluyen espontáneamente sin cesar, y caminando de una sala a otra nos vamos trasladando, a través de las distintas etapas del arte romántico, naturalista y modernista hasta ver apuntadas en las vibrantes estampas de Pinazo y Riancho, las más actuales inclinaciones.

Don Antonio Gallego Burin, director general de Bellas Artes, ha sido el mago que ha extendido ante nuestra vista este espléndido tapiz en que se recartulan cien años de arte español. Con este bello gesto ha descubierto un mundo que era casi desconocido para la mayoría de nosotros, porque el arte de nuestro tiempo inmediato pasado estaba arrumbado y hasta despreciado, por lo que se desconocía en todo o en parte. Muy pocas personas tenían una idea clara y completa de lo que valían y representaban nuestras artes plásticas.

Ahora podemos afirmar, llenos de orgullo, que la pasada centuria tampoco estaba vacía de pintores, como tampoco lo estuvo de

músicos y novelistas. Lo que ocurría era que estaban abandonados y dispersos en Museos provincianos, en centros oficiales y en casas particulares.

Afortunadamente el redescubrimiento no hay que agradecerlo a ningún avisado marchante extranjero, sino a un grupo de hombres muy sensibles y conocedores del arte que, acudidos por Gallego Burin, han reunido este ramillete de obras maestras. Merece la pena que refiramos la historia de su esfuerzo.

MIL OBRAS PARA ESCOGER

Al cumplirse el centenario de la fundación de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, la Dirección General, rectora de estos exámenes bienales, consideró oportuno reunir las obras y los artistas más representativos del siglo finalizado. La empresa tenía sus peligros. El mayor era comprobar si las obras galardonadas resistían el peso de los años, una vez que habían perdido el sostén del favor y de la moda. Para salvar este grave escollo la Comisión ha tenido el sentido común de no reunir todas las medallas, sino los valores que ellos entendían como tales sinceramente.

—Que se haga una lista—ordenó Gallego Burin.

En la Secretaría Técnica del Museo del siglo XIX, antes de Arte Moderno, se confeccionó una primera relación compuesta de más de 1.000 títulos de obras que habían sido realizadas por artistas ya muertos, empezando

por los románticos de la segunda generación. Exceptuando a Valentín Calderera y Solano, que nació en 1796 y murió en 1830, todos habían venido al mundo después de 1800 y nunca más tarde de 1900.

A primeros de marzo de este año empezó a reunirse una Comisión nombrada y presidida por Gallego Burin y compuesta por José Francés, Lafuente Ferrari, Julio Moisés, Antonio Marichalar, Ramón Aznar, Alvarez Laviana, Sánchez de Muniain y Jacinto Alcántara. Después de numerosas y movidas reuniones la Junta seleccionó sobre el papel más de seiscientas obras pictóricas y más de 200 esculturas.

La segunda fase consistió en reunir estas ochocientas y pico obras. Naturalmente, en los fondos del Museo Nacional de Arte Moderno, dirigido por don Enrique Lafuente Ferrari, y en los del Museo Romántico se encontraba la mayor parte de ellas. Pero este núcleo no dejaba de ser incompleto. Por otra parte se imponía su catalogación y restauración. Para realizar esta ardua tarea se nombró una Comisión auxiliar, cuya alma han sido Raúl Díaz, secretario del Museo Romántico; Joaquín de la Puente y Stolz, subdirector del Museo de Arte Moderno.

Raúl Díaz, hombre activo como pocos, se ha encargado de la parte más oscura y, sin embargo, eficaz, consistente en la correspondencia, traslado de las obras, seguros, etc. Para reunir tanto cuadro disperso hubo que reali-

zar muchas una tarea medio estado policiaca. Una cosa es de la lista seleccionada tener reunidas las obras. Con frecuencia buscar una se tropezaba con el inconveniente de que el artista había fallecido y la obra había sido vendida, pasando a manos de un particular.

Todo esto transcurrió recogiendo aparte de los fondos de los centros oficiales, se trajo un núcleo importante de Barcelona, de Granada, Málaga, Córdoba, Santander, Salamanca, Oviedo y Aranjuez. De estos fondos del Estado se buscaron las colecciones particulares más interesantes cuando eran conocidos por su colección privados. Antes de reunirlos a particulares se debía solicitar una obra que se debía dejarla sin exponer. Las colecciones particulares contribuido con sus aportaciones a la Exposición que hoy contemplamos en el Palacio de Velázquez. La nobleza ha colaborado bastante. El duque de Medinaceli ha facilitado un cuadro y un «Luis Alvarez» de Andreu, dos «Fortunio» de los «Miralles». Tanta obra de este pintor en manos de un industrial que se debe a que era su tío-abuelo. De los pintores siempre se facilitó labor. Igual que en el anterior, la



Estas fotografías nos muestran diversos aspectos de la Exposición conmemorativa del primer centenario de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, que actualmente se celebra

de Echevarría, Pinazo, Zuloaga y otros han aportado obras interesantísimas.

En ocasiones, como en el caso de Rosales, la obra no estaba en unas solas manos. Para dar una impresión de conjunto, aparte de los «Rosales» seleccionados de los centros oficiales, hubo que solicitar otros del vizconde de Baigner, de los duques de Pinhermoso y Pastrana, de Joaquín Fallá y de la nieta del pintor.

No dejaron de presentarse casos delicados, debido a que las paredes del palacio de Velázquez son menos espaciales que fecundo en obras del pasado siglo. Por falta de sitio la Comisión, lamentándolo mucho, se ha visto obligada a rechazar ofrecimientos de hijos y nietos de otros artistas que desgraciadamente no figuran en esta síntesis del arte español.

8.000 FICHAS EN CINCO MESES

A la par que iban llegando las obras, Joaquín de la Puente iba procediendo a su catalogación. Hombre muy escrupuloso y concienzudo, rechazó el rutinario sistema de fichar las obras atendiendo a los datos consignados en la bibliografía. Esto le ha permitido subsanar numerosos errores. Ha sido tan metódico que no se ha contentado con lo que veían sus ojos a simple vista, sino que, cogiendo el cuadro, lo ha mirado y remirado por todos los lados, persiguiendo pistas olvidadas. Así, en un cuadro de Federico de Madrazo, del Patrimonio Nacional, descubrió, con sólo le-

vantar el marco, que no era de Federico, sino de su hermano Luis, cuya firma encontró en la parte inferior izquierda del lienzo. En otro cuadro, hasta ahora tenido por obra de Domingo Marqués, el trabajo de restauración ha descubierto que está firmado por V. March.

Para Joaquín de la Puente, profesor ayudante de Lafuente Ferrari en su doble calidad de pintor y erudito, el secreto de la catalogación está en saber ver la pintura. Para él todo constituye un problema de visión. Su estudio de los cuadros es completo. A cada una de las obras recibidas le ha sacado una ficha en la que describe el tema representado, la técnica empleada, la base utilizada y la resina del expositor, indicando también las dimensiones y su calidad de lienzo, tabla o papel, así como la firma. En conjunto ha catalogado todas las obras, para lo cual ha tenido que hacer unas 8 000 fichas, o sea diez por cada obra.

CUIDANDO DE LA BUENA REPRESENTACION

Una vez catalogadas las obras pasaban al taller de restauración del Museo de Arte Moderno, donde eran repasadas por los expertos del Museo, que han trabajado activamente bajo la supervisión del señor Stolz. Ha sido ésta una medida sistemática y conveniente, porque las pinturas del siglo XIX se conservan mal. Se debe esto a varios factores. Por un lado la industrialización del lienzo con sus imprimaciones en serie; por otro, las mezclas inadecuadas promovidas por un exceso de materiales que no hacían más que confundir al artista.

Se han restaurado la mayor

parte de los cuadros del Patrimonio Nacional. De los particulares, tan sólo aquéllos cuyos propietarios lo han solicitado.

—¿Por qué esta distinción? —preguntamos al técnico que nos da la explicación.

—Por un motivo económico, ya que la restauración cuesta dinero, y por un motivo legal. Puede haber protestas. La restauración a veces supone el asesinato de un cuadro. En unas manos inexpertas, una limpieza excesiva puede borrar las imágenes.

—Pero el taller de restauración del Museo es de garantía.

—Para hacer una reparación perfecta hay que hacer un examen de la obra por procedimientos fotográficos, sirviéndose de la luz de sodio, de los rayos infrarrojos y de las radiaciones Roentgen. Estudiada la materia prima empleada por el autor, se toman los pigmentos que la integran y se baten con barnices y gomas para emplear la menor cantidad de aceites, que se saponifican y ennegrecen, estropeando los cuadros.

En la presente ocasión se ha llegado a una restauración integral, pues incluso hasta se han reparado los marcos, lo que nunca se hizo. Muchos de ellos, elaborados con maderas de calidad y con incrustaciones de oro fino, han tenido que limpiarse con sumo cuidado.

Esta limpieza sistemática, tanto del lienzo como del marco, ha proporcionado algunas sorpresas. En «Un palco en la ópera», de Fierros, adquirido recientemente en deplorable estado, la esponja del restaurador ha descubierto una figura oculta antes tras una capa de mugre. Un cuadro que pasaba, aunque con ciertas reservas, por un «Espantera», cuyas

iniciales son J. E. S., ha tenido que ser catalogado como obra de un tal J. E. R.

QUINIENTAS CUARENTA Y CINCO OBRAS DE CIENTO SETENTA Y OCHO ARTISTAS

Trabajando intensivamente, la Comisión auxiliar pudo ofrecer en septiembre a la Comisión organizadora todas las obras para una postrera selección. Tras muchas discusiones pasaron definitivamente al palacio de Velázquez 476 cuadros de 151 pintores y 69 estatuas de 27 escultores. En total, 345 obras de 178 artistas. Son los que, a juicio de los señores anteriormente mencionados, han resistido el peso de cien años.

—No están representados todos—nos explica el señor Gallego Burin—; en una autología le han escogido los más significativos dentro de las más diversas tendencias.

—¿Todas las tendencias?

—Aunque no se hayan seguido en España algunas corrientes, nuestro arte no tiene nada que envidiar. Sobran las palabras. En la Exposición se puede ver lo que significa el arte español a lo largo de la última centuria.

—Y también lo que han pesado las Exposiciones nacionales en las postreras generaciones de artistas.

—Exactamente. Aunque es un certamen conmemorativo del centenario de la inauguración de la primera Exposición, no se ha excluido ningún artista por el solo hecho de permanecer alejado de ellas.

—Tiene usted razón. Ahí están Eugenio Lucas, Francisco Miralles, Echevarría y otros.

—Pues bien: a pesar de eso ahora se puede comprobar que muy pocos son los artistas que no han pasado por las Exposiciones nacionales de Bellas Artes.

—Reconociendo implícitamente su importancia.

MAS DE QUINIENTAS VISITAS DIARIAS

Antes de trasladar las obras al palacio de Velázquez se realizaron en este edificio una serie de reformas que fueron dirigidas por el arquitecto Fernando G. Chueca, acondicionando el palacio para recibir a tan magna Exposición. Una de las reformas ha consistido en la instalación de radiadores eléctricos, que están siendo muy eficaces en estos días otoñales.

Llegó el momento de distribuir los cuadros por los salones y colgarlos en las paredes. Parece ésta una tarea subalterna, y es, sin embargo, una de las fases más delicadas de cualquier Exposición. No basta con conocer la superficie de las paredes y el tamaño de los cuadros a ubicar. Es preciso poseer una fina sensibilidad, suma paciencia y, en este caso, un profundo conocimiento del proceso histórico del arte. Lafuente Ferrari, con su dinamismo y eficacia característica, fué el alma de la instalación, contando con la valiosa colaboración de otros miembros de la Junta organizadora.

Por fin se abrió la Exposición. Dos mil visitantes circularon varias veces por sus salas el primer día. La afluencia de público no ha cesado aún Encontrándonos



Para muchos es un descubrimiento esta Exposición que ha reunido tantas obras dispersas

en diciembre, y la Exposición en el centro del Retiro, se registran unos quinientos espectadores en los días laborables y más de mil quinientos en los festivos. El triunvirato formado por Rosales, Fortuny y Sorolla continúa entusiasmando al público, que se siente sorprendido ante Riancho y Pinazo.

—Junto con Miralles, que era poco conocido, son los grandes descubrimientos de la Exposición —nos dice Gallego Burín, quien, obligado a guardar absoluto reposo en cama por un úlcera duodenal, dirigió cerebral y espiritualmente los últimos preparativos del certamen y la inauguración.

Si. Categóricamente Riancho y Pinazo han constituido una estu-penda revelación para las jóvenes generaciones de artistas. Sus vidas, casi desconocidas, también han maravillado.

UN NIÑO QUE NO SABE QUE EXISTEN LOS LAPICES

Agustín Riancho, allá por el 1850, era un rapazuelo que causaba el pasmó y la desesperación en Entrambasmiestas, un lugarejo extraviado en lo más fragoso de la Montaña. En vez de ayudar a su familia en las faenas del campo, se dedicaba a pintarre-jear con carbones cuantas paredes encontraba medianamente blancas. Y caso era que sus muñecos eran graciosos y chocartes.

—Mejor pintaría si lo hiciese con lápices —dijo un forastero que pasó por el pueblo.

—¿Eso qué es? —preguntó el padre de Agustín.

—Un palo que tiene dentro una barrita de carbón a la que se puede sacar punta. Así se pinta con más finura.

El padre de Agustín decidió comprar tan prodigioso invento en Santander. Allí habló de su chico al impresor Martínez, quien, pasmado por tanta ingenuidad, le rogó que le enviase al chico para conocerlo. Días después Agustín Riancho marchó a pie a Santander.

Durante unos años vivió como un niño prodigio en Santander y Madrid. Luego siguió el destino viajero de todos los pintores de la época. Aconsejado por Hees, se fué a Bélgica a los diecinueve años, retornando a los cuarenta. Es un fracasado. Su pintura, que se ha ajustado a las fórmulas imperantes, a las tendencias del momento, son bastante mediocres. No deja de ser un rústico atenuado por el gusto aburguesado de una pintura llena de prejuicios.

Desilusionado, huye a su aldea, a Entrambasmiestas, en donde vive con su hermano, que es peón caminero, una existencia campesina. Sin recursos, carece, como en su infancia, de materiales para pintar. Para ir tirando se ve obligado a rifar sus obras por ferias y mercados...

Cuando es más grande su caída, cuando se halla más reintegrado a la naturaleza natal, se vuelve a repetir el prodigio, porque del choque desesperado de su cultura artística europeizada con las peñas de la tierra, surge una personalidad brava, moderna y atrevida, que sólo se ajusta a sus sentidos y sentimientos. Libre de toda influencia y cortapisa extranjera y contemporánea, su pintu-



Las pinturas de José María Sert son siempre un espectáculo sorprendente

ra se adelanta a su tiempo tan vertiginosamente, que, en esta Exposición del palacio de Velázquez parece a todos maravillosamente actual.

UNA INDEPENDENCIA QUE CUESTA 500 PESETAS

En España, el país donde las cosas se hacen o no se hacen exclusivamente porque «da la real gana», la independencia vale un genio. Por lo menos contribuye poderosamente a su formación. Ya se ha visto el caso de Riancho, que triunfó el día en que desligándose de toda atadura se incorporó a su montaña.

La otra revelación de este certamen, Ignacio Pinazo, hace gala de idéntica y soberana independencia celtibérica. Cuando falleció su familia encontró entre sus papeles un sobre con 500 pesetas, que tenía el siguiente letrero: «Esto es de fulano, por si no tengo gana de hacerle lo que me ha encargado».

Su origen es tan humilde como el de Riancho. Si este empezó de campesino, Pinazo lo hizo de sembrero y pintor de azulejos. El único cargo oficial que consiguió fué una plaza de ayudante en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Llevaba siempre en el bolsillo un cuaderno de papel rayado. En esto se parecía a otro pintor extraordinario, a Martí Alsina, quien decía:

—Se puede dejar olvidada la petaca, pero nunca el álbum de notas.

VIAJARON MUCHO, PRO- DUJERON MUCHO Y SE DIVIRTIERON MUCHO

Nos maravillamos leyendo la vida de los pintores italianos del cuatrocientos, pero es porque no conocemos la de los artistas es-

pañoles que murieron entre 1850 y 1950, y figuran en esta Exposición del Retiro. En el documento magistral del catálogo del certamen, que quedará para la posteridad como una obra de consulta de primerísima mano, encontramos esbozadas por Joaquín de la Puente la trayectoria chispeante de sus vidas pródigas en hechos y obras, que están esperando a un biógrafo de talla que se atreva a describirlas con el mismo desenfado con que transcurrieron.

La crónica escandalosa de sus diversiones en los carnavales romanos y entre la bohemia literaria del barrio latino no pallidece ni aun comparándola con la de los hombres del Renacimiento. De una exuberante vitalidad tuvieron tiempo para todo aunque con varia fortuna. La cuantía de su obra es asombrosa. Federico Madrazo, un atildado pintor de salón, hizo más de 600 retratos; Martí Alsina pintó cuatro mil cuadros y firmó catorce mil dibujos, poseía siete talleres y tenía a sus órdenes una legión de pintores que concluían las obras que él ideaba y firmaba luego; a los tres meses de la muerte de Barute se pusieron 666 de sus obras en la casa de Sorolla.

A pesar de tan intenso trabajo les quedaba tiempo para viajar. Lameyer recorrió Europa, Marruecos y el Próximo y Extremo Oriente; Junyart dió la vuelta al mundo en un año; Beltrán Masses estuvo en la India; Navarro Lloréns nunca paraba en casa. Nadie le podía controlar. Incluso a veces derribaron la puerta de su vivienda, creyendo que se había muerto. Al regresar refería sus andanzas dibujándolas en las páginas de un cuaderno, en



El fotógrafo ha sorprendido esta simpática escena en la Exposición

las que pintaba cuantas escenas y estampas había cautivado su retina insaciable. Don Ramón Stolz recuerda que, siendo niño, le contaba a él sus viajes, arrancando luego las páginas del cuaderno tirándolas hacia atrás sin darle importancia. Su yerno las iba recogiendo porque eran como cheques al portador.

Todos recorrieron media Europa y medio mundo, con la excepción del malagueño José Denis, que estuvo en Roma regresó en seguida y no volvió a salir empeñado en acompañar a su madre.

No se contentaban con la pintura, con los viajes ni con las juergas. Todo les interesaba. Eran polifacéticos como Beruete, que fué crítico, político, coleccionista, amén de pintor, o como Jungert, escenógrafo, decorador, literato y coleccionista, o cual Parcerisa, que introdujo en España las técnicas de la litografía y del deguerrotipo.

DE LA POBREZA AL EXITO Y A LA MUERTE TRAGICA

Cual genios marcados por un destino irrevocable ascendían desde la más extrema pobreza para alcanzar la cúspide de la fama, gozar de una breve apoteosis y morir luego antes de cumplir los cuarenta años. Este fué el caso de

Rosales, que hasta se vestía con la ropa de sus amigos cuando tenía que hacer una visita de respeto, utilizando el frac de Casado, la corbata de Luis Alvarez y el sombrero de Gisbert. Y pintaba tabillitas que se vendían sin firmar probablemente para que otros los hicieran por él. De talento idéntico pero de suerte inversa fué Fortuny, cuyo abuelo iba de pueblo en pueblo enseñando unas figuras de cera. Protegido y admirado por todo el mundo vivió en París y Roma lleno de boato y rodeado de comedidantes, pintando las casacas diéptic-chescas con un virtuosismo de filigranas.

Pero al cabo de estas vidas pródigas les esperaba la muerte que les obligaba a dar una trágica pirueta. Sainz y Sainz y Sorolla acabaron perdiendo la razón, éste último, de una extraordinaria vitalidad, tras el esfuerzo desarrollado en la Hispanic Society. Rosales, tuberculoso desde los veinte años, arrastró su dolencia durante diecisiete más. Martí Alsina, que vivió siempre luchando a brazo partido contra la miseria encontró la muerte por empeñarse en pintar en la playa mientras ardía de fiebre. Cortina, que empezó de basurero, fué hallado mortalmente herido en una buhardilla en la calle de La Palma. Y la lista prosigue hasta acabar con Salaverria, que exha-

ló su último suspiro en 1952 mientras trabajaba en la restauración de San Francisco el Grande.

Sin embargo, no se puede decir que la vida fuese dura para ellos. La pintura española gozaba de gran prestigio entre los alemanes, ingleses, austriacos y los mismos franceses, que al faltar los compradores españoles eran los que se llevaban las obras de estos hombres admirables. Libre de la angustiada búsqueda del comprador, trabajaban y trabajaban, encerrados como Barbasant, en la villa italiana de Anticoli, o como Casimiro Sainz o el bohemio Gómez Polo, que rechazó las cámaras palaciegas por la sala de los cafés, seguro de su obra que fácilmente se vendía en el extranjero.

De esta forma, el éxito alcanzó a muchos. No sólo a Fortuny, sino también a Sorolla, a Zuloaga, a Bertrán Masses, que pintó a Rodolfo Valentino y fué retratista de moda de Estados Unidos en la época en que hacía furor el Charleston y la ley Seca, o como Sert, que cobró 150.000 dólares por decorar el comedor de gala de Waldorf-Astoria, de Nueva York.

AHORA, LOS MUERTOS; EN LA PRIMAVERA, LOS VIVOS

Así eran los hombres, cuyas obras pueden admirarse actualmente en el palacio de Velázquez del Retiro. Hasta 1856 no había más estímulo para los artistas que una humeante taza de chocolate, que preparaba la mujer del artista cada vez que el marido concluía una obra importante y merecía una tertulia entre amigos. Pero a partir de 1856 las Exposiciones Nacionales canalizan el genio pictórico ibérico, que se multiplica y enardece protegido por los jurados nacionales o en abierta rebeldía y agrio resentimiento. Fuese cual fuese el trato recibido por los santones de la crítica y los mecenas oficiales, el hecho es que surgieron y se formaron bricsamente sucesivas generaciones de pintores, que nunca fueron peores que sus contemporáneos nacidos en el extranjero, sino liberrimamente distintos y excepcionales. La valoración de estos artistas, ya muertos, cuya obra la vemos rebosante de lozanía y plenitud, sólo depende del punto de vista con que se enjuicie. Son dos mundos opuestos el de Pousin y el de Velázquez, el de Houdon y el de Goya, el de Monet y el de Fortuny o el de Monet y el de Riancho y Sorolla en siglos sucesivos. Sus vidas transcurren cronológicamente paralelas, pero ¡cuán diferentes son! Para situarlos en la escala universal del Arte habrá que esperar todavía algunos siglos más, si no queremos pecar de patriotero.

Mientras tanto miremos con osadía al futuro como hace don Antonio Gallego Burín, que tras esta Exposición otoñal de los muertos, prepara otra para los vivos, a celebrar en la próxima primavera, también en el palacio de Velázquez, cuando se renueva el ciclo orgánico de la vegetación y los árboles del Retiro se llenan de rumorosas hojas verdes, tan susurrantes y amables con los enamorados.

Octavio APARICIO LOPEZ
(Fotografías de CORTINA)

Suscríbase a

"POESIA ESPAÑOLA"

La mejor revista literaria, que sólo cuesta
DIEZ PESETAS

clásico



Compruebe
la marca **BAMBARA**
en el orillo
y el marchamo
de garantía
adherido
a la pieza.
Nuestra marca
le garantiza
nuestros paños.



Paños...

Fontcuberta

GARANTIA DE UNA PRODUCCION



MAURICIO, YA CASI NADA

MIENTRAS, a la paliducha luz de la bombilla, Mauricio mojaba y no lavaba su cara—en la más estricta acepción de cara—, se oyeron, claras y húmedas, las campanas del convento cercano. Pensó que estaba en el lógico lugar del cronómetro de su quehacer diario. Tras secarse, se puso los lentes, abriendo entonces más los ojos, a la vez que se le notaba como cierto bienestar, dominio, desembarazo.

Pisando con cuidado —no tanto que pareciera que, temeroso, anduviera sobre cristales—, volvió de la cocina a la habitación y terminó de vestirse. En la cama rebulló, dormida, la poca cosa de su hija. Cuando se acercaba a la puerta, oyó: «Adiós»; era su mujer, que él creyó dormida al lado de la hija aun muy niña; el «hasta luego» de él salió dudoso, como consciente de que era mentira. «Otras veces, mi mujer, al despedirse, me nombraba: «Adiós, Mauricio»; hoy, no; ¿estará enfadada? No creo, si no, ni me hubiera hablado.» Junto a la puerta de la casa por la que Mauricio salió —que daba a un patio oscuro, estrecho y maloliente— estaba el retrete, una chabola como garita adherida a la fachada ruin de la casa. Mauricio entró en tal retrete y salió de él con una carretilla que había pasado la noche firme y tiesa, con los puños en alto. Empezó a caminar despacio, procurando desviarse de los negros charcos con temblorosos reflejos de luz lejana por lo pobre, y, sobre todo, teniendo cuidado de no meter mucho ruido, por lo que debía evitar las piedras y las hendiduras donde las ruedas de hierro los producían, ocasionando el disgusto casi cruel —parecía— de algunas vecinas del patio, las cuales, alguna vez, si eran despertadas, se levantaban a gritar rufiando, como si, además de querer mostrar su inquina hacia Mauricio, se alegrasen de despertar a la demás gente del patio, aun estrecho, oscuro y maloliente. Para evitar todo esto, Mauricio, con ayuda de sus lentes —los ojos muy adentro, tanto que parecía necesitar los lentes para ver las cosas a la distancia de los demás huma-

NOVELA

Por Luciano CASTAÑÓN

nos—, con ayuda también de su nariz escasa, de su mentón marcadamente agudo, y sin ayuda del abrigo negro y largo, largo, largo, que le acompañaba siempre como un alma, había estudiado con los días el

camino más liso posible, por lo que podía, aun a oscuras, dar los precisos pasos —como las vacas, que dejan el camino del abrevadero con las mismas hendiduras por apoyar siempre las patas a idénticos espacios— que le condujesen por la senda llana, desde la puerta de su casa hasta la acera de la carretera, aunque en la acera, por lo rotas que estaban las losas, era imposible pasar sin algún ta-ca, ta-ca. Había llovido toda la noche y en algunos sitios, por estar atascadas las alcantarillas, el agua desbordaba los bordillos, yendo hasta el centro de la carretera; ésta, alumbrada por escasos focos de poca luz, brillaba débilmente. Ahora no llovía, y ciertas aberturas en las nubes presagiaban un día más, ni bueno ni malo, un día como un niño sin conciencia. Llevando la carretilla delante de él, caminaba despacio, como medió dormido, o como si el larguísimo abrigo negro le pesara por lo empapado —que no estaba—. Soltó una mano y la llevó hacia la boca, hizo un flojo puño, entonces sopló en él su aliento cálido; cambió de mano. Una churrera blanca bajo su plexiglás contrastó con él. En los bordes de las orejas sintió hielo seco, y una vez hubo de dar un paso largo para salvar un charco. Después de torcer esquinas y desbordar bocacalles en su barrio junto al río, aceleró su andar hacia una luz lejana, no estrella de Oriente y sí montante iluminado de Casa Tránsito —tienda mixta—. Dejó la carretilla al borde de la acera y penetró contento, sin demostrarlo su delgadez, en la pequeña habitación disminuida por el mostrador ordinario y unas desbastadas tablas que ocupaban un tercio más. Detrás del mostrador: sacos, un barril con vino, y botellas; en las tablas: embutidos, tarros y cajas con un contenido de variedad exagerada; delante del mostrador: sacos también —uno con pifias—, una

mesa como para cuatro apretados, y cinco banquetas. Mauricio pidió anís; una vez la copa delante de él, fué vaciada con avidez, con la avidez de la costumbre obsesiva. Se sentó y preguntó a Tránsito por el periódico; no lo habían traído aún, cosa extraña, pues a esa hora ya había pasado otros días la repartidora, porque ella, Tránsito, estaba abonada al periódico, eso desde luego; la oía Mauricio con la cabeza gacha y aunque esa era su manera de estar natural, parecía no disimular que ya sabía todas esas cosas, que sobraban las palabras de Tránsito, pero ésta no se daba por aludida, no se percataba de que Mauricio parecía no hacerle caso. De cuando en cuando, entraba algún obrero que pedía también una copa de anís; casi todos la bebían de dos o tres sorbos, cosa inconcebible casi, pensando en lo minúsculas que eran las copas con su correspondiente exiguo contenido; pero era que al beber, aun lanzando la copa hacia atrás y arriba, parecían frenar y cerrar los labios a cada trago, como si en el anís flotasen unos topes que marcaran lo que habían de beber cada vez. Fueron tres las copas que sonaron a Mauricio a sinfonía escáfo-abajo, y fué casi media hora de meditación la que pasó allí sentado, sin hablar, como meditativo bonzo. Tránsito, hombruna, pero con mucho pecho, atendía a los aligeros parroquianos de estas horas yendo y viniendo, de tanto en tanto, a y de la cocina. Uno de los hombres, quizá con ilusiones, estuvo allí varios minutos y charló en voz baja con Tránsito, que apoyaba su busto sobre los escondidos —por los pechos— antebrazos; cuando el hombre se fué, ella encendió un cigarro; el vestido que traía apenas se le veía entre un ancho mandil y un echarpe sanguíneo; tenía el pelo muy cortado, demasiado a la moda para su edad y tipo; el mentón estaba disminuído por la papada desbordante; ojos grandes con larguísimas pestañas; labios insinuantes. Apenas si había esclarecido aun el día cuando Mauricio salió. Con paso quedo y manos frías, caminó con su carretilla, hasta llegar a una estación —de trenes eléctricos—. Pronto llegó un tren. Tren corto, pero en el que solían venir campesinas con cestas y sacos llenos de hortalizas y legumbres para vender en la plaza. Había ya dos hombres y una mujer con sus respectivas carretillas, esperando ser alquilados. Uno de los hombres ya tenía sus clientes fijos, y sin apurarse, fué poniendo las cosas que sabía tenía que llevar él; la mujer, ayudada por un manco al que adoraba y mantenía, era conocida por «la Jabata», y apenas llegó el tren volaron sus ojos ansiosos hacia las posibles dueñas de las mercancías, ofreciéndose y poniendo en la voz y en los ademanes tal voluntad, que todas decían que sí, que bueno, que llevase ella sus cosas. Así, con auxilio del manco, comenzó a poner sobre su carretilla sacos y sacos llenos de verduras, y cestas y cestas llenas de frutas, cebollas, tomates y cosas por el estilo; si podía poner tal cantidad exagerada de bultos, era por las tablas supletorias que llevaba la carretilla hacia arriba y hacia los lados. Así, de esa manera, cargando ella desconsideradamente con casi todo, fué como Mauricio no tuvo ningún encargo. No lloró, y lo que sintió, si fué rabia o malestar, quedó amortiguado por una indiferencia fría que desde hacia tiempo —y cada día más— le acorchaba el alma, la conciencia, o lo que sea. Despacio, y sin miradas laterales —como si las varillas de sus lentes hiciesen de anteojeras—, salió del andén, cruzó la vía, una carretera y luego un paso a nivel que por casualidad estaba libre; las ruedas fueron repercutiendo en los brazos de Mauricio sus bruscos tropezones al pasar trastrabillando sobre unos rieles inutilizados que paralelos cruzaban todo el paso a nivel. Anduvo mucho, aunque no tan aprisa como el día, que apareció subrepticio e ineludible. Sólo dos veces se paró, una fué para hacer parsimonioso un cigarro, otra para mirar el escaparate de una salchichería; cruzada casi la ciudad, entró en una taberna oscura, larga y estrecha, con una gran hilera de cubas arrimadas a la pared —había también telarañas, banquetas, un cartel anunciando un partido de fútbol, mesas, pequeñas tinas bajo las espitas, un mostrador y un anuncio en un cartón ribeteado de verde: «Casa Eloy - Los domingos, callos»—. Mauricio pidió un vaso de vino y se sentó de tal manera que por un cristal podía ver la carretilla al borde del camino grande, al que las lluvias, algún camión y algún charco habían dejado lleno de charcos, barro espeso y barrillo como papilla de niños, enfermos, viejos. Miró Mauricio sus zapatos ajados, y los vio sucios, húmedos y con pegajosa tierra acumulada en los bordes; si fuera poco lo



mal que estaban aquel camino y las calles por las que había pasado aun con lluvia de la noche, caminaba de tal manera que, al avanzar cada pie, la parte delantera de su suela lanzaba hacia la piel superior de la puntera gotas de barrillo y agua, en una proyección comparable a la película en la que volviesen hacia atrás la escena del bañista que se lanzó desde el trampolín. Un breve y apagado campanileo en el cercano convento de las reverendas madres reparadoras le hizo recordar la llamada o el cese en el trabajo, hacia ya muchos años, cuando él trabajó en una cantera.

El vaso de vino, sorbo a sorbo y, como los recuerdos de la cantera, se terminó. Vió encima de una mesa el periódico y lo cogió; en seguida se enfrascó en su lectura, bajando aun más su ya caída cabeza, con lo que parecía jorobado. Un amigo suyo —él decía ser amigo suyo, pero Mauricio no sabía si considerarlo así, pues le parecía que cuando le hablaba se mofaba veladamente— le había dicho que para estar al tanto de lo que sucedía bastaba leer los periódicos cada tres días, ya que el primero decían lo que sucederá mañana, el segundo lo que sucederá hoy, y el tercero, lo que sucedió ayer; pero aun así, para Mauricio era el periódico como su desayuno de aís, una necesidad, un vicio ya. Se decidió al fin y salió. Su abrigo, por lo largo, estaba salpicado por detrás. El día parecía querer ser benevolente, y aunque enfurrufiado, no parecía dispuesto a llorar adrede. Como tuviera que bajar una cuesta, se paró, dió vuelta a la carretilla y se puso él delante. Llegó al mercado y se dirigió a la rotunda donde estaban las carretillas y carros —aquellas casi todas acostadas, aunque alguna derecha; los carros, ya apoyados en el suelo por las varas, ya con éstas apuntando inútilmente hacia las nubes—. «La Jabata», que por la mañana cargó como un vagón —ella de edad, el manco no—, faltaba; de seguro que había buscado otro encargo. Los que estaban allí eran los dueños de otros vehículos, que no le alegraron nada al ver llegar a Mauricio, si no por Mauricio, si por su carretilla. Estaba allí, sentado sobre la aleta que cubre una rueda. Quino, «el Repe», de frente cóncava y nariz descomunal; tartajeaba y las mujeres se reían cuando lo hacían cantar —y si cantaba le mandaban hacer recados—. Estaba de pie, con la mirada tonta y perdida. «Pe...pe...»; para llamarlo sólo había que gritar: «Pe...», y él contestaba: «Pe...», con su voz sin timbre; tenía la cabeza pelada como la luna que vemos, y los ojos, al decir de la gente, «miraban contra el Gobierno»; a veces graznaba, y sus risas y lloros retumbaban en quien los oía como timbales. Estaba también Famión, de más edad que los otros dos, y de una sospechosa contrariedad entre sus ojos rapaces y el resto de sus ojos atolondrados; no era alto, pero sí grueso, con una cara redonda —carrillos de monja boba— como si estuviera constantemente en necesidad de regoldar; contó una vez —la vez que habló allí— que empezó a engordar, a ponerse así, cuando fué a la «mili». Desde aquel día Mauricio sintió asco hacia Famión. No se veían los dueños de otros carros que había allí aparcados, y se notaba la falta, entre los habituales, de «el Jere», «el Botas» y «el Piojo». Mujeres y más mujeres, con paso acelerado y llevando una bolsa para la compra, entraban y salían en la plaza; otras iban de puesto en puesto, frente a donde estaban paradas las carretillas, mirando hortalizas y frutas y preguntando precios que luego regateaban. Oyóse una voz: «¡Pe...!»; gritó el aludido: «¡Pe...!»; y cogiendo su carretilla se fué hacia la mujer que lo llamó. Mauricio estuvo de pie y arrimado de espaldas a la pared; después puso también hacia atrás las manos, dobló luego una rodilla, encogiéndola, y apoyando la planta del pie en la fachada; fumó más tarde, y se aburría. Era un aburrimiento inútil, inconsciente, cansado. Se le fueron los ojos al afilador: su mandilón, su pantalón de pana, la rueda como noria vertical, las chispas y los quejidos de cuchillos y tijeras. A la par que avanzaba la mañana no empeoraba el día, y en algunos sitios de la acera ya se veían como arbitrarios dibujos secos. Llegó en esto «la Jabata» con el rostro sofocado, un poco detrás venía el manco, que no pudo seguir sus pasos. «La Jabata» se acercó a un puesto y compró un bollo de pan, lo abrió con una navaja y metió dentro un trozo de queso; luego se lo dió al manco, que pareció mirar soslayadamente, como avergonzado. Un hombre manda a Quino, «el Repe», que le lleve cinco cajas de uvas que acaba de comprar en un camión cercano. Un calderero tiene entre los dientes —asomando en los labios—

un clavo con el que remachará el agujero en el culo de una tartera, Mauricio, con su desgana innata, da unos pasos, y cogiendo la carretilla, la hace rodar, alejándose con ella. Pensó ya dónde ir. Tarda en llegar, y tanto como por la distancia es por sus pasos en adagio bajo la abertura de su abrigo. Pasos que parecen resarcirse de cuando el oficio, la obligación o la necesidad de dinero le hacían caminar aprisa. Se acuerda de ello al entrar en una taberna amplia; repartía entonces cartas para el Banco Central. Fué un modo de enterarse quiénes tenían acciones y obligaciones, pero poco remunerativo en los demás sentidos. Le agotaban las escaleras y le molestaba lo indecible que no estuviera en casa y no pudiera meter la carta por debajo de la puerta. Fué entonces cuando se afinó su olfato. Con la costumbre, antes de entrar en cada portal, sabía el olor que encontraría y lo mismo al abrir las puertas de las viviendas. Portales y escaleras oliendo a humedad, a patatas por el almacén del patio, a oficinas, a mármol, a arena blanca, a frescura, a porquerías de gatos; y al abrir las puertas de las casas, casi siempre a limpio, a cera, aunque a veces a mugre o a comida. acordándose entonces de cuando iba a mediodía para su casa y al pasar por la acera de su barrio iban saliendo por ventanas y puertas de los bajos los olores de cada cocina: lentejas, habas, cocido, lombarda, hasta llegar a la esquina, donde los absorbía todos el fuerte olor que salía del tostadero de café. Como los céntimos que le daba el Banco por cada carta repartida sumaban una miseria, abandonó este trabajo. Apartando un poco el recuerdo, miró lento, como siempre, a un lado, viendo otro periódico diferente del que había leído ya, y aunque creía, de tanto oírlo a los demás, que todos traen lo mismo, lo cogió y estuvo leyéndolo. El vino que vendían aquí era el que más le gustaba; de seguro que tenía más grados que el que tomaba en otros bares, pero también le costaba veinticinco céntimos más caro cada vaso. Con dolor de conciencia, pero mirando las solas cinco pesetas que le quedan, se va. Este vino, que a minutos va entrando en él, es el que a veces le reanima, dando sentido a su vivir, que de otra manera él encontraría sin sentido. Después de haber pagado pide permiso al dueño del bar para dejar la carretilla allí, contestándole que bueno, pero que ha de dejarla en el patio que está en la parte trasera; así lo hace. Al salir, Mauricio notó una brisa aterida, aunque en algunos sitios temblase un sol convaleciente de casi medio día. Mauricio sintió fría la punta de la nariz, entonces puso sus manos como dos valvas, y abarcando con ellas nariz y boca, echó por ésta una vaharada cálida que templó húmedamente la nariz. Hizo un cigarrillo, no todo lo grueso que deseaba, porque tenía poco tabaco. El caminar sin carretilla le daba más ánimo, más confianza, se consideraba así más persona.

Se paró a leer un cartel pegado en una esquina; luego en el escaparate de una corsetería... El camino que llevaba le hizo pasar por donde había estado por la mañana con la carretilla, al lado del mercado; vió algún carrillo, pero no a sus dueños; los ojos se le fueron a unas mesas, bajo uros árboles, sobre los que se acumulaban dorados panes —ya largos, ya hinchados—, había también frutas con la balanza al lado. En el suelo, un paraguas, sin motivo allí, reposaba abierto y al revés como gigante seta negra. Una mujer rifó cariñosa a un burrillo entre las varas de un carro: «No metas la cabeza ahí, «Miguelín», que si no, no te doy luego nada»; y el asno menudo, con sus ojos esclavos, los tiesos pelos de su hocico y las patas —abajo— quebradizas, hizo caso. Se va de allí Mauricio con gana. Desprecia ese lugar al que acude todos los días por ver si lo alquilan, cosa que escasas veces sucede. Los días de verano si le gusta más el sitio. Hay entonces mucho ajeteo, y aunque no lo alquilien, lo pasa mejor, porque sólo estar sentado al sol ya le hace bien. Vienen entonces los de las rifas: uno con caramelos y otro con cacharros de cocina; y vienen los músicos que venden cantares de moda a las criadas, a las campesinas y a las niñas tontas aun; viene también el chino que vende figuras y papeles de colores —que se cierran, que se abren—. Ahora continúa caminando, y tanto, que casi siente cansancio. Entra al fin en una taberna de un barrio distante y populoso, en la que hay bastante gente. Se sienta cerca de la puerta y pide vino. Ve sobre el mostrador una gran lata redonda, con llamativos dibujos y obsesiva frase: «Chicharros en escabeche». Mauricio, con parsimonia, pide que le sirvan chicharros, media

docena, y un bollo de pan. Con fruición va llenando el estómago sin solidez; el sabor de los chicharrós, ligeramente picante, le hace beber, y pide otro vaso de vino, acordándose a la vez del escaso dinero que tiene, aunque para el vino sí que le da; bébelo, pues, despacio, pareciéndole así más. Cuando acaba la ración, nota que no quedó a gusto y siente cómo la insatisfacción se disfraza en él en lógica y pobre gula. Pide más. Cuando acaba, desabrocha el botón superior del abrigo y apoya por primera vez la espalda en el zócalo que bordea la pared. Las mejillas le hervían y los ojos, lejanos, no dudaban en la felicidad del sueño. Mas cierta inquietante preocupación le hacía estar avizor ante todo lo que pasaba a su alrededor. En un rincón, varios obreros comían lo que ellos habían traído; había otro que parecía el encargado, el cual estaba en una mesa aparte; por lo que hablaban y por las herramientas, entre las que había unos ganchos especiales de subir a los postes de madera, pensó Mauricio que estarían instalando cerca alguna línea eléctrica o telefónica. Un albañil, todo de blanco, ya había comido, y escuchaba a una mujer de su edad aproximadamente, que hablaba con monotonía de rezo. El dueño de la taberna, con la nariz y los papos de color morado, andaba de un lado a otro, hablando por lo bajo; de vez en cuando, se asomaba a una puerta que daba al patio y, girando la cabeza hacia arriba, gritaba con voz vinosa: «¡Celestino!», entrando por la puerta abierta un: «¡Ya voy, ya!», entre desganado y mandón. Arrimados al mostrador había dos gitanos, y junto a una ventana, más acá de una flecha sobre la que escribieron «W. C.», tres hombres jugando a la escoba. Mauricio, con lentitud, se acercó a ver jugar a estos hombres, pero apenas llegaba a la partida se fijó que el tabernero se dirigía de nuevo a la puerta del patio para dar el grito de costumbre, y aprovechando estos momentos en que caminaba de espaldas, él, con una ligereza que no lo era porque había que disimular, resbaló por la puerta hacia la calle. Se apresuró entonces más y dobló la primera esquina. A ésta sucedieron otra, otra y otra, todas en sentido opuesto, de la manera que él creía más encubridora. Se sintió fatigado. Siempre le había sentado mal si durante la digestión tenía que hacer algún ejercicio o esfuerzo. Ahora ya caminaba despacio, procurando encauzar la taquicardia, alejar el temor y amortiguar pesares. Caminando así, ve cerca del estanque de un parque a tres guardias municipales que parecen discutir.



Mauricio sintió deseos de dormir, unos deseos que se le fueron haciendo angustiosos, y más cada vez que se desperzaba agitando la cabeza. Dándole sol envuelto en frío, dormitó; pero los pies helados le hicieron despertar en seguida. Con intención de calentarlos, comenzó a patear suavemente contra el suelo, cambiando luego esto por cierto repiqueo más íntimo que un pizzicato y no tan suave como picotazo de pájaro que come. En el mismo banco en que Mauricio estaba, y acaso por su situación privilegiada, vinieron a sentarse una mujer vieja y un joven.

Distrajó entonces algo la atención de Mauricio el paso de dos perros: uno, como un molinillo, iba dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo, persiguiendo no sé qué que debía de tener en el rabo; el otro, con la paradoja de no andar con sólo tres patas, llevaba una carrerilla irregular, huyendo con dolor presidencial y femenino de Sociedad Protectora de Animales; ninguno de los dos perros aullaba, y ambos eran pequeños, descuajaringados, híbridos. Los guardias se habían ido, y al quisoso cercano rebosante de revistas acudían ahora muchos niños, que probablemente esperaban la hora de entrar en la escuela de la esquina, con los que el suelo se llenaba de papeles de las «sorpresas» que compraban y desenvolvían tan llenos de esperanza como los ignorantes. Mauricio, acuciado por el frío que no se le iba de pantorrillas abajo, se enderezó, comenzando a caminar vagamente. Desde lejos vió un grupo de gente apiñado junto al bordillo de una acera. Sin prisa, se dirigió hacia allí. Cuando llegó vió cómo todos miraban para la cuneta, donde había un charco de sangre; todos eran pareceres y suposiciones, y una mujer decía que los guardias nunca aparecían si se les necesitaba. La sangre se veía claramente que había caído a un lado de la carretera y desde allí resbalado hacia la cuneta. Poco a poco la gente fué acumulándose y los que llegaban, como quedaban en la parte de fuera del corro, se esforzaban en pasar al

interior para ver de cerca la sangre que preocupaba a tantas lenguas. En concreto, no se sabía de qué procedía, pero alguno con imaginación burlesca había dicho una salvajada por decir algo, y ahora ya se corría de uno a otro, sin saber si creérla o no, pero diciéndola. Y estando todos así, mirando y comentando, vieron acercarse a un guardia. Hubo unos rumores que fueron complicándose según se acercaba el agente, y cuando llegó al lado del grupo se ahogó un silencio. «¿Qué pasa?», preguntó. «Esta sangre...», empezó y acabó una mujer. Y remachó el guardia: «Esta sangre es porque estuvo aquí parado por avería el camión del Marcelo que llevaba varias «caídas» y mondongos.» Hubo muchos ¡ahs! mudos, y la gente se desperarramó ligera, riéndose los más, unos de otros y casi todos de todos. Mauricio, sin embargo, ni sonrió. Siguió andando, y paso a paso, sin apresuramientos, llegó a la rotonda donde suelen ponerse las carretilas y sus dueños. Pasaba por allí, aun no gustándole el sitio, por cierta atracción instintiva y oscuramente pensando si podía haber mucho pedido y así ganar él algo de dinero. En este momento se acordó del bar donde había dejado la carrerilla y empezó a caminar hacia allí. Al pasar junto a la estación Sureste, vió unos cuantos hombres a la puerta; eran los «mozos». Ahí, a veces, se ganaban buenos cuartos, pero a él—y a la «Jabata», «el Jerez», «el Botas», «el Piojo», Pe... pe..., Quino «el Repe» y «el Famión»—les estaba prohibido acercarse por allí si no querían llevar una paliza o que les denunciaran; ellos, en cuestión de viajeros en la estación, no tenían nada que hacer, aunque si si una persona cualquiera les mandaba llevar una maleta desde su casa. Ya en el bar, pide un vaso de vino como para compensar la molestia de que le guardasen la carrerilla, pero más bien porque se lo pedía el cuerpo. En este bar, Mauricio se encuentra bien, le parecían, lo mismo los dueños que los clientes, gente buena, y solía estar allí contento. Hacía unos dos meses aproximadamente trajo un domingo por la mañana a su niña a este



bar. El dueño, que pasó cerca de ellos, se paró y, dirigiéndose al barquillero que jugaba a la baraja, dijo: «¡Oye, Jacinto, dale barquillos aquí, a la niña!» Y luego le preguntó a ella cómo se llamaba, y si tenía lengua, y cosas de esas, y la niña no contestaba porque era demasiado pequeña; entonces el dueño habló con él, con Mauricio, y se interesó por su hija: que cuánto tiempo tenía, si comía bien y cuál era su nombre; Mauricio dijo que primero a lo que saliese habían pensado ponerle el nombre de los padrinos de boda, pero que después renunciaron a ello, porque la madrina se llamaba Tarsila y el padrino. Transfiguración; entonces pensaron que lo mejor era ponerle el nombre del santo o de la santa que coincidiese con el día de nacer, y por eso se llamaba Mónica. Toda esa charla hizo feliz aquel día a Mauricio, que vio cómo alguien que apenas le conocía se preocupaba por su hija. Por eso siempre que tenía dinero iba allí y pagaba lo que pedía. Ahora se acercó a una mesa de mármol, alrededor de la cual varios hombres seguían expectantes una final de garrafina que importaba un montón de pesetas y calderilla, todo lo cual estaba a un lado de la mesa. Siempre que, como hoy, veía por la tarde jugar al dominó se acordaba de sus buenos tiempos, cuando a estas horas no tenía nada que hacer. Era entonces «atrezzista» de una compañía teatral.

Mauricio se prepara y sale; pero como caen unas sueltas gotas, vuelve a meter la carretilla para colocarla de nuevo en el patio. Poco después sale solo. No sabe muy bien hacia dónde dirigirse y por eso va más despacio que siempre, bordeando las casas y con los lentes clavados unos pasos delante de él. Yendo por una calle tristonja y solitaria con fachadas laterales de edificios públicos, sintió en un entresuelo palabras que le llamaron la atención. Escuchó: «126, 128, 128, 130, 130, 130». Sonó un timbre y la misma voz: «En 130 pesetas.» Mauricio torció la esquina y se dirigió a la puerta por la que se entraba a la sala de donde salían las palabras. Deshecho el grupo, Mauricio volvió a caminar imprecisamente, aunque al poco rato se dio cuenta de que había ido a parar al lado del mercado,

al sitio donde él debía de ganar dinero. Era media tarde, y las gentes que entraban y salían del edificio que hacía de mercado, escasísimas; los puestos que había alrededor estaban, menos dos, desarmados, y sólo el calderero se ufanaba con el asa de una jarra; en algún banco, contadas personas aprovechando la media tarde fría; en la rotonda, ningún carro ni carretilla, pero sí un remolque, con ruedas de goma, como el que suelen llevar algunos en sus bicicletas, y al lado de él, nadie; «el Piojo» había tenido uno igual, se lo había comprado un hermano futbolista, pero para llevarlo empujando con las manos, lo encontraba muy incómodo, y lo vendió. Pasando debajo de unos árboles altísimos que se desprendían de sus hojas con más indiferencia que los viejos de sus días, Mauricio salió del parque urbano que estaba junto al mercado. Tuvo entonces tres caminos para elegir: una carretera ancha bordeada de prados, y dos calles laterales, ambas grises por la monotonía de las fachadas y tristes por la ausencia de chiquillos. Se encaminó por una de éstas, y cierto andar alterado—aunque sin dejar de ser paulatino—pareció revelar que había surgido en su cabeza la idea de un lugar determinado donde dirigirse. Torció cinco esquinas y un chaflán; se paró ante un escaparate, y todo lo que había en él le pasó inadvertido, menos un cartón rectangular y no grande en el que había dibujado dos pimientos verdes, encima de ellos escrita la palabra «HAY», y debajo —también de ellos—: «EN VINAGRE». Sintió sobre la lengua agüarsele la saliva, y la tragó con esfuerzo. Las casas de la calle por la que iba ahora, eran bajas, con fachadas despintadas, la carga golpeada, y letreros de: «No andar con Paquitos», «Boico a Baleriano»; por casualidad, miró a la derecha en una bocacalle, vió una huerta y un solar, en éste, arrimados a una medianería estaban sentados: un viejo de abandonadas barbas partiendo palos con los que alimentaba la hoguera casi de juguete, una mujer sosteniendo un crío encima del que sobresalía en su vientre, y dos hombres más jóvenes, silenciosos tan sólo. Llegó por fin Mauricio a una puerta con los cristales pintados de blanco, pero rayados y con raspaduras como para mirar. Al entrar, el olor caliente de la taberna lo confortó; creyó esponjarse. Fué a su sitio de costumbre; era una esquina, en el fondo, donde se ponía muy poca gente. Pidió vino y, en seguida, arenques. Mientras esperaba porque habían de ponerlas encima de la cocina, se le abrieron más las ganas de comer la poca carne—pero caliente—con un sabor salado que hacía más apetecible el pan y el vino. En un plato le sirvieron un bollo y los dos arenques humeantes, dorados, olorosos hasta casi sentir deseos de cerrar los ojos; un trozo de papel de periódico hacia de servilleta. Los dedos índice y pulgar de cada mano de Mauricio empezaron a arrancar pedazos del arenque, que con el pan y el vino hacían feliz, no la boca, sino el cuerpo todo de Mauricio; cuando quedaba el larguísimo armazón con espinas, cola y cabeza, Mauricio mordisqueó ambas cosas—aletas—, que al estar tostadas, sonaron como si quebrasen suavemente; sobre las abejas apretó pan, que se empapó de jugo, luego metió aquéllas en la boca y las chupeteó chasqueando. Por apetito hubiese pedido más, pero no lo hizo, aunque de vino sí repitió, porque era una delicia el contraste compensativo en la boca, del gusto salado de los arenques con el del vino tinto.



Subiendo la mirada, pero apenas su cabeza doblada como siempre, miró a su alrededor. La taberna —ya con luz artificial—estaba llena de obreros, y un murmullo incomprensible flotaba ápero como el humo que inundaba todo el local. Pasado un buen rato, y aunque no sentía grandes deseos de hacerlo, Mauricio decidió marcharse, pero an es sacó un papel, y con un lápiz escribió en él: «Día 26, viernes, medio litro y un vaso de vino, 3,5.», y debajo: «Un bollo de pan y dos arenques»; con el papel en la mano se acercó al mostrador, dirigiéndose al dueño y preguntándole el precio de lo que había merendado; cuando lo oyó, lo escribió en el lugar que correspondía en el papel, y seguidamente se lo enseñó al tabernero que estaba sorprendido con aquel cliente que le había surgido; al principio pagaba, pero esta semana había sacado la disculpa de que lo haría el sábado, y él creía que sí lo haría, pues le parecía exageradamente formal aquel hombre que apuntaba detalladamente con hermosa letra en un papel todo lo que gastaba cada día. Mauricio salió a la calle ya oscura.

Cerca, en la acera, al lado de un portal, un hombre, un joven y una mujer, miraban para un perro que tenía sangre por el cuerpo; comentaban si aquella sangre sería de él, o del otro—o ro perro negro con el cual se había peleado hacía poco—. El frío había aumentado; un frío húmedo que atravesaba el largo abrigo negro de Mauricio hasta vivaquear en sus marcados huesos. Subiendo una calle, vió a un lado una simulación de máquina de locomotora; se acercó y pidió dos pesetas de castañas:

—No puedo darle más que una, no me quedan.
—¿Cómo no tiene más preparadas?
—Me es imposible, es demasiado el pedo.

Mauricio abrió el bolso del abrigo, y el hombre dejó caer allí las castañas. Ya caminando, la mano de Mauricio estaba en el cielo estando en el cálizo bolsillo. La piel de las castañas asadas marchaba débilmente crujiente con una suave opresión, y la castaña amarillenta, pastosa y caliente, alegraba al paladar. Espaciando lo más posible este comer, llegó al «palenque». Era un bajo amplísimo, mal iluminado, con un tejado de uralita. En el centro había grandes cantidades de frutas, coles, repollos y otras clases de hortalizas, y alrededor, tras una barandilla, hombres y mujeres sentados. Mauricio, con otros, estaba allí arrimado, viendo el ajeteo de camiones que llegaban y descargaban mercancías. Un hombre ofrecía por un micrófono lotes de lo que había sobre el suelo, y mujeres carretaban lo que otras habían comprado; un anciano esperaba por si le daban algo para el asno —tenía ese encargo de la madre superiora—; una monja se acercó por la espalda y rogó con mesura a un rico terrateniente que odiaba aquella mendicidad por lo que pudiera perjudicarle; otra monja—de otra orden—esperaba acompañada de una joven interna obligadamente sumisa que llevaba una gran cesta para lo que confiaba que le diesen, y de vez en cuando hablaba con una niña con senos ya, flaca, de ojos salientes que andaba por allí con un mandil, esperando que le encargasen algo:

—Si tú quisieras, ya volverías.
—No, de verdad que no, hermana; es mi padre que no quiere.
Y luego:
—Mire, todavía tengo la medalla que usted me dió.



Y más tarde:

—¿Quién ocupa ahora mi cama?

Unas mujeres aburridas y desfachatadas hablan entre sí, riéndose, como si sus comentarios guardaran picardía; entonces una de ellas llama a un muchacho de unos catorce años con aspecto de apocado: «¡Pablín», y cuando está ya entre ellas, le dicen algo que Mauricio no oye, pero a causa de lo cual Pablo les de la espalda rápido, como enfadado, mientras las mujeres se desbordan en incontenibles risotadas. Así, oyendo, mirando y viendo, a Mauricio le pasan los minutos.

Quando sale de allí, empezó a caminar indeterminadamente por una calle estrecha de la que hacía poco habían quitado los faroles de gas. Como después de comer a mediodía, sintió los pies muy fríos, y ahora también las manos, aun llevándolas entreteniéndose en hacer bolas inconsistentes con pelusa y trozos de piel de castaña en los bolsos del abrigo. Se paró, quitó los lentes, los frotó con el pañuelo. Entró luego en una calle más iluminada, aunque también con escasas personas. Al abrirse la puerta de un bar, el rumor, el vaho, la claridad y el olor que salieron por la puerta, gritaron en todo Mauricio una felicidad certísima, aun sabiendo que no encontraría nada, busco dinero por los bolsos vacíos. Estando así, vió salir también del bar a Juan «El Violón». Eran amigos: amigos desde hacía muchos años, y el tiempo, más que las palabras y las risas, era lo que consolidaba su amistad. Se saludaron y continuaron juntos. Juan «El Violón»—aun teniendo un hijo zanquilargo y troncuicorto—era desconsideradamente alto, tanto que la caja del violín que ahora y siempre le acompañaba, parecía más pequeña de lo que era. Habían poco, pero íntimamente. Entran en dos bares, luego en tres cafés casi céntricos. Después de hacer sonar en ellos las piezas que Juan repudió cuando estudiaba, Mauricio pasa el platillo de loza entre las gentes. Fueron luego entrando en más establecimientos, a la vez que se le alejaban del centro de la ciudad. Mirando lo que dejaban en el platillo, le dijo Mauricio a Juan: —¿Qué vergüenza; ganamos más en las tabernas. Parece mentira.

Así, llegaron a casa de Tránsito, donde Mauricio había tomado las copas de anís por la mañana. Ambos se sentaron con ganas, recomfortándose con la visión de que al fin descansarían, de que tendrían el tiempo sólo para ellos dos. Pidieron vino, y Tránsito, con el amplio mandil y el echarpe sanguíneo de por la mañana y los mismos espesos senos, les puso en la mesa una botella y dos vasos. Silenciosos como filósofos a veces, bebieron aquel vino y más, notando el aumento de un bienestar propio de niño hijo único. Allí, bebiendo y sin preocupaciones, era como si plumas sutilísimas de ave rellenasen todo su cuerpo que se derretía en una placidez exhaustiva. Tránsito dijo que tenía que cerrar, pues debía madrugar y deseaba acostarse pronto. Salieron ambos amigos, y fueron hasta casa de Juan «El Violón». La mujer de éste, desmeledada, se lanzó sobre su marido, mirándole todos los bolsos; nerviosamente contó la calderilla que había desparramado sobre un agujereado hule; hosca miró para Juan:

—¿Sólo traes esto? En ese maldito vinazo habrá quedado lo demás. No me extraña...; con esos amigos.

Mauricio salió, y casi media hora después entraba en su casa dormida.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA RESISTENCIA POLACA

Por Stefan KORBONSKI

PRESENTAMOS hoy a nuestros lectores un interesante libro: «Fighting Warsaw», donde su autor, Stefan Korbonski, relata las peripecias de la heroica resistencia polaca contra el invasor durante la segunda guerra mundial. El hecho de que Korbonski fuera uno de los más importantes jefes de este movimiento clandestino acredita considerablemente cuanto en esta obra se narra, que, a pesar de su indiscutible veracidad, presenta algunas veces aspectos que parecen sacados de la fantasía de un novelista. Pero, independientemente de los sucesos que aquí se describen, el libro tiene un interés extraordinario en estos momentos, por revelar la falsedad del mito de la resistencia comunista en Polonia, suposición que cae por los suelos tras esta lectura, cuyas aportaciones no dejan en muy buen lugar a los que pretenden establecer un nacionalcomunismo polaco, basado precisamente en la supuesta lucha heroica de los comunistas contra los alemanes. Korbonski señala no sólo la ineficacia de los comunistas, sino que revela, primero, la actitud colaboracionista de Moscú como consecuencia del pacto germanorruso y, posteriormente, tras la ruptura de hostilidades entre Berlín y Moscú, cómo los soviets hicieron cuanto estuvo en su mano por entorpecer la resistencia nacional hasta el punto de no prestar la más mínima ayuda al levantamiento nacional de Varsovia en 1944, con el fin de impedir que los patriotas se hicieran dueños de la ciudad. También el autor demuestra la indiscutible culpabilidad de los rusos en el asunto de Katya y cómo los aliados poseían ya en plena guerra la prueba de esta culpabilidad, lo cual no deja en muy buen lugar su actitud en Nuremberg. Como es fácil suponer de nada le sirvió a Korbonski su actitud durante la resistencia, pues los rusos le encarcelaron como a tantos otros patriotas polacos, aunque logró luego refugiarse en Inglaterra.

KORBONSKI (Stefan): «Fighting Warsaw. The Story of the Polish Underground State, 1939-1945».—George Allen. Unwin, Ltd. Londres, 1956.

LA diferencia entre el movimiento clandestino polaco, que existió durante la última guerra y el comienzo de resistencia antisoviética, y los movimientos similares de otros países consiste no tanto en haber sido mucho mayor y más activo, sino antes que nada en haber logrado constituir un auténtico estado clandestino.

UN ESTADO DENTRO DE UN ESTADO

En un país invadido por divisiones alemanas y aterrorizado por la omnipotente Gestapo, entre una población diezmada por las ejecuciones en masa y deportada por millares a campos de con-

The Story of the
Polish Underground State
1939-45

FIGHTING

WARSAW

STEFAN KORBONSKI

Last Chief of the Polish Wartime Underground

GEORGE ALLEN & UNWIN

centración y con las limitaciones que impone la censura de cartas, las restricciones del viaje y los toques de queda, se estableció un auténtico Gobierno clandestino, con sus Ministerios y su Administración territorial, con su parlamento, que mantenía sesiones regulares, con un ejército de 300.000 hombres, organizado en regimientos y divisiones, con una serie de Tribunales de justicia que dictaban sentencia en nombre de la república, con un sistema secreto de educación y con muchos otros organismos fuera de la legalidad constituida.

Si bien es cierto que el lado militar de esta sentencia es muy bien conocida en el mundo anglosajón, debido fundamentalmente al hecho de que las actividades militares de la resistencia formaban parte de las acciones militares del plan estratégico de los aliados, la organización civil y política y las actividades generales de este movimiento son casi desconocidas. Ignorada es también la batalla de la Resistencia de los hombres de la calle, que sin pertenecer formalmente a ninguna organización secreta, tomaron parte en la acción clandestina, cumpliendo celosamente todas las órdenes e instrucciones del Directorio clandestino de la Resistencia civil.

Es por todas estas razones por las que yo he tratado de llenar este hueco en mi libro, en el que al mismo tiempo que hablo de las aventuras y de las experiencias de mis amigos y de las mías incluso, doy también un cuadro completo de la organización completa de las actividades estratégicas y tácticas de la resistencia polaca. Igualmente escribo sobre personas y hechos, unas veces en tono triste y otros humorístico, según corresponde, en una palabra, sobre todo lo que fué la vida diaria y el clima de la resistencia y, muy especialmente, de la heroica capital, Varsovia. Yo escribo de todo esto de manera ingenua, porque estimo que los recuerdos sólo son valiosos si son sinceros. He tratado de mostrar no sólo los aspectos claros, sino también los oscuros, ya que creo que los magníficos y duraderos valores de la resistencia polaca en el pasado no necesitan glorificación y no tienen nada que temer de la verdad.

En el curso de los acontecimientos, el Directorio de la Resistencia civil evolucionó hasta adquirir una forma definitiva. Estaba constituido por mí como jefe supremo—desde su iniciación hasta el final de la guerra—, por mi adjunto Krajewski, y por numerosos departamentos, cuyos nombres indicaban simplemente sus tareas: el Departamento de Justicia, Sabotaje y División, Registro de Crímenes Alemanes, Información de Radio, Armamentos, Actividades Químicas y Legislación. Como puede verse por lo dicho, el Directorio de Resistencia Civil no era un órgano corporativo, sino que estaba estructurado sobre el principio de dependencia jerárquica. El Directorio de Resistencia Civil, incluía la Delegación de la Unión de Fuerzas Combatientes (más tarde conocidas como Ejército del interior), la cual servía de enlace entre el Directorio y todas las ramas de carácter militar.

El representante del Gobierno autorizaba al Directorio de Resistencia Civil a dirigir todo lo referente a la conducta de la resistencia en los organismos subordinados al citado delegado. El equi-

po completo de los hombres que constituían el Directorio de Resistencia Civil se fué convirtiendo gradualmente en un Cuerpo compacto, que se reunía regularmente en los escondrijos de la Dirección central distintos naturalmente de los que cada departamento poseía particularmente. Estos lugares eran facilitados por valerosas familias de Varsovia, que por otra parte desconocían por entero las particularidades de lo que en su propia morada ocurría. A parte de los que realizaban la introducción y presentación, que eran los conocidos de los moradores, todos los demás le eran completamente extraños. No había presentaciones, ni charlas, ni preguntas, existiendo sólo una cortesía formal. Nunca nadie trataba de saber lo que allí ocurría.

LOS COMUNISTAS, LACAYOS DE MOSCU

En los primeros días de la ocupación, uno de mis agentes me comunicaba, entre otras importantes noticias, la siguiente: «Wanda Wasilewska se encuentra en Varsovia. Ha llegado en un lujoso coche alemán y acompañada por elegantes oficiales de la Gestapo. Ha intentado establecer contacto con sus antiguos amigos del partido socialista polaco, pero no ha tenido suerte porque la mayoría de ellos se ocultan bajo supuestos nombres, por una parte, y por otra, porque no desean verla. Logró sólo ver a algunos de la antigua generación y la noticia precisamente procedía de ellos.»

A mí la noticia no me impresionó tanto como a mi agente, pues yo había visto en los periódicos alemanes fotografía de Stalin y Ribbentrop, estrechando sus manos, y de los oficiales soviéticos y nazis haciendo lo mismo en el Río Bug, cuando se preparaban a delimitar la frontera. Únicamente deseaba conocer por qué había venido a Varsovia.

Muy pronto fué informado a este respecto. Había venido por razones simplemente comerciales, con el fin de vender una casa que había heredado de su padre. Los alemanes le ayudaban en la venta.

A los pocos días, toda Varsovia hablaba de esta nueva prueba de la amistad germanosoviética. Y esto era típico de Varsovia, porque el padre de Wanda Wasilewska había sido presidente de la Comisión de Fronteras, que juntamente con la Delegación soviética marcó los límites entre Polonia y Rusia cuando la firma del Tratado de Riga de 1921, por lo que la gente decía que lo que el padre había ganado la hija se dedicaba a deshacerle.

Los comunistas empezaron sólo muy lentamente a actuar, pero tan ineficazmente que era manifiesto que no poseían ni organización propia ni dirección. La disolución del partido por el Kremlin antes de la guerra había liquidado evidentemente el cogollo de la organización y había que comenzar todo de nuevo. Los primeros síntomas de su actividad fueron registrados, precisamente por los ferroviarios. Estos veteranos socialistas se dieron muy pronto cuenta de que eran los comunistas los que propagaban entre ellos el «slogan» de la eficacia del transporte de abastecimientos, principalmente de carburante crudo y de materias primas alimenticias, en lo que se refiere al tráfico entre Alemania y Rusia. Los comunistas dando por descontado el radicalismo de los ferroviarios, expresaban su opinión de que la guerra había sido provocada por el imperialismo soviético y por los capitalistas, con el fin de esclavizar a Alemania y que para ello se había servido de los ingenuos polacos. El «slogan», no obstante, no dió resultado, por el contrario, los ferroviarios se incorporaron en su mayoría a la resistencia polaca.

Pronto se comenzaron a difundir noticias de lo más interesante: «La Gestapo utiliza las prisiones polacas para albergar a presos camino de Rusia a Alemania. Estas gentes, que hablan alemán, tratan de establecer contacto con el mundo exterior, revelando que eran comunistas alemanes que habían escapado a la U. R. S. S. después de la subida de Hitler, pero que ahora los soviets los devolvía al Gobierno nazi.»

Tengo que reconocer que no creí estos informes. Conocía a través de nuestra organización la estrecha colaboración existente entre la N. K. V. D. y la Gestapo, sobre todo en lo referente al intercambio de información y pruebas referentes a la resistencia polaca, lo que originaba no pocas de nuestras detenciones, pero que los comunistas entregasen a Hitler a los que habían defendido sus propias consignas en Alemania era algo que no podía admitir. No obstante, mis agentes, con fidedigna información me llegaron muy pronto a convencer.

Después de la guerra se han publicado muchos documentos que han revelado claramente esta iniquidad. Algunos pocos alemanes comunistas que, como Margarita Buber, sobrevivieron milagrosamente al infierno de los campos de concentración germanos, han escritos libros en los que detalladamente confirman todos estos hechos. El mundo se quedó desconcertado, pero muy pronto olvidó. Hoy, tras la liquidación de Beria, el mundo no se siente consternado si se entera que Krustchev, el secretario actual del partido, liquidó al jefe de los nacionalistas ucranianos.

A finales de 1940 y comienzos del 41, la propaganda comunista, que tenía como «slogan» la destrucción mutua del mundo capitalista-fascista estaba en pleno auge y también se dirigía contra la resistencia polaca a la que presentaba como subordinada al Gobierno fascista polaco en exilio de Londres.

La ruptura de hostilidades germanosoviéticas, el 22 de junio de 1941, puso un fin a todas estas actividades. Después del acuerdo, concertado el 30 de julio entre los Gobiernos polaco y soviético, surgió una especie de tregua en la propaganda comunista contra la resistencia polaca. El partido comunista polaco se reorganizó bajo el nombre del partido de los trabajadores polacos, y se dedicó a desarrollar su propia resistencia antialemana. Sin embargo, ésta permaneció débil hasta el fin de la guerra e incapaz de emprender acciones a larga escala. Bástenos decir que durante todo el período de ocupación el partido comunista se jactó de su gran acción armada, consistente en el lanzamiento de una granada alemana desde una calle, muy transitada, en un café-club de Varsovia, en el que se reunían frecuentemente los soldados alemanes. El hombre que lanzó el artefacto no tuvo más que buscar refugio entre los transeúntes. Por otra parte, nuestro ejército del interior nunca emprendió acción alguna que pudiera poner en peligro a los ciudadanos civiles; ajenos a las empresas que se realizaban. No obstante los comunistas continuaron glorificando la atada acción como símbolo de toda una heroica empresa, lo que llegó a constituir la chacota de las gentes de Varsovia.

LA ESTAFETA LITERARIA

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo, Discoteca, Entrevistas, Reportajes, Correo nacional, Viaja del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA
Montesquiza, 2, Madrid

Nombre

Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA por

Un año

Seis meses

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

AMERICA Y PORTUGAL

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

OTROS PAISES

1 año, 175 pesetas; 6 meses, 90 pesetas

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.

LOS RUSOS INDISCUTIBLES AUTORES DE KATYN

La situación experimentó un radical cambio en la primavera de 1943, cuando las alas de la victoria se tornaron favorablemente para los soviets, quienes desde entonces empezaron a dar forma a sus planes de dominar Polonia. Desde aquel momento, los acontecimientos evolucionaron rápidamente. El primero de marzo de 1943, la Unión de Patriotas polacos, formada en Moscú, constituía una junta para contrapesar al Gobierno polaco de Londres. El 13 de abril de 1943, la radio alemana anunciaba el descubrimiento en Katyn de grandes fosas comunes, con numerosos oficiales polacos asesinados. Todo el país se vió conmovido por el horror y la desesperación. Millares de hombres, la flor de una nación, habían sido asesinados de la manera más bestial. Polonia se vistió de luto y de un extremo a otro del país corrió un lamento general.

La pregunta que entonces se planteaba era: ¿Quién era el responsable? Los alemanes hacían francos esfuerzos por facilitar, tan rápidamente como les fuera posible, la respuesta más convincente. Delegaciones de diversos campos de prisioneros de guerra, representantes de muchas nacionalidades diferentes fueron llevados a Katyn, al igual que gentes polacas, para que vieran las fosas comunes. Los periódicos en lengua polaca, controlados por los alemanes, publicaban diarios informes del descubrimiento de nuevas fosas. La autenticidad de cuanto se nos decía impresionaba, pero el hecho de que fuesen los alemanes quienes lo dijeren, nos hacía mirarlo con la máxima reserva. Día tras día, enviábamos toda una serie de telegramas a Londres, informando sobre lo que los alemanes decían, incluyendo los nombres de las personas que visitaban Katyn y sus declaraciones impresas en los periódicos. No obstante, de que todo se realizase por iniciativa de los alemanes y bajo su control, la comparación de los informes recibidos por las familias de las víctimas y la fecha en que la correspondencia de los prisioneros con ellas terminó repentinamente, la posición de la línea del frente en aquella época, en que todas estas evidencias circunstanciales, indicaban que el crimen había sido cometido por los rusos, y aunque faltasen noticias dignas de confianza y la sospecha subsistiera, había que reconocer que de no ser cierto constituía una obra maestra de los alemanes.

Cuando me entrevisté con el representante del Gobierno, decidimos que visitase personalmente a las gentes que habían estado en Katyn y me informara de primera mano. Examinamos los hombres de todos los que habían estado allí y resolvimos escoger a uno que nos merecía toda confianza. La elección recayó en Casimiro Skarzynsky, secretario general de la Cruz Roja polaca. Había sido llevado a Katyn por los alemanes a causa del puesto que ocupaba en la citada constitución.

Starzynski y yo teníamos un amigo, que organizó la reunión y al día siguiente, en un piso privado de las oficinas de un Banco del que yo era cliente, mantuve una conversación con el citado hombre, persona alta, de cabello grisáceo y aspecto extremadamente agradable.

No traté de reproducir la conversación, excepto el que por su longitud, desapasionamiento e información objetiva, basado sobre los hechos observados, no me permitió admitir duda alguna de que los asesinos eran los rusos. En presencia de Starzynsky, y de otros, se abrieron tumbas que indudablemente hacía tiempo que no eran tocadas. Ante el fueron sacados los papeles que se conservaban en los bolsillos de los uniformes con que las víctimas habían sido enterrados. Los documentos escritos mostraban que los prisioneros asesinados habían estado bajo la custodia rusa hasta los últimos momentos. Escuché esta versión conmovido hasta lo más íntimo de mi ser y maldije a los rusos con todo mi corazón.

Después de la conversación partí rápidamente a entrevistarme con el delegado del Gobierno. Aunque ya esperaba lo que le dije, estrechaba sus manos apasionadamente, a medida que yo le relataba todo lo que había sabido. Cuando terminó, me pidió que transmitiese a Londres todas estas informaciones, tanto como la seguridad de la estación me lo permitía.

Al dejar al delegado del Gobierno me dirigí directamente a la estación, donde me estaba esperan-

do mi mujer, el telegrafista y unas muchachas, a las que habíamos advertido por adelantado que aquel día había urgentes telegramas que transmitir. Mirándolos a todos con ojos casi frenéticos —después me lo dijeron—les grité:

—¡Los asesinos de Katyn son todos rusos! He hablado con un hombre que estuvo allí. Todo el mundo a trabajar. Lo que menos importa es el riesgo que corremos; hay que enviar el informe completo.

Durante este día y el siguiente, largos telegramas conteniendo las informaciones fueron enviadas a Londres y nuestras emisoras comenzaron por primera vez a declarar a los rusos culpables del crimen de Katyn. Nuestra estación, llamada Swit, podía permitirse esto, ya que, a pesar de transmitir desde Londres, todo el mundo creía que lo hacía desde la propia Polonia. Después el Gobierno polaco se dirigió a la Cruz Roja de Ginebra pidiendo que fueran investigados los asesinatos de Katyn, lo que motivó el 26 de noviembre de 1943 la ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno ruso.

A manera de epílogo de todos estos recuerdos míos, quiero mencionar que Casimiro Skarzynsky compareció como testigo ante el Comité de representantes de la Cámara norteamericana para investigar sobre los asesinatos de Katyn y que en sus declaraciones hizo referencia al informe que me facilitó en 1943.

LOS RUSOS CONTRA LOS PATRIOTAS POLACOS.—EL ALZAMIENTO DE VARSOVIA

Por orden soviética, el partido comunista polaco cambió de actitud completamente y en lugar de luchar contra los alemanes emprendió la batalla contra el «enemigo» interno, contra la resistencia de Londres. Desde ese momento todas las hostilidades contra los alemanes fueron realizadas por partisanos soviéticos solamente, que fueron ayudados por lanzamientos de hombres y armas y también por pequeños grupos de milicias populares, que posteriormente se llamaron Ejército popular. Además, el partido comunista polaco, como organización partidista y clandestina, recibió la tarea de luchar por todos los medios contra el alma del pueblo polaco. Para ello se utilizaba la Prensa, la difusión de rumores y unos fondos ilimitados, distribuidos por gentes preparadas en Rusia, que eran transportadas en paracaídas.

Por si todo esto fuera poco, los comunistas se dedicaron a la tarea de espiar a la resistencia polaca, a elaborar listas de sus miembros y sus organizaciones, etc. Gracias a su labor los Ejércitos soviéticos al entrar en territorio polaco, la N. K. V. D. que les seguía dispuso de todo el material necesario para efectuar las detenciones de millares de nuestros resistentes.

Debo agregar que el primer gran golpe para nuestro Directorio de Resistencia Civil no lo hicieron los alemanes, sino la N. K. V. D. En una gran redada, en la que cayeron no pocos de mis colaboradores, pudimos saber después que esta acción fué llevada por los propios espías rusos en el momento en que la lucha con el enemigo común alemán se encontraba en el momento álgido.

Durante el alzamiento de Varsovia todos los dirigentes comunistas, con excepción de Bierut y de los que se unieron al Comité de Lublin o permanecieron en Moscú, estuvieron dentro de nuestro alcance y a merced de lo que quisiésemos. Nadie puede dudar de que la resistencia nacional podría haber detenido a todos los comunistas y haberlos liquidado sin dificultad alguna y sin temor a las represalias, pero esta idea no entró nunca en la cabeza de nadie y los comunistas no tuvieron que esconderse de los sublevados, pudiéndose incluso mover con toda libertad. Podemos estar seguros de que en similares circunstancias los comunistas habrían actuado de manera muy distinta en relación con sus enemigos políticos. Esto lo habían demostrado ya con lo ocurrido en las celdas y en las cárceles de Wilno, Lwow, Luck y otras ciudades polacas. En todas estas prisiones de la N. K. V. D., cuando los rusos se retiraban ante el avance alemán, se asesinaba a todos los presos políticos.

Por si todo esto fuera poco, es necesario no olvidar lo ocurrido durante la sublevación de los habitantes de Varsovia en 1944 contra los alemanes, cuando los rusos se encontraban ya en los arrabales de la ciudad. Desde el estallido de la sublevación las gentes de Varsovia se alegraban por

oir el cañoneo ruso. Cuando la artillería cesó de disparar y se produjo un silencio mortal, nuestras gentes creyeron que aquello se debía solamente a dificultades momentáneas y esperaron volverlas a oír muy pronto. Todos ellos recordaban las emisiones de julio de la radio rusa «Kosciusko», pidiendo a la población de Varsovia que se levantara. Por otra parte, la participación de algunas fuerzas comunistas demostraba la adhesión de éstos al levantamiento. Durante el período inicial no se le podía ocurrir a nadie que los soviets hubiesen interrumpido deliberadamente su ofensiva para permitir así a los alemanes destruir la ciudad de Varsovia.

Finalmente, nuestros ojos se abrieron cuando nuestro Gobierno de Londres nos informó que la intervención de los aliados requiriendo la ayuda de Stalin había sido totalmente ineficaz. Los soviets llevaron incluso a negar el permiso a los aviones aliados de que despegaran o aterrizaran en los aeropuertos rusos cuando lanzaban por la noche diversos medios de ayuda a los rebeldes de Varsovia. De este modo, en lugar de poder servirse de campos que estaban a sólo pocos minutos de distancia de Varsovia, tenían que volver a miles de millas, es decir, a las bases aliadas, lo que aumentaba sus pérdidas extraordinariamente.

Nuestro Gobierno nos informó desde Londres que los soviets habían llegado a detener a la tripulación de un avión británico que se había visto forzado a aterrizar en el lado ruso tras de lanzar sus mercancías sobre Varsovia. Gracias a la enérgica intervención británica la tripulación fué enviada a Inglaterra, pero Moscú anunció que en el futuro todas las tripulaciones cogidas en casos semejantes serían internadas en Rusia durante toda la guerra.

Un cambio en esta situación pareció producirse el 9 de septiembre. Aquella noche recibí un urgente mensaje de Londres en el que se decía: «Informe a nuestro delegado que hoy el mariscal Stalin prometió ayuda a Varsovia.» Al día siguiente no fuimos despertados, como ya nos era habitual, por el ruido de los stukas alemanes, sino por los cazas soviéticos, lo cual nos produjo un sentimiento de alivio, porque así por lo menos no había bombas germanas. Desgraciadamente, el 19 de septiembre los aviones rusos desaparecieron del cielo y los bombardeos comenzaron de nuevo.

Durante la noche del 13 al 14 los lanzamientos rusos de armas y alimentos comenzaron; pero tal y como lo hacían tenía todo el aspecto de una burla, ya que lo arrojaban sin paracaídas y cuanto caía se estrellaba en mil pedazos. No había duda que aquella maniobra era meramente propagandística, ya que de este modo los soviets podrían decir que habían ayudado al levantamiento, cuando realmente no hicieron tal cosa.

El 14 de septiembre, Rokossowski capturó Praga (arrabal de Varsovia) y sus tropas tomaron posiciones frente a la ciudad en lucha a todo lo largo del Vístula. Entre el 14 y el 18, dos batallones cruzaron el Vístula y alcanzaron Czerniakov, demostrando así la posibilidad de enviar ayuda a través del río. Los batallones pertenecientes al Ejército polaco de Berling, colocado a las órdenes de Rokossowski, fueron atacados y destruidos, así como abandonados a sus propias fuerzas por los rusos. Los soldados de estas fuerzas eran reclutas movidos hacia escasamente una semana y pertenecientes en su mayoría a la población campesina del distrito de Cracovia. No tenían ninguna experiencia combativa no sabían cómo defender un terreno y por ello fueron diezmados como moscas. Más tarde se dijo que Berling había actuado por cuenta propia y sin manifiesto conocimiento de Rokossowski, por lo que había sido detenido, privado de su cargo y desaparecido durante un año. La verdad es que los dos batallones fueron deliberadamente enviados a su destrucción por Rokossowski y que sólo muy pocos pudieron volver a repasar el Vístula.

El asalto de Varsovia se ha presentado a menudo como el más heroico episodio de la pasada guerra. La conducta de los soviets durante la sublevación debe por otra parte, ser calificada como el mayor crimen de esta guerra, todavía peor que el de Katyn, pues 200.000 hombres, mujeres y niños pagaron allí con sus vidas la actitud rusa.



OTOÑO
en el gran
Departamento de
CABALLEROS
de

Galerías Preciados

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

OSBORNE

TORREVIEJA, CABEZA DE UNA FEDERACION MUNDIAL



10.000 VECINOS QUE TIENEN PRAISANOS EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO

UN MENSAJE QUE CAMINA POR EL MAR

SON las nueve de la mañana del día 7 de diciembre del año 1960. Alicante está, por el cielo y por el mar, tintado de azul como los mejores días de los tiempos.

En la Explanada, paseo de las Palmeras alicantino, a la espalda la playa, a la izquierda el puerto, una concentración de seis mil hombres, mujeres y niños, va montando en la caravana de autocares, turismos, camionetas o motocicletas incluso, que, bajo la efigie de las perennes palmeras alicantinas, esperan, alineados, mirando al suelo. Los seis mil hombres, mujeres y niños, abiertos y encendidos los ojos, han ido subiendo lentamente a los vehículos. Mil coches, sí que los hay; mil coches que han puesto en marcha sus motores y que han empezado a atronar Alicante como si por los asfaltos corriesen sueltos las vibrantes turbinas de los reactores.

Camino de Cartagena, pues, por la carretera, avanza, uno tras otro, el justo millar de los vehículos. Cuando el último coche ha dejado atrás los límites que señalan el kilómetro cero de la capital alicantina, el automóvil primero, cabeza y señal de la ca-



Cinco mil marineros de Torreveja están empleados en la flota del Mediterráneo. Abajo, a la izquierda, el coro de Educación y Descanso; a la derecha, la Masa Coral Schubertiana

ravana, marcha ya por el kilómetro octavo.

Son aproximadamente las doce

de la mañana. La carretera que va de Alicante a Cartagena, a la vera de la mar, está poblada, y



más aún repoblada, de un especial cántico en la cuarta dimensión de los sonidos. De los autócares salen rítmicas y gigantes, melancólicas y sentimentales, viejas canciones que tienen casi un siglo de vida:

**Tengo mi hamaca tendida
en la orillita del mar,
y mi cabaña escondida
debajo de un platanar.**

Habaneras dulces, habaneras nostálgicas, letra y espíritu de la añoranza de un pueblo que canta, de un pueblo que camina, de un pueblo que, por allí mismo, por la carretera, vuelve, rodando los kilómetros, a aquella su misma tierra.

Los mil vehículos que han salido de Alicante han dado visía, cima y término, a la azul flecha con letras blancas que señala un nombre; un nombre de destino y de metá, un nombre de llegada: Torrevieja. Desde la carretera de las Rocas, dando la vuelta por los Palomares, los automóviles han llegado hasta la plaza de Oriente. Allí han abierto sus puertas. Hombres, mujeres y niños—canciones también—han salido de sus transportes y han pisado la tierra. Después, por grupos, han empezado a caminar—el mar a la izquierda, el pueblo por delante—hacia su ciudad.

Delante del Casino, a la derecha el mar, a la espalda el pueblo, otro grupo, diez mil esta vez, hombres, mujeres y niños, se ha callado de repente. Frente a ellos avanzan los que han llegado de Alicante y antes partieron de las enteras partes del mundo. Ha aparecido, en la distancia que se acorta, el silencio que se agranda. Después, el pueblo que espera a los que llegan, ha comenzado el cántico de bienvenida:

**Golondrina de amor,
si a Torrevieja vas
le dirás a mi amor
que se venga hacia acá.**

Hermanos con hermanos se han encontrado, abuelos que no sabían del nieto de la lejanía, madres cuyas únicas palabras estaban en las cartas de las distancias, familias unidas con las mismas familias: los dos grupos se han mezclado en el más largo y numeroso abrazo que las historias de su pueblo contemplasen.

Los barcos pesqueros del puerto se han mecido por la sola virtud de las vibraciones sonoras.

Luego, fundidos todos ya en el reconocimiento, han marchado hacia la plaza. Un simple altar eleva la imagen de la Concepción Purísima, Patrona y Señora. Desparadas por las calles, las personas han tintado, esta vez sí que en el mejor de los tiempos, de negro o de rubio las perspectivas. Se ha oído la voz del Alcalde:

—Os damos la mejor de las bienvenidas, el mayor de los recibimientos, el más fuerte de los saludos. Sois los hermanos que estabais lejos, que viviais fuera, que apenas sabíamos de vosotros. Pero ya estáis aquí, juntos, bajo el mismo manto de nuestra Patrona; yo, en nombre de todos, os abrazo.

Torrevieja, en aquel 7 de diciembre de 1960, celebraba el Día del Ausente.

TORREVEJENSES EN LAS INFINITAS PARTES DE LA TIERRA

Son las doce de la mañana del día 7 de diciembre de 1960. Sentados en cinco sillones, cinco hombres representan a cerca de tres mil. Frente a ellos, en el salón de sesiones del Ayuntamiento o más abajo en la plaza, bajo los árboles, en los baúdos o rodeando el recién construido templete de la música, seiscientos, setecientos o más bien mil, esperan que se oigan las palabras. Diego Martínez Pastor, torrevejense, concreta:

—Acabamos de crear la Federación de Hermandades de Torrevejenses, que tiene por objeto aglutinar los esfuerzos e iniciativas de las Entidades que en ellas se agrupan y mantener la relación cordial entre los hijos de Torrevieja, cualquiera que sea el lugar de su residencia habitual y el pueblo en que nacieran.

Con estas sencillas e iniciales palabras, el pueblo de Torrevieja, en la persona del recién escogido presidente de las Hermandades, liga la más sorprendente diáspora que comunidad humana hubiese jamás pensado en difundir.

El día 1 de agosto de 1955 Diego Ramírez Pastor llega a Torrevieja. Hace quince años que ese hombre, nacido en el bello pueblo alicantino, no viene a su tierra. El 24 de agosto de 1941, Diego Ramírez Pastor acababa de llevar a la tumba del torrevejense cementerio, una caja blanca y pequeña donde reposa el cuerpo del hijo menor de la estirpe. Aquel mismo 24 de agosto, veinticuatro horas hacía tan solo que Diego Ramírez Pastor presentase ante la tumba de su padre al hijo suyo, vivo y alegre, en señal de respeto y ofrecimiento. Diego Ramírez Berguila, abuelo, murió, veinticinco años atrás, consecuencia de tristes luchas políticas. Para Diego Ramírez Pastor, Torrevieja, hasta el 1 de agosto de 1955, no podía ofrecerle recuerdo agradable alguno.

Son las nueve de la noche del día primero del mes de agosto de este verano pasado. En el paseo de Torrevieja, que se estira junto al mar, está alzado el gran escenario, donde se celebra el Segundo Certamen Nacional de Habaneras. Por la cálida ansiedad de los espectadores ha ido resbalando el viejo compás del dos por cuatro:

**Es Torrevieja un espejo
donde Cuba se mira
y al verte suspira
y se siente feliz.**

El espíritu fundente de la habanera ha hecho olvidar a aquel hombre, que escucha sentado en una silla las viejas canciones nostálgicas de su pueblo, los infaustos días de tiempos anteriores. Y Diego Ramírez Pastor, no sólo se ha vuelto a unir material y espiritualmente con su pueblo, sino que ha perdido el tren, ha perdido los billetes, ha perdido el veraneo en otros lugares y se ha quedado a escuchar íntegra, entera y totalmente, una por una, las cien y pico de habaneras que cantasen los coros de la comarca.

Diego Ramírez Pastor ha vuelto a Barcelona. Pero allá, en sus sentimientos, le ha empezado a nacer una idea: «Unir nominal y materialmente a todos aquellos

nacidos en Torrevieja que andan dispersos por el mundo y que no pueden volver, aunque sólo sea por un día, a escuchar la habanera que ellos un día cantasen o a contemplar, en las tranquilas aguas reflejadas, la esbelta silueta de los barcos de vela, marineros que ellos tal vez no hace mucho tiempo mandasen, proa a los mares de todas las latitudes».

Empezan las gestiones. Hay que conocer a los torrevejenses de todo el mundo. Empeño difícil, porque en cualquier lugar de la tierra, y más si este lugar es un lugar marinero, hay un hombre que nació en este luminoso punto de la amplia y prolífica concha del Mediterráneo.

1880. El «Guerra» es un viejo lobo de mar que anda con el vaivén de los marinos legendarios. El «Guerra» ha llegado a Nueva York, patrón de un barco que a La Habana llevase teja y que regresa para España cargado de caoba. El «Guerra» ha empezado a andar por las calles de los altos edificios como las nubes y su experiencia, conocedora de rumbos y capeadora de temporales, se ha quedado aturdida y desamparada en las esquinas norteamericanas. El «Guerra» no sabe volver al puerto. A veces quiere entenderse con un guardia de la ciudad. El «Guerra» no sabe ni mucho ni poco del idioma que visita. Pero por allí, en la discusión, se ha escuchado una voz:

—Anda, «Guerra»; vente conmigo, que yo te llevo al muelle.

Juntos se fueron dos paisanos de Torrevieja.

Exposición Internacional de París. El ingeniero Eiffel dirige personalmente los trabajos de su torre famosa. Allá en lo alto hay que colocar el último remache. Un grupo de cuatro obreros será el encargado de dar cima a la empresa. Uno de ellos es español. A noventa metros de altura, el Sena a los pies el Louvre a la espalda, el remache final de la Torre lo puso Antonio Castejón García. En las listas de la obra, archivos de la Exposición de París, está consignada su naturaleza: Torrevieja, Alicante.

1930. La pesca de bacalao se ha desplazado masivamente a las lejanas tierras de Terranova. Parejas de todas las matrículas hacen escala en los muelles de San Juan. Hacen escala guiadas por el faro que en la punta de la bahía vigila y avisa los peligros. El torrero John Atienza, llegó hasta allí nada menos que atravesando el Atlántico después de dejar su familia en la tierra que trabaja junto a las salinas.

1956. Caracas. En la capital de Venezuela hay un hotel perdido en una de las zonas residenciales de las afueras, que tiene un nombre: «Villa Torrevieja». Su dueño, Viriato Andréu Alarcón. Con sólo estas señas le llegan las cartas.

Cuatro épocas, cuatro ejemplos, cuatro lugares, cuatro torrevejenses. El mundo está lleno.

1960. En Torrevieja todos se han unido.

LAS CINCO PRIMERAS HERMANDADES DE ES- PAÑA

Diego Ramírez Pastor se ha ido, pues, de Torrevieja con la

idea de agrupar a todos los torrevejenses del mundo. El vive en Barcelona. Y por allí tiene que empezar. Seis meses bastan para que la primera Hermandad de torrevejenses que viven lejos de su pequeño pueblo natal se constituya oficialmente. El 19 de marzo de 1956 la Hermandad de torrevejenses de Barcelona tiene ya vida propia.

Pero todo el litoral del Mediterráneo—ahí está la gran calidad de los marinos a vela que nacieron en Torreveija—vive lleno de torrevejenses. Y Valencia será el segundo eslabón de la cadena. En Valencia tan sólo moran, trabajan y, sobre todo, sueñan con la nostalgia de su tierra, más de mil torrevejenses. A Valencia han llegado, casi desde que allá en 1779 naciese Torreveija, de ocho a diez mil cercanos emigrantes de la costa. Hoy son mil los que en la persona de Manuel Aguirre Martín se han unido y, con el puerto del Grao como contrafondo, han lanzado sus esfuerzos para que Torreveija no sólo se nacionalice, sino lo que es más, se universalice y sea, en esta su vitalidad expansiva, foco y origen de una nueva y diáfana civilización de la nostalgia.

Sigue el mar siendo el primer sustentáculo material de la ausencia. Palma de Mallorca: 400 torrevejenses representados en la marinera persona de Vicente Jiménez; Málaga, 1.500 torrevejenses que esperan, de uno a otro momento, su hermandad activa; Melilla, con Antonio Carcaño para organizarlos; Sevilla, Cartagena, Cádiz, Tarragona y, ya para arriba, Marsella, Niza, Cannes, Nápoles Orán, Alejandría incluso. Esto junto al agua, que por la tierra, Madrid, con más de 300, Fernando Ors al frente; Zaragoza, Murcia, Larache París, Toulouse, Hamburgo, América del Sur, cualquier pedazo de los mundos.

Donde hay dos torrevejenses hay un coro de habaneras.

En Cuba, la isla hermosa del ardiente sol, bajo un cielo azul, adorable trigueña de hermosas flores, la reina eres tú.

Todas las Hermandades que nacen forman su coro. Valencia tiene cuarenta voces. Barcelona cerca de cien. Madrid lo está formando. Palma de Mallorca canta la Salve ya tan maravillosamente que mentira parece que de tan pocos saliera calidad tan grande.

Desde que los barcos de teja vinieran de Cuba, la habanera fué, hasta ahora, la más fuerte de las inmateriales sogas que los hombres enlazasen.

UN MENSAJE QUE CAMINA POR EL MAR

Ya está constituida y en marcha, pues la Federación de Hermandades de Torrevejenses con sus capítulos de Mayores y Menores, como instrumento que, denando un día por un hombre y secundado al siguiente por todos los que en su mismo pueblo nacieron, atará con los materiales lazos de las escrituras y de

los conocimientos a todos los humanos del mismo origen en la geografía.

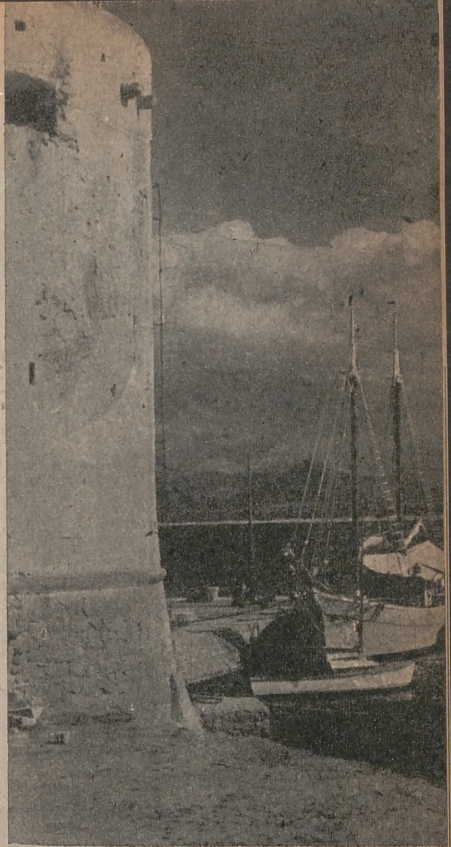
Ya están, revolucionados en el sentir, prestos a la integración los casi 5.000 torrevejenses que por las provincias de España añoran su terreno, lloran su melancolía. Fenómeno estupendo, fenómeno potente, la fuerza de un pueblo que sólo tiene, en los censos demográficos, 10.000 escasos habitantes y agrupa a los que de él partieron en el creador poderío de una Federación Mundial de Hermandades.

Esta es la obra de los hombres. Pero en el hacer humano hay, por encima, un pensamiento puesto en el cielo: la Concepción Inmaculada, Patrona de Torreveija. No hay torrevejense que no celebre, ese día, la festividad de su Señora. Y no hay torrevejense, tampoco, que si en su fortuna, grande o poca, existe la posibilidad del traslado no vaya a Torreveija, el 8 de diciembre de todos los años, a orar ante su Purísima, a gozar de la plasticidad diáfana de su pueblo, a llorar con lágrimas en los ojos y ausencias en el alma cuando los coros de su tierra desgranán, cristalna y limpia, la habanera:

Aquí está el negro vendiendo flores como azabache negro nací y fué mi suerte tan favorita que esclavo tuyo me convertí.

Por eso, los torrevejenses de la nacida Federación de Hermandades han pensado en los ausentes, en aquellos hermanos que deslien su nostalgia en lejanas latitudes. Y han querido, los torrevejenses de la nacida Federación, que un día, el 8 de diciembre de 1960, puedan todos celebrar el encuentro, unirse en Torreveija, cantar la Salve a su Inmaculada y apretarse de nudos la garganta cuando, por la llanura del mar vuelen, incansables, las notas móviles de su «Golondrina de amor». Esa fecha será, para el entero mundo, el «Día del ausente» en Torreveija.

Una imagen, sobre las aguas caminando, llevará el anuncio y el mensaje. La Hermandad de Barcelona ha encargado a dos escultores torrevejenses, residentes en Valencia, la reproducción exacta de la antigua Purísima de Torreveija que destrozada fuese hace veinte años amargos. Los hermanos Blanco, Fulgencio y Rafael, entregarán el 19 de mar-



El yate «Stromjageln», holandés, mandado por «Estéfano», marino de Torreveija.

zo de 1957, primer aniversario, a la Hermandad de Barcelona, en la catalana capital, la terminada imagen. La resucitada Purísima, Virgen marinera por gracia de sus hijos, embarcará en un velero—blancas las velas, blancos los corazones y, llevada por marineros de Torreveija, recorrerá, por el mar, la tierra. Allí donde exista un torrevejense, allí estarán las velas recogidas. Y los hombres que a verla, y a recordarla, y a rezarla, la contemplan, podrán leer un gran cartel, escrito con letras de la mejor sal de los océanos, que dice: «Te espero en mi casa de Torreveija el 7 de diciembre de 1960: Día del ausente.»

Ya han empezado los preparativos del suceso fasto. Un hombre, Antonio García, listero de las Salinas, ha propuesto a sus compañeros el pago semanal de cinco céntimos para cuando lle-

El actual presidente de la Federación de Torrevejenses, don Diego Ramírez Pastor, en el acto inaugural del II Certamen de Habaneras en Torreveija.



que la fecha, poder ornar las calles de Torrevieja con arcos múltiples de flores naturales. Todas las Hermandades, actuales y del futuro, abrirán cuentas de ahorro, pequeños dividendos en la fracción del tiempo, para que todo torrevejense, llegado el día, pueda trasladarse con su familia a la tierra de su naturaleza. Y, ya allí, hacer firme el mesate de la Virgen Marinera, de la Virgen Inmaculada, estrella de los mares en la proa de un velero de Torrevieja.

UNA VARITA DE LA VIRTUD A LA PUERTA DE UNA CASA

Hoy, mitad segunda del veinte siglo, existen las hadas. En Torrevieja están, corpóreas, gráciles, rosadas, azules, blancas. El que lo desee puede saludarlas, palpar sus mágicos fresnos, comprobar el relucir de sus esirellas frontales, escuchar sus palabras ingravidas. Un barco de Torrevieja, el «Bautista Pla», las embarcó en Barcelona: un marino, nacido a la vera distante de la Torre del Moro, José Mari, el «Temporal», experta destreza sabedora de jarrias, de trinquetes, de arboladuras y de rumbos variables como los vuelos de las gaviotas, las condujo, sentadas en la más segura y en la más pacífica de las santabábaras, a su destino. Ellas, azules, rosadas y blancas, el 20 de agosto de 1956 llegaron, caminaron, se detuvieron e hicieron en Torrevieja el más estupendo de los prodigios.

A principios de año, la Hermandad de torrevejenses en Barcelona quiso ser madrina de una criatura. Poco a poco fueron delimitándose las condiciones: que fuese niña; que sus padres no tuvieran grandes medios de fortuna; que naciese después de la llegada de la canastilla a Torrevieja; que se llamase María Inmaculada.

Las manos ágiles, primorosas, precisas, sacrificadas, de las mujeres torrevejenses en Barcelona, se pusieron a bordar la canastilla. Juegos blanquísimos como la ilusión; ropitas rosadas como la añoranza; mantillas azules como las transparencias de las alturas. José Mari, el «Temporal», guardián insobornable, se llevó en el «Bautista Pla», rumbos y acimudes en su sextante, la canastilla de Barcelona al pueblo de Torrevieja.

Cuatro días estuvo expuesto el ofrecimiento en uno de los escaparates.

En las casas, las madres, en la mejor esperanza de los estados, sueñan amorosas con los deseos de sus presagios; en las calles, los habitantes, unidos casi ya en la predicción, muestran, unánimes sus preferencias; en el Ayunta-

miento mismo, los sanitarios de la ciudad, masculinos y femeninos, se han juramentado para la exactitud.

José Molero y Encarnación Alonso nueve meses hace que se han casado. Los niños, a Torrevieja, vienen por el mar. José Molero, simple obrero de jornal diario, ha visto llegar al «Bautista Pla» a la bahía. El pueblo de Torrevieja ha visto a José Molero, firme y pensativo, como una palmera enhiesta, frente al destino. El pueblo de Torrevieja sabe que no hay, en el momento y en las condiciones, mejor hogar, mejor matrimonio, mejor esposa que la de José Molero. Y el pueblo de Torrevieja ha pedido a la Concepción Purísima que detenga las varitas de la virtud de las hadas que llegaron de Barcelona en la puerta de aquella casa humilde, sincera, honrada y cristiana.

El 24 de agosto de 1956—¡oh las grandes e inscritas leyes de las peticiones!—nace, conforme a todo, María Inmaculada Molero Alonso, ahijada de la Hermandad de Barcelona. La vara de la virtud había dado tres golpes en la puerta de su casa.

Bautizo en la iglesia. Canta el pueblo el «Ave María».

En el salón del Casino los padrinos van a hacer, en nombre de los donantes, el donativo de la canastilla. Por Barcelona, es madrina su femenina vocal, Nieves Claves; por Torrevieja es padrino su Alcalde, Manuel Tarín.

Jamás hubo en el salón del Casino mejor bautizo.

Está la pequeña dormida, en brazos de su madrina. El Alcalde, padrino y hombre, ha de hablar y decir, porque es su obligación, las cosas. El Alcalde, hombre y padrino, ha mirado amorosamente a su ahijada.

—Está dormida. Yo siento tener que interrumpir el diálogo de este ángel menudito de Torrevieja con los ángeles mayores de los cielos. Pero, al entregarla la canastilla, como padrino, no tengo más remedio que besarla, porque es mi ahijada y, siendo mi ahijada, lo es también de todos los torrevejenses del mundo.

A José Molero, el padre, al lado, se le han nublado los ojos, se le ha apretado la garganta y se le ha abierto el corazón: José Molero, padre, ha perdido el sentido.

El «Bautista Pla» ha levado anclas, ha virado a estribor y ha tomado el rumbo de Cataluña, José Mari, el «Temporal», su capitán, ha mirado satisfecho a la punta altanera del mayor de sus palos. Y ha descubierto, luminosa, la estrella de los prodigios de las varas de la virtudes de las hadas de las leyendas.

CONTRA LOS TEMPORALES, VELAS DE TORREVEJIA

Cuatro ataduras más fuertes que las palabras: Inmaculada, Federación, habaneras y criatura. Pilares de la fuerza expansiva de diez mil hombres de Torrevieja que han hecho lo que, en su número, no ha podido, hasta ahora, realizar nadie: la unión mundial de los que nacidos en un mismo lugar se fueron por las tierras llamadas por la calidad de su valía.

Pero el gran camino de Torre-

vieja es el mar. Por el mar vino la habanera, canto de unión, canto de hermandad, canto de amor: por el mar se fueron los mejores marinos a vela que jamás surcaron los mares; ida, vuelta, singladuras.

Manzanillo es un puerto de Cuba. «Marcelina» es un bergantín-goleta de Torrevieja. Quince años cuenta su contramaestre: Vicente Rodríguez Martínez, «Estefano». El «Marcelina», mayo de 1910, descarga teja y ladrillo en el calido puerto cubano. Por tierra, olas en las caderas, van y vienen las mulatas. Julio de 1910, el «Marcelina» navega rumbo a España, con madera de cedro y de caoba en el cargamento. Por el mar, las velas del navío, teoría de blancos triángulos contrastada en azules, van y vienen guiados por los saberes de torrevejenses brazos. En el repetido crepúsculo, guardia de seis a ocho, la tripulación canta el son de la habanera. Dinero y canciones para la tierra chica; y, después, fundar un hogar, junto a las mareas, frente a las tempestades.

Diciembre de 1931. El «Mendo», tres palos. Su carga: plomo. Negro está el horizonte, henchidos los nubarrones. Temporal. El barco, frente al cabo Gata ha quedado desarbolado. Vicente Rodríguez Martínez, «Stefano», contra los elementos, salvo el buque y el cargamento. «Gracias a que este hombre es un verdadero marino», diría el armador. «Un verdadero marino de vela.»

Julio de 1955. El «Stromfageln», un yate holandés de Christian Radd, navega por la Costa Azul. Niza, Montecarlo, Córcega, Nápoles... Turistas del Club Argonauta de París como viajeros. Las velas del «Stromfageln», bajo la calma de los vientos, iban tensas y certeras, dirigidas por «Estefano».

Cinco mil marinos torrevejenses navegan sobre las quillas de la flota del todo, Mediterráneo. Con una alta y cotizada especialidad: la vela. Cada yate de lujo tiene un capitán de Torrevieja: «Sirius», del almirante Urzaiz y Silva, con José Atienza Castejón, al frente; «Sirocco», del marqués de Villabragima, con Antonio Atienza Castejón en primacía; «Tau-líña», de Ignacio Claver, otro Atienza, José Atienza Martínez, en la proa; «Marsino» de Santiago Rocamora, con Agustín Minguero Alarcón como certificado de garantía.

Junto al Día del ausente, junto a la colectiva celebración del onomástico de las Conchitas, con los cuatro años de su María Inmaculada Molero en la presidencia, Torrevieja dará también el homenaje al marino de Torrevieja; al marino que puso en la vela la cátedra del mejor navegante.

Así, con ello, se habrá completado la iniciación del ciclo. La polivalente flecha de los torrevejenses agrupados en la más fuerte y la más ilusionada de las Federaciones del mundo, tendrá no ya una, sino múltiples dianas: Hermandades Mayores y Menores por las ciudades de la tierra.

José María DELEYTO

(Enviado especial.)

Lea todos los sábados
LA ESTAFETA
LITERARIA

AGUSTIN DE FOXA,

VIAJERO, ESCRITOR Y ACADEMICO

La vida en cuatro tiempos: Literatura, política, amistad y diplomacia

YA está aquí. De mediana estatura, grueso, la cabeza grande, maciza, en la que los ojos, la nariz y la boca apuntan el apetito de la vida y la nostalgia. El pelo negro, liso, estirado. Un traje gris.

Empezamos por el sueño, por lo que se sueña.

—Mi primer sueño es un paisaje.

—¿Cuál?

—Yo he nacido en Madrid, no tengo paisaje, pero tuve uno heredado y contado desde niño; las tierras familiares, es decir, Foxá. El castillo era, un poco, el cuento de hadas.

Agustín de Foxá habla despacio, pero gráficamente. Tal como si las palabras fueran elementos físicos. Una leve burla en el fondo. A veces la burla integra, dramática. Y frente a ella el deseo evidente de buscar la paz.

—¿Qué pasó con el castillo y con el sueño?

—Hace cuatro años que lo compré. ¡Lo que es Europa! Un castillo de la Edad Media me costó menos que un coche con aire acondicionado. Algo así como unos 3.000 dólares.

—¿Cómo lo encontró?

—Lo encontré sin mis antepasados. El propietario anterior había efectuado su traslado a una iglesia. Ya sabe usted cómo son las cosas. Tiempo atrás, mi abuelo, metido en conflictos políticos, tuvo contratiempos, y el castillo pasó a unos primos que, a su vez, lo vendieron. De ahí el comienzo del cuento de hadas.

SEGUIMOS POR CATALUÑA Y CASTILLA: LA SANGRE

—¿Qué le dice la sangre?

—Yo tengo las dos sangres. La catalana por mi padre y la castellana por mi madre. No hablemos de mí, pero de ahí nace un gran producto español. Yo siento, siento, perfectamente, los dos latidos, aunque, literariamente, soy un mediterráneo.

—¿A qué llama un mediterráneo?

—Pienso que la forma y los sentidos son mediterráneos. Si emplease la sequedad en mi literatura no sería auténtico. Sin embargo, son raíces predominantes que quedan dentro de mí por otros cauces. Yo no he vivido



«La vida periodística no me ha perjudicado literariamente; al revés, me ha dado ánimo»

nunca en esa región. Ese es el misterio.

NINEZ: MELANCOLIA

Agustín de Foxá cierra los ojos un momento. Una cara fuerte y débil, dolorida, cansada. Cruza las piernas y abre las manos.

—Ya que lo pregunta le diré que un poeta no puede dejar de ser niño. Serlo es, en cierta forma, dejar vivo al niño.

—¿Cómo piensa, ahora, que fue su niñez?

—¿Quiere una imagen?

—De acuerdo.

—Pienso en una niñez melancólica. Constantemente tengo conmigo la idea del coche de caballos. Era una niñez rodeada de bienestar. Cuando tenía siete años, mi padre, que era conocido por el título de Marqués de Armentáriz, me cedió el de Conde de Foxá. ¿Se imagina la atmósfera?

—¿Cuál es la impresión más grave que recibe entonces?

—El día que vi pasar desde el mirador del antiguo Colegio de los Marianistas, el entierro de

Guillermo Azpiroz, mi compañero de pupitre?

La respuesta ha sido viva, despierta, despejada. Agustín de Foxá recuerda el nombre, lo repite: Guillermo Azpiroz, «terminado en «z».

—¿Le preocupa la muerte?

EL AMOR: MIEDO A LA MUERTE

Otra vez.—¿Le preocupa la muerte?

—La idea de la muerte la he tenido constantemente conmigo, no me ha abandonado. Llegué a inventar jugando con mis hermanos, pequeños dramas para nuestro teatrillo de niños y siempre vi a las figuras así: entre vida y muerte.

—Siga.

—Hacia a los personajes reyes o guerreros, lo que usted quiera, pero cuando tenían que morir la «función» cobraba un dramatismo extraordinario: tenía que destruir la forma, las figuras. Era hacerlas desaparecer de verdad. Los muertos eran muertos.

—¿Qué piensa ahora?

—Yo inventé la muerte jugando.

—¿Cómo se ha defendido contra ella?

—Con el amor. Ahora habla, desbordadamente. La voz gruesa, templada.

—El amor, en el fondo, es el revés, el anverso el miedo a la muerte; por eso es el gran tema. Y por eso yo me agarro tan desesperadamente al amor, pero no cualquiera, sino el esquemático del amor a la vida.

La conversación es dolorosa. Agustín de Foxá habla, y algo en él íntimo y profundo le contradice.

ADOLESCENCIA: CONTACTO CON EL MUNDO

Vivir es ir hacia adelante.

—Hasta los dieciséis años soy un niño. La vida confortable de casa tranquila sin enigmas continuaba en el Colegio. Aquí había estado «arropado» de los problemas por un grupo de estudiantes franceses y centroeuropeos, pero, repentinamente, me encuentro en contacto con el mundo, con la realidad, con la vida. Este es mi acceso a la Universidad. Una Universidad ibérica, ceñida a nuestra realidad.

Ahora hablamos de los padres. Es un buen momento. Agustín de Foxá se recuesta contra el sillón de cuero. Mira el reloj de la pared. La hora, el tiempo de hoy.

—Mi padre ejerció gran influencia sobre mí. Fue siempre un gran amigo mío y le debo, fundamentalmente, dos cosas: el sentido poético y el sentido del honor.

—¿Qué hacía su padre?

Un momento de suave sonrisa.

—Mi padre era sólo un gran señor.

—Entiendo.

—Yo admiraba aquel género de vida, pero me di cuenta rápidamente, en la Universidad, que llegaba otro mundo y que estaba bien próximo.

—¿Y su madre?

—Ella me ayudaba en esta idea y me la hacía fácil: era austera.

—¿Continuaba el sueño?

—En cierto modo, sí. Algunos aspectos contribuían a ello. Todavía, en la época de la Universidad vivíamos en una casa isabelina, en la calle de Atocha, con armas, llena de una atmósfera tibia.

—¿Qué pensaba ser?

—Me incliné por mí mismo, y en cierto modo por los consejos familiares hacia la carrera diplomática.

—¿Qué le llevaba a ella?

—La fantasía y, sobre todo, el deseo de viajar.

—¿Sigue sintiendo hoy la misma emoción ante un nuevo viaje?

—Idéntica y total. Es una atracción absoluta para mí.

LAS DOS VERTIENTES: LA POESÍA Y LA JUSTICIA

Agustín de Foxá termina la carrera de Derecho, ingresa en la Escuela Diplomática y a los veinticuatro años obtiene el primer puesto en el extranjero.

—Fuj como tercer Secretario a la Legación de España en Bucarest. Todo lo que vi excitaba mi fantasía.

—¿Por qué?

—Estaba de cara a lo que quedaba de la vieja Europa. De una forma u otra, con el Rey Carol, se había refugiado en los Balcanes, sobre manera después de la muerte del Imperio austriaco.

—¿Existen los contrastes en su experiencia?

—Sí. Poco tiempo después pude ver, frente a frente, la Europa revolucionaria y despoetizada. En Turquía, el Sultán había huido. Las mujeres no llevaban velo ni los hombres el fez, y Mustafá Kemal Pachá tenía en la plaza una estatua de bronce vestido de frac. «Ellos, que no podían representar la figura humana»...

Es la otra vertiente. Agustín de Foxá tiene veinticinco años y todo es poco. La vida anda sola.

—¿De qué forma definiría aquel trance histórico?

—Comprendí, simplemente, que existía una lucha entre la poesía y la justicia.

FOXA: EL MANCEBO ESCRIBANO

De Rumania pasa a Bulgaria. «Debuté», como ve, por el telón de acero.

—¿Vivía de forma independiente?

—Ciertamente. Mi sueldo era suficiente. En Bulgaria la vida era barata y podía viajar. Fui a Grecia.

—¿Qué recuerda de ese tiempo?

—Una cosa muy curiosa. Di muchas conferencias, en español

a los judíos sefarditas de Grecia y Bulgaria. Me entendían perfectamente.

—¿Qué decían de usted?

—No lo sé muy bien. Lo que sí supe, desde luego, es que me llamaban «el mancebo escribano».

Recordar, volver a recordar. El escritor levanta la mano.

—Recuerdo una cosa impresionante. Les oí cantar en la sinagoga de Sofía la «Elexia de la Salidura de España». Hablaban de las granadas, los trigales y las naranjas. Todavía me parece ver el mágico y deslumbrante final: «Y así Dios nos arrojó de la España que era como un paraíso en la tierra».

«LA NIÑA DEL CARACOL», PRIMER LIBRO

Bulgaria es un punto del arco. Agustín de Foxá escribe allí, en el entretanto del mundo, su primer libro de versos: «La niña del caracol».

—Es un libro que tiene, en sus romances, una enorme influencia de Lorca. Sin embargo, si del libro se salvan dos o tres romances son aquellos, más palatinos, más próximos a Alfonso X y, por tanto, en los que se percibía una autenticidad que no era otra cosa, al fin y al cabo, que lo que pudiera haber de atmósfera familiar.

—¿Cree en la vocación?

—Sí. Yo escribía desde los doce años. Recuerdo que por esa época hice algunos poemas al Cid y a la Batalla de Lepanto. Creo que este último era malísimo.

—¿El ser escritor define su vida?

—No lo sé bien. Puedo decirle, no obstante, que regula mi existencia. Y es de tal manera así que los viajes, la permanencia en un lugar son, sustancialmente, elementos que terminan formulándose literariamente, en mi pensamiento. No quiero, no quisiera hacer otra cosa, que llevarlos al libro.

—¿Lo hace siempre?

—No. He tenido la desgracia, como literato, se entiende, de no tener que vivir de la literatura. Si no hubiera sido así, hubiera escrito mucho más y mejor.

—¿Cree usted sinceramente en eso?

—Sí. Hay que ser, en todo, auténticamente profesionales. Yo no lo he sido no por falta de vocación, sino por la dispersión constante. He escrito como un placer más de mi existencia.

—¿En qué disposición mental se siente en estos momentos?

—Empiezo a pensar, frente a la vida como goce, la vida como deber. Quizá es que me haga viejo. ¿Qué piensa usted?

—Está en la mitad de la vida.

—¿Qué! Nadie vive cien años. Yo tengo cincuenta. Lo cierto es que estoy en disposición de trabajo.

Agustín de Foxá ha escrito seis libros de versos, una novela y cuatro obras de teatro, aparte de otra más en colaboración.

—Hablemos de sus libros.

EXITO Y FRACASO: VIDA COMPLETA

—Mi primer gran éxito fue la novela, «Madrid, de Corte a checa». El protagonista es el propio Madrid y es Madrid quien sufre la mutación de su piel. Yo estu-



«Creo que el artículo es lo mejor que hago»

ve en el último baile de Palacio; vi llegar la República y pasé, posteriormente, tres meses en el Madrid rojo.

—¿Y en el teatro cuál fué mejor recibida?

—Desde luego, «Baile en Capitanía».

—¿Cree que el éxito tiene una repercusión física en el hombre?

—¿Física? En principio es una gran alegría, pero puede que sea también física, porque tiene algo parecido a la embriaguez. Por eso se sube a la cabeza.

La conversación avanza siempre. Si reloj está ahí en medio, como un mal augurio. Ahora nos toca hablar de los fracasos.

—«Otoño del 3006»; me lo patearon hace tres años.

—¿Qué aprendió

—Me convencí que en el teatro, aun siendo un género muy literario, lo importante es la situación. Si durante hora y media se carga la atmósfera, la frase más vulgar, un «sí» o un «no», pueden desencadenar las lágrimas o la alegría.

Agustín de Foxá ha escrito mucho, y de forma brillante y original, en los periódicos. Es el eterno tema: ¿Interrumpe el periodista al escritor?

—La vida periodística no me ha perjudicado literariamente. Al revés, me ha dado ánimo, me ha confortado. Creo, además, que el artículo es lo que mejor hago. En el teatro no he encontrado aún la fórmula adecuada a mi estilo y a la necesidad teatral.

EL CUARTO TEMA: LA POLITICA

—De los cuatro temas de su vida: literatura, diplomacia, política y sociedad, ¿qué le interesa hoy más?

—Combinados, pero formando un todo, lo diplomático y lo literario. Mi última etapa de vida en América me ha dado una visión auténtica de España.

—¿En qué forma?

—América me ha dado la idea de España en relieve, tridimensionalmente, casi en cinemascopio.

—¿Este sentimiento ha cesado a su literatura?

—La idea de España, de una forma u otra, está constantemente en ella.

Durante un instante, por el hilo al ovido, volvemos a los temas centrales. Al hombre que se llama Agustín de Foxá, español.

—Siempre hay que retroceder un poco para encontrarse. A los veintiocho años yo estaba muy desorientado. Es la época en que conozco muy íntimamente a José Antonio. Hacíamos, con mucha frecuencia, excursiones a los alrededores históricos. El evitó mi desorientación y me hizo entender que era posible la revolución, dentro de las ideas de la Patria, situaciones que yo creía incompatibles. Poéticamente me hizo más clásico porque él, fundamentalmente, lo era y quería, además, evadirse de lo romántico.

—Cómo definiría a José Antonio.

—Un notable ser humano y no una estatua.

—¿Qué recuerda mejor de aquellos días?

—No he olvidado nunca el día que escribimos el «Cara al Sol». Aquella misma tarde estuvimos viendo «Tiempos modernos», de Charles Chaplin y luego, más tar-



«El placer de obtener una frase brillante me deslumbró durante mucho tiempo. Es mi parte débil y, es posible, mi parte vanidosa»

de, estuvimos en el Or-Kompon, donde comimos bacalao al pil-pil..

SE ACABA EN LA ACADEMIA

Hay hombres que tienen una fama al margen de todo lo que hagan. Una fama y un carácter.

—El placer de obtener una frase brillante me deslumbró durante mucho tiempo. Es mi parte débil y, es posible, mi parte vanidosa. Creo, por muchas razones, que me encuentro en otro estado de ánimo.

Hablar de la Academia, de la Academia Española, donde acaba de ser elegido miembro, es el último cantar de la entrevista. Son las diez de la noche.

—¿Qué va a hacer en la Academia?

—Por lo pronto, callarme. De-

jar hablar a los que llevan más tiempo en ella y tomar y aprender su pulso. Estoy, naturalmente, orgulloso de encontrarme entre los académicos a los que agradezco, entre paréntesis, su cordial disposición hacia mí.

—¿Qué pasó con Cela y Zuzunegui?

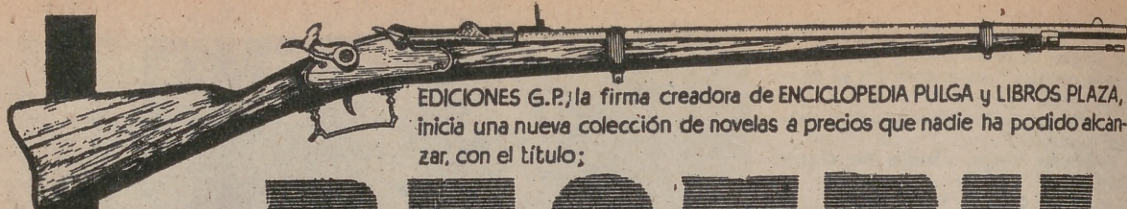
—Los dos me escribieron una carta anunciándome que se retiraban. Zuzunegui, primero, y Cela, después. Cartas, las dos, de gran caballerosidad y que les agradecí mucho. A Dios lo que es de Dios.

—Ya no hay más. Agustín de Foxá estira, feliz, los puños blancos de la camisa.

Enrique RUIZ GARCIA
(Fotografías de Aumente.)

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados



EDICIONES G.P. la firma creadora de ENCICLOPEDIA PULGA y LIBROS PLAZA, inicia una nueva colección de novelas a precios que nadie ha podido alcanzar, con el título:

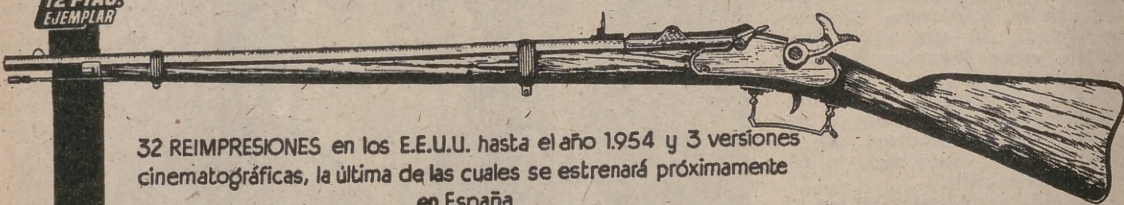


SOLO 12 PTAS. EJEMPLAR

DESTROY

de

MAX BRAND



32 REIMPRESIONES en los E.E.U.U. hasta el año 1954 y 3 versiones cinematográficas, la última de las cuales se estrenará próximamente en España

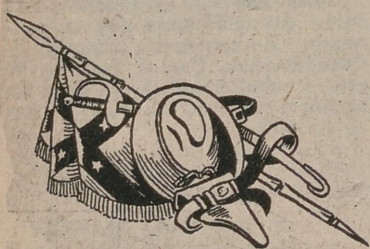
cisne² presenta ahora:

RIO

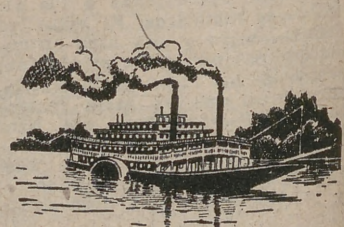
SOLO 20 PTAS. EJEMPLAR

SALVAJE

LOUIS BROMFIELD



No leerá una novela más sobre la guerra entre "yankees" y "confederados", sino un episodio pasional en el escenario de la vieja New Orleans.
Louis Bromfield, un novelista tan cautivador para las lectoras como para los lectores.



PRIMERO: **Katrina** DESPUES: **TOROS DE PARRAL** AHORA: **RIO SALVAJE** 3 EXITOS DE cisne²

PIDA ESTÓS TITULOS EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

VON KARMAN, EL "MAGO DE LO SUPERSONICO"



Von Karman con el Ministro del Aire de España durante el acto de la imposición de las insignias de la Gran Cruz de la Orden del Mérito Aeronáutico

EL profesor baja en seguida —ha dicho el encargado de recepción en el hotel.

La espera es corta. Y la fantasía no tiene tiempo de agrandarse especulando sobre todo lo que se ha dicho de este personaje fabuloso que va a aparecer de un momento a otro.

Se abre una puerta y allí está. Camina despacio, enfundado en un abrigo negro. La gran boina que cubre su cabeza no puede contener la amplia melena plateada que le desborda por las sienes.

Mira a los lados y continúa avanzando. Su estatura, normal, aparenta ser menor por el peso de los hombros sobre el tórax. Se acerca hundiéndose con pasos balbuceantes la alfombra del hotel.

Este es el hombre que América ha bautizado con los nombres de «Mago de los Supersónicos» y «Rey del Aire». Del profesor Teodoro von Karman ha dicho no hace mucho tiempo un periodista italiano que en una oficina para viajes interplanetarios se le había reservado un asiento: «la tercera cabina de la izquierda». Y añadía que era el hombre de ciencia más rico del mundo y un extravagante en la forma de vestir y comportarse en sociedad.

Hoy está aquí, en un elegante hotel madrileño y al alcance de la mirada y de la palabra. ¿Qué habrá de cierto en torno a uno de los cerebros más interesantes del mundo moderno?

Hemos pasado a una salita. Se ha quitado el abrigo y la boina. Viste un correcto traje negro, camisa blanca pulcrísima y corbata de lazo negra. Un diminuto aparato atenúa los efectos de la sordera que padece desde hace años. Los ojos, hundidos, con un brillo de ausencia, aparecen algo rojizos.

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

Nace en Budapest el 11 de mayo de 1881. Estudia Ingeniería en la Real Universidad Técnica. En 1902 se doctora en la Universidad de Gotinga, en la que desempeña el cargo de profesor adjunto desde 1909 a 1912. De 1912 a 1928 dirige el Instituto de Aerodinámica de la Universidad de Aquisgrán. En 1926, la Fundación «Daniel Guggenheim» le invita a dar varias conferencias en Norteamérica. En 1930, el gran físico norteamericano Millikan, presidente del Instituto Tecnológico de California, le invita para dirigir el La-

boratorio de Aeronáutica Guggenheim. En 1936 se nacionaliza norteamericano. Por esta fecha, el laboratorio que dirigirá Von Kármán se sitúa a la cabeza de la investigación aeronáutica estadounidense.

Durante la última guerra mundial, sus trabajos e indicaciones han sido decisivos para el potente desarrollo de la fuerza aérea norteamericana. Desde los primeros momentos dirigió unos cursos especiales para los oficiales técnicos de las Fuerzas Armadas. En 1942 fundó la Aerojet Engineering Corporation, donde se crearon los cohetes «Jato» para ayuda al despegue de los grandes aviones. En 1944, después de una consulta entre el general H. H. Arnold y el profesor Von Kármán, se creó el Scientific Advisory Group de la Army Air Force, hoy Air Force Scientific Advisory Board, del cual Teodoro von Kármán ha sido presidente hasta el año 1954.

En 1950, por iniciativa del profesor Von Kármán, se celebra una reunión de directores de las instituciones de investigación aeronáutica de los países pertenecientes a la O. T. A. N. El resultado es la creación del Advisory Group for Aeronautical Research and Development—Grupo Asesor

de Investigación y Desarrollo Aeronáutico—(A. G. A. R. D.), inserto en la N. A. T. O. Si cuartel general de la organización se estableció en París, habiendo sido designado para su dirección el profesor Von Karmán

UN GRAN AMIGO DE ESPAÑA

Y aquí está Von Karmán, dispuesto a la conversación:

—¿Cuándo ha venido por primera vez a España?

—Desde 1947 vengo todos los años. Tengo excelentes colaboradores y amigos. En las primeras visitas solía acompañarme mi hermana Josefina, doctora en Historia del Arte por la Universidad de Viena. Ella tenía un enorme entusiasmo por las manifestaciones artísticas españolas. Era, sobre todo, una enamorada de Sevilla. Ahora ha muerto y vengo yo solito.

El profesor inclina, melancólico, la cabeza y parpadea como ahuyentando un sueño. Se detiene un rato y mira con la vista perdida.

—Ella sentía una gran predilección, que yo comparto, por España, y especialmente, como le he dicho, por Sevilla y Madrid. Pero el 2 de julio de 1951 la perdí. No obstante, he querido que su recuerdo perdure, y me ha parecido que la mejor forma de hacerlo era crear el Premio «Josefina von Karmán», que anualmente se adjudica por la Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, al autor de una obra artística. También en su memoria subvencione algunas publicaciones de monografías de arte, editadas por el Instituto «Diego Velázquez», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En esto, gracias a la ayuda y cuidado del profesor Diego Angulo, presidente del Instituto, creo que he podido hacer una contribución a la literatura de la Historia del Arte del mundo.

Sus palabras son sencillas, dichas sin el menor énfasis, casi como un susurro.

—Conozco casi todo el país. Pero me ha impresionado muy especialmente la belleza extraña de

Andalucía. Me recuerda a cada momento el paisaje de mi California, donde he vivido tantos años.

Charla despacio y, a veces, la voz se apaga y queda como un hilo tenue.

—Y Salamanca, con sus monumentos y la magnífica Universidad. Y Toledo. Y Avila. Segovia. Burgos... «Magnifique». Toda España es maravillosa.

Al lado del profesor, como intermediario, está el ingeniero aeronáutico coronel Pérez-Marín Castro, secretario general y técnico del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica «Esteban Terradas» y uno de los colaboradores más íntimos con que cuenta Von Karmán en España. Su extraordinaria afabilidad, de tacto diplomático, hace posible que el diálogo, en francés, conserve la fluidez y viveza necesarias.

—Sí, aquí el coronel—afirma el profesor—ha colaborado conmigo desde hace tiempo, entre otras cosas, en la traducción de mis libros al español. Ya en un campo científico más concreto, Gregorio Millán es mi más próximo colaborador. Ha creado un importante grupo de especialistas en aerodinámica y aerotermoquímica.

ES DIFÍCIL LLEGAR A LA LUNA

Las fantasías en torno al profesor son numerosas. Pero al charlar con él, todo parece inventiva e imaginación calenturienta de algún visionario.

—¿Es realmente cierto que usted tenga reservado un asiento para el primer viaje a la Luna?

Su rostro ha tomado un aspecto de extrañeza. Me mira con un fondo de ironía y de duda. Al hablar, la voz se torna algo temblorosa. Mira, con aire ingenuo.

—No. Eso no es cierto. Yo ya no puedo ir a la Luna. Usted, tal vez, lo vea. Pero yo entonces ya estaré del otro lado, allá en el cielo. Es muy difícil.

A la izquierda, el profesor Von Karmán sale del hotel madrileño; a la derecha, durante la visita al Alcázar de Sevilla

—¿No cree en la posibilidad del viaje?

—Eso entra dentro de lo factible. Pero de momento, entre otras, existen dos grandes dificultades: una de tipo técnico y otra de tipo fisiológico, que afecta directamente al hombre. El mayor problema técnico se halla en la posibilidad de penetrar nuevamente en la atmósfera terrestre. Un cohete que retorna de un viaje por el espacio entra en la atmósfera con una velocidad asombrosa. Su superficie, aún en el aire más enrarecido, se calentaría hasta sobrepasar la temperatura soportable para cualquier material conocido.

—¿Algo así como lo que sucede a los aerolitos?

—Exactamente. Si usted los observa se ve un brillo muy fuerte producido por el roce. Luego se desintegra totalmente. A veces algún fragmento llega hasta la Tierra. En Arizona existe un gran cráter producido hace muchos años por uno de estos meteoritos.

Puesto en pie toma una cuartilla y dibuja el posible itinerario de la nave interplanetaria.

—Mire, ésta es la Tierra. Allá la Luna. Para escapar de la zona de atracción terrestre sería necesaria una velocidad de 40.000 kilómetros por hora. Al llegar a cierto punto, la atracción sería cero y nos encontraríamos en una zona donde el cuerpo no pesase absolutamente nada. Entonces si no existiesen ni la Luna, ni estrellas, ni ningún cuerpo celeste, esa trayectoria podría prolongarse hasta el infinito. Ahora bien, al salir de nuestra esfera de atracción podríamos penetrar en la de la Luna, con riesgo, ¡claro! de chocar con ella. Esto se evitaría por medio de instrumentos electrónicos, que nos permitirían acercarnos a ella todo lo posible mediante una trayectoria en espiral. Luego, podría iniciarse el regreso a la Tierra.

—¿La velocidad de penetración en la atmósfera terrestre es la misma que la de salida?

—No. Aproximadamente la mitad, unos 20.000 kilómetros por hora. Pero ya le he dicho, el pasar esa barrera térmica es un problema infinitamente más difícil.



cultoso que el planteado por la barrera del sonido. Mire usted, aun en el caso de que se pudiera penetrar gradualmente en la atmósfera aproximándose por medio de una trayectoria en espiral, no es probable pueda conseguirse el retorno sin utilizar como freno la potencia de unos cohetes. Y para ello sería necesario poseer una cantidad enorme de combustible de reserva.

—¿Y la nave no podría ser abastecida en el satélite artificial?

—Tal vez. Aunque ya sabe usted que el satélite lleva también una gran velocidad: cada vuelta en torno a la Tierra le lleva únicamente dos horas. Claro está que esa no es dificultad sería pese a la enorme velocidad de los dos cuerpos, pues por un sistema electrónico podrían aproximarse todo lo que se quisiese. Es el mismo caso, ya resuelto, del abastecimiento de aviones en pleno vuelo. De todos modos, el punto insuperable es el de la barrera térmica.

De momento, pues, el «Mago del Mundo Supersónico» ve, desde un punto de vista realista, los viajes interplanetarios, sin la menor concesión a la fantasía.

—Yo lo único que he aventurado—dice sonriendo—es que si los viajes a otro planeta fuesen posibles, mi amigo Juan Trippe presidente de la Pan American, montaría con toda rapidez el primer servicio de viajeros.

UNA DISCUSION ENTRE DOS CIENTIFICOS

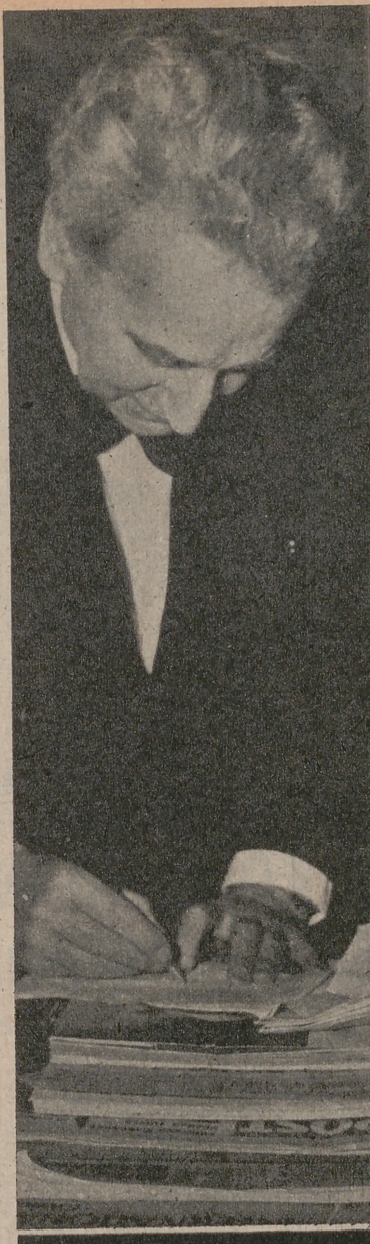
La intervención del profesor Von Karmán en el mundo de la aeronáutica ha sido decisiva, tanto en la modernización de proyectos de aviones y motores como en la actividad industrial en el campo de los cohetes. Hoy en día, después de setenta y cinco años de vida casi exclusivamente dedicada a la ciencia, el número de libros y trabajos publicados se acerca a los 150.

—¿Podría sintetizar sus creaciones más interesantes en el terreno de la aeronáutica?

—Mis principales trabajos de investigación han sido sobre la teoría de la resistencia aerodinámica, la explicación de dichos fenómenos por los torbellinos que llevan mi nombre y su cálculo en vuelo supersónico, que inicié en 1932.

Se ha vuelto un poco y meneando algo la cabeza, adopta un gesto picaresco.

—Yo no reclamo haber sido el descubridor de los torbellinos bautizados con mi nombre. Ya eran conocidos antes de mi nacimiento. El cuadro más antiguo en que los he visto es un San Cristóbal atravesando el río que se conserva en una iglesia de Bolonia: tras los pies desnudos del Santo, el pintor dibujó unos torbellinos de tipo alterno. Un inglés, el profesor Mallock, los fotografió. Años después hizo lo propio el profesor francés Henri Benard, que realizó unos estudios sobre el problema, pero principalmente en flúidos muy viscosos. Estaba algo celoso de que tal sistema de torbellinos llevase mi nombre y en varios congresos recla-



El profesor Von Karmán explica uno de sus últimos inventos

mó la prioridad de las observaciones del fenómeno. Un buen día le dije: «Estoy de acuerdo que lo que se llama en Berlín «Karmannstrasse»—el verdadero nombre es «calle de torbellinos de Karmán»—y en Londres «Karman Street», debería llamarse en París «Avenue de Henri Bernad». Desde entonces hicimos las paces y hemos sido excelentes amigos.

Una sonrisa suave ha cerrado la anécdota. Todo su rostro ha tomado un aspecto alegre. Pronto corta el gesto.

—Como realizaciones prácticas he construido un helicóptero en el año 1917. Y durante la última guerra le he resuelto un grave problema a las Fuerzas Aéreas norteamericanas aplicando el cohete al despegue de los aviones.

—¿Qué sistema de trabajo sigue?

—Ahora ya no enseño en la Universidad. Trabajo con jóvenes investigadores que han adquirido

un justo renombre en el terreno científico. Ellos a su vez poseen un grupo de estudiantes y colaboradores que aman la juventud con una gran eficacia.

Von Karmán está en constante contacto con sus discípulos y colaboradores, ya personalmente, ya por medio de comunicaciones que en gran número llegan a su poder. Por ello su vida es un continuo cambio de residencia.

—Aunque mis viajes son constantes, puede decirse que paso en París unos ocho meses atendiendo a la presidencia de la A. G. A. R. D. El resto del año suelo permanecer en Estados Unidos, siempre que puedo en mi villa de Pasadena (California), atendiendo a obligaciones ineludibles para con mi patria, Norteamérica.

TRISTEZA POR HUNGRIA

Su vida, de continuo trabajo y estudio, le ha tenido en contacto con gran número de figuras de extraordinario interés.

—Sí; he conocido a muchos grandes hombres y trabajado con ellos. Pero la mayor influencia de mi vida la debo a la fuerte personalidad de mi padre, un gran filósofo y pedagogo de la vieja Hungría. Ya, posteriormente, me ha causado una impresión extraordinaria el Papa Pío XII, que no hace mucho me distinguió nombrándome miembro de la Academia Pontificia.

El recuerdo de su padre y de la nación que le vio nacer traen, inevitablemente, un recuerdo a la situación especial de Hungría en estos momentos:

—Es natural que, como nacido en Budapest, me halle profundamente entristecido con la suerte de la heroica juventud húngara y deprimido por el hecho de que las poderosas naciones occidentales no hayan podido ayudarle más efectivamente. Me han emocionado hasta lo más hondo los sentimientos del noble pueblo español ante la desgracia de Hungría. Nunca olvidaré la leal actitud de España.

Al llegar a este momento, la emoción del profesor se hace patente. Los ojos y la respiración reflejan la profunda tristeza por la pérdida de un viejo mundo que cada día se envuelve más y más en la niebla.

—¿Recuerda cuál fué el primer vuelo que realizó?

—Creo, con toda seguridad, que mi bautizo aéreo tuvo lugar el año 12, en un avión militar alemán «Rumpler Taube». La principal impresión que deduje de aquel viaje fué que resultaba casi imposible aterrizar sin capotar.

—¿Actuó en Aviación durante la primera guerra mundial?

—Aunque no como piloto, mi actividad ya se dedicó exclusivamente a la aeronáutica. Fui director de un grupo de experimentadores en vuelo. Tal vez el principal problema con que tropezábamos era la sincronización del tiro de las ametralladoras a través de la hélice. También preocupaba, entonces, la protección de los depósitos de gasolina contra las balas enemigas.

Von Karmán trabaja actualmente en una conferencia dedi-

cada a la memoria de Frederick W. Lanchester, que en el próximo mes de mayo dará en la Royal Aeronautical Society de Londres.

—Es una de las personalidades de mayor interés en aeronáutica. Desgraciadamente, su nombre todavía se halla algo en el anonimato. Pero yo lo coloco al lado de las mayores figuras de esta ciencia, que, para mí, han sido Leonardo da Vinci e Isaac Newton, cuyas obras y trabajos he estudiado con gran interés.

—Ya en el mundo moderno, ¿cuál le ha parecido el hombre de ciencia de mayor valor?

—En las Ciencias Físicas y Matemáticas, Alberto Einstein, al que conocía personalmente muy bien. Einstein, además de ser un gran científico, tenía un gran valor humano. Una vez recuerdo que me habló de su viaje a España, donde había descubierto a un científico extraordinario en Esteban Terradas.

«YO ME PONGO DE PARTE DEL TORO»

Humanamente, el profesor Von Karmán es un hombre de gran sencillez, que pasea su soltería de un lado a otro del mundo.

—La verdad es que yo creo que estoy soltero por falta de tiempo. Todavía no he encontrado en mi vida un momento para pensar en el matrimonio.

Sus breves ocios los llena jugando alguna partida de ajedrez o dedicado a su afán de coleccionista de muebles antiguos.

—No hay nada más, porque no asisto al cine ni cultivo la música. Pero existe una cosa que me simpatiza muchísimo, y es el baile típico de Andalucía, el flamenco. En gustos voy bastante acorde con ustedes: el arroz español—uno de mis platos favoritos—creo que es el mejor del mundo. Y en cuanto a las bebidas, actualmente estoy investigando qué coñac español es mejor, si el Carlos I o el Lario 1866.

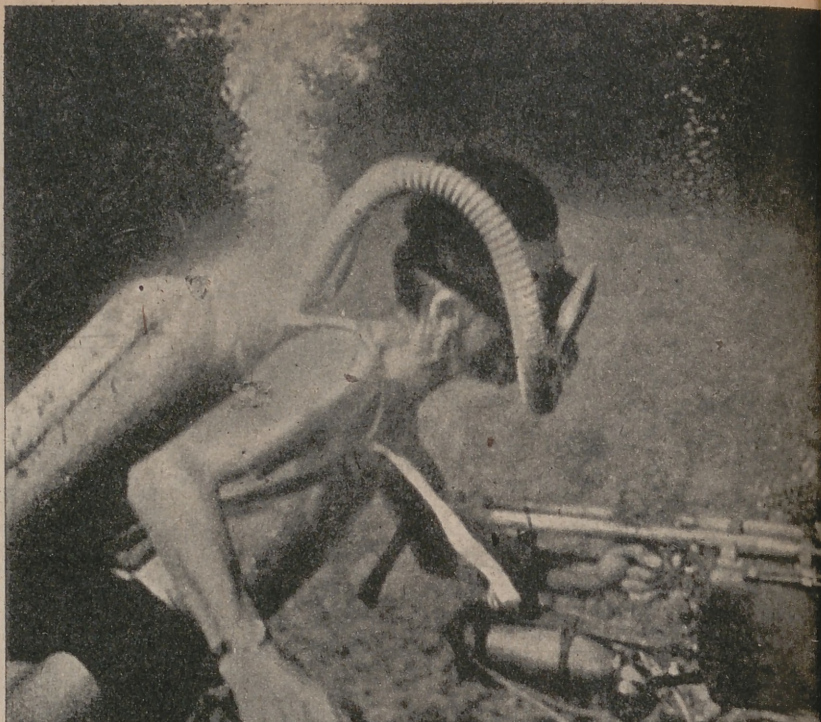
El profesor se ha levantado con una agradable sonrisa de buen catador de coñac. El tiempo es oro para este hombre. Dentro de unos momentos ha de asistir a la clausura del Congreso de Técnica Aeronáutica. El coronel Pérez-Marín interviene mientras ayuda a poner el abrigo al profesor Von Karmán.

—Cuénteles, cuénteles su teoría sobre las corridas de toros—apunta el coronel.

—¡Ah!, muy interesantes. Las considero un fuerte espectáculo, muestra de la gran virilidad del pueblo español. En la noble lucha, invariablemente, me pongo del lado del toro, al que considero «mi amigo», y «protesto» de que a la muerte, tan noble enemigo sea arrastrado por la arena. El pueblo español, de tan grande inventiva, debiera idear algún procedimiento para honrar la muerte del toro en la plaza, rindiéndole los debidos «honorarios fúnebres» que merece.

Y con su ironía fina de europeo y buen húngaro, se ha calado su boina. De nuevo, pero todavía con una sonrisa, vuelve a cruzar pasito a pasito el hall del hotel.

Luis LOSADA



El comandante Cousteau nada bajo la superficie del mar con su cámara para fotografías de color

EL COMANDANTE COUSTEAU EN EL MUNDO DEL SILENCIO

UNA mañana del mes de junio de 1943 me dirigí a la estación de ferrocarril de Bandanol, en la Ríiviera francesa, para hacerme cargo de una caja de madera expedida en París.»

Las aventuras del comandante Cousteau, el héroe del mundo submarino, comenzaron ni más ni menos así:

Una mañana soleada, el célebre artillero de la Marina francesa fué a buscar a la estación aquella caja de madera, con la que voló a Villa Barry. El envío fué abierto con singular expectación.

—Nunca envío de Navidad fué abierto con tanta excitación.

Allí estaban Philippe Tailliez, Frederic Dumas, los inseparables compañeros en todos los momentos de la aventura, junto con la esposa de Cousteau, Simone.

Y lo que la caja contenía era, ni más ni menos, lo que en español conocemos por «pulmón acuático», ideado por Cousteau y Emile Cagnan. Constaba de tres botellas de aire de tipo mediano, unidas a un regulador de aire del tamaño de un despertador. Desde el regulador partían dos tubos que se unían en una boquilla. Esta era la idea del marino: con este equipo sujeto a la espalda, unos lentes submarinos que cubriesen los ojos y la nariz, y aletas de goma para los pies, lanzarse a explorar el desconocido mundo submarino.

EL PRIMER PASEO POR EL FONDO DEL MAR

No pudieron aguardar. La exci-

tación que el nuevo artefacto produjo en el grupo fué demasiado intensa para aguardar días, ni siquiera horas. El mismo Jacques Cousteau lo relata de una manera sencilla. Todas las cosas en él tienen este signo: el de la sencillez. Es un hombre curtido a los aspavientos. En él no hacen mella. Por eso cuenta aquella aventura en el fondo del mar, al alegre ritmo de la marcha de cuatro camaradas hacia una cala, un tanto alejada de miradas de bañistas: Simone, Frederic, Philippe y Jacques.

El trabajo se lo habían dividido así: sería Jacques el que se colocara el pulmón acuático para descender. Simone, la esposa de Jacques, vigilaría a su marido nadando en la superficie, provista de un respirador «Shcnorkel» y de unos lentes sumergibles, Dumas —el famoso «Didi», el mejor buceador de Francia, se quedaría tranquilamente en la orilla, calentándose al sol, pronto a lanzarse a la menor señal de alarma. «Didi» podía bajar tranquilamente hasta los 18 metros de profundidad.

Este es el plan. Cousteau comprueba la presión del aire. Las botellas contienen aire comprimido a más de cincuenta veces la presión de la atmósfera. Los compañeros de Jacques sujetan el bloque tribotella a la espalda del nadador. El regulador quedaba de esta manera a la altura de la nuca, mientras los tubos pasaban por encima de su cabeza. Antes de la zambullida aun hay otros

ritos que cumplir que asombrarían a los profanos: escupir en el interior de las gafas, de cristales inastillables, y enjuagarlas luego en la rompiente, «con el fin de que no se empañen».

Así, Jacquès sujeta la boquilla entre los dientes y, tambaleándose bajo el peso de los 25 kilos del aparato, se acerca a la orilla del mar.

—Mi escafandra autónoma había sido diseñada con la intención de que resultase ligeramentemente flotante. Me recliné sobre el agua helada para ver si se cumplía en mí el principio de Arquímedes, que dice que un cuerpo sólido sumergido en un líquido es empujado hacia arriba por una fuerza igual al peso del líquido que desaloja. Dumas me hizo quedar bien con Arquímedes sujetando algo más de tres kilos de plomo a mi cinturón.

Luego, la impresión de facilidad que recibe al sumergirse hasta alcanzar el fondo de arena. El comprobar cómo respira sin dificultad un aire tibio y fresco. Y la primera mirada a las profundidades.

—Bajo mí se abría un pequeño barranco repleto de hierbas verdeoscúras, negros erizos de mar y pequeñas algas blancas semejantes a flores.

Es éste el mundo que quería descubrir Cousteau. Aquel mundo en que seguía brillando el sol «con una luz cegadora».

Comprueba que avanza con facilidad. Para descender le basta vaciar lentamente de aire sus pulmones. Su menor peso hacia disminuir el poder ascensional del agua, y el hombre se hundía placidamente. Para ascender, la maniobra contraria.

UN HOMBRE QUE PUEDE VOLAR

Costeau desciende más y más. En anteriores zambullidas ya había conseguido los dieciocho metros de profundidad sin necesidad de medios artificiales. Esta vez traspasa la frontera, saluda a Simone, que aparece arriba, en la superficie, del tamaño de una mueca. Sigue nadando horizontalmente a un grupo de aplañados sargos. Y desciende más y más. Desciende libremente, sin cuerdas ni tubos. Hace cabriolas, salta y prueba a reír: la escafandra autónoma sigue proporcionando su aire libremente. Nada de cuerdas ni tubos. Nada de buzos torturados, con más presión en los tobillos que en la cabeza, avanzando pesadamente, sin gracia, por entre aquel mundo de maravillas. Por el contrario, el pulmón acuático «liberaba al nadador de la gravedad y de la flotabilidad». «La sensación que recibía—ha dicho él—es la de volar.»

A más de dieciocho metros, en aquel primer descenso, Cousteau penetra en una cueva submarina. Había pasado por ellas sin detenerse, las había divisado en otras zambullidas a cuerpo limpio. Ahora quiere penetrar.

El túnel es estrecho y las botellas de aire golpean el techo. Va como fascinado. Si su sentido común le dice que no avance más, su afán de conocer le impele a seguir. De pronto se sintió impedido contra el techo de la cueva.



La «Calypso», la nave donde el comandante Cousteau y sus hombres exploraron el mar Rojo.

Como había gastado ya la tercera parte del aire, se había vuelto más ligero. Esto le hace pensar que puede rozar contra el techo alguno de los tubos y seccionarlo.

Vuelto, entonces, boca arriba, apoyado en su espalda, ve el fantástico techo de la cueva, totalmente cuajado de langostas. Arranca dos de ellas, enormes, y sube para entregárselas a Simone, que corre luego a la orilla para dejárselas a un pescador pacífico que está sentado en una roca.

—¿Quiere usted guardármelas?

A cada zambullida de Simone, el pescador fué viendo cómo aparecía con más y más langostas. El hombre no salió en toda la mañana de su asombro.

LOS PRICIPIOS DEL COMANDANTE COUSTEAU

Desde muy joven, Jacques Cos-

teau se había sentido atraído por las profundidades subacuáticas.

Era sólo un nadador interesado en perfeccionar su estilo, cuando un día, en la costa marselesa, buceando algo más de lo normal, pudo contemplar un extraño y alucinante paisaje de algas verdes, peces extraños y recovecos inverosímiles. La civilización de arriba carece de todo interés cuando se ha contemplado, aunque sólo sea por breves instantes, el espectáculo del mundo submarino.

La amistad con Frederic Dumas, el fabuloso hijo de un profesor de Química, que hacía caza submarina con la ayuda de una barra de cortina, y con Philippe Taillez, el primero en usar aletas de goma en los pies, fué el paso definitivo en sus aventuras. Juntos cazaron en la costa mediterránea hasta aburrir a los pesca-

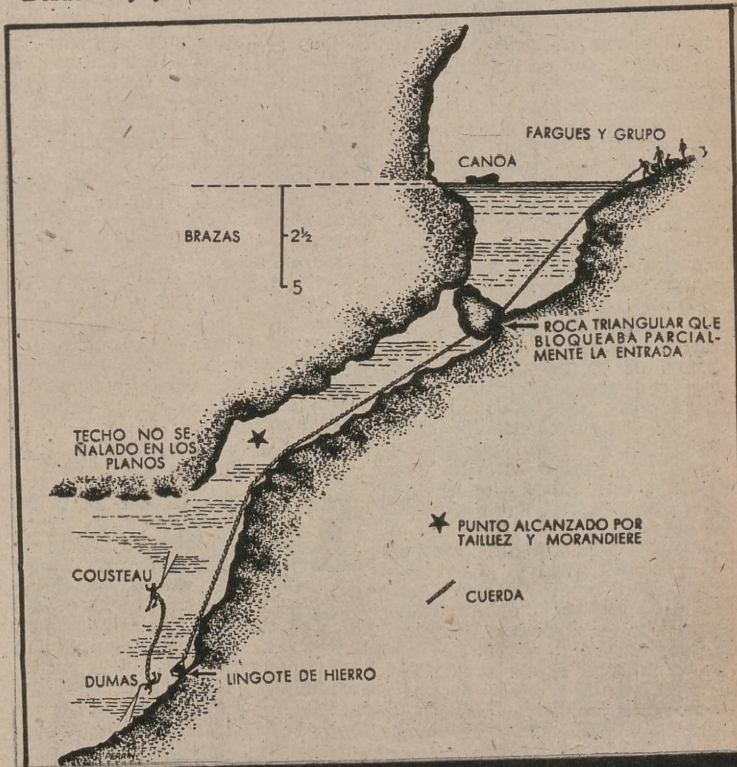


Gráfico que muestra la exploración de la Vaucluse en agosto de 1946

dores, ya que ahuyentaban a los peces de manera verdaderamente impresionante.

El primer paso en estas profundidades primeras fueron los lentes. El ojo humano no puede ver bajo el agua. El agua del mar lo irrita y le imposibilita para ver. Con unos lentes estancos, estas dificultades desaparecen.

Así que el primer paso fueron los lentes. Philippe Taillez, teniente de navío, había conseguido, además, construir un ingenioso aparato para respirar que le permitía permanecer dentro del agua más que a otros nadadores. Con la ayuda de una regadera vulgar ayudó a sus compañeros a construir otros parecidos. Desde aquel día el equipo de bucos Cousteau-Dumas-Taillez fueron el terror de la costa.

Aventuras con palometas inmensas, grandes peces, contra los que luchaban y vencían en el breve espacio que duraba cada zambullida, siempre regulada por la necesidad de volver a la superficie a recuperar aire.

Era la gran dificultad: la respiración. Por eso el primer gran paso en este sentido fué el saber de la botella de aire comprimido empleada por Le Pieur.

Era en realidad la primera escafandra autónoma que regulaba el mismo buzo por medio de una válvula. El chorro de aire comprimido era directo y continuo; por esta causa las zambullidas no podían durar largo tiempo.

Existían, además, para la conquista de este mundo fascinador otras dificultades: el frío.

LA LUCHA CONTRA LA FISIOLÓGICA HUMANA

La lucha contra las reacciones fisiológicas del cuerpo humano emprendida por estos tres hombres y sus resultados es realmente asombrosa.

El agua, al ser mejor conductora del calor que el aire, tiene una extrema capacidad para absorber calorías. El calor que el cuerpo humano pierde durante un baño es enorme. El cuerpo humano, sometido a una pérdida de calor, va haciendo la entrega al frío de fuera adentro con el fin de conservar el calor central. Primero la piel, luego los tejidos subcutáneos, manos, pies. Si el frío continúa, se pone en peligro la propia vida.

Las mantas que los bañistas emplean después de un baño ellos supieron que no sirven para nada, puesto que no restauran la fuente central de calor, así como no sirven los tragos de coñac ni la grasa. El hecho de cubrir el cuerpo con grasa no sirve para nada. El agua hace saltar la grasa y deja solamente una película de aceite en el cuerpo que ayuda al nadador a perder calorías. Solamente si esta grasa pudiese iryectarse bajo la piel la protección sería efectiva.

Costeau y sus amigos pasaron muchas horas ideando algo que les protegiese contra el frío. Con el primer traje de goma, Costeau asegura que parecía Don Quijote. Otro traje, esta vez hinchable, solo se equilibraba a una profundidad determinada y tenía el peligro de poder ser arrastrado hacia arriba o hacia abajo en cualquier momento. Sólo más tarde, en 1946, llegaron a diseñar el traje volumen, que se hincha gracias a las exhalaciones nasales

del buceador, que salen por los bordes de una mascarilla interior. Válvulas de escape del aire situadas en cabeza, muñecas y tobillos mantienen la estabilidad del nadador en cualquier profundidad o posición.

Dumas construyó también un traje de «entretiempo» consistente en un justillo ligero que protege durante veinte minutos en aguas frías y que deja al nadador la máxima libertad de movimientos.

LAS PRIMERAS PELICULAS DEL MUNDO SUBMARINO

Paso a paso este hombre musculoso que es Cousteau, vivo y humorista y sus intrépidos compañeros han ido venciendo las dificultades que su empresa les ofrecía.

Después de toda clase de accidentes, como el sufrido por Cousteau utilizando oxígeno o con la bomba «Fernet», la escafandra autónoma era una verdadera maravilla. Tan fácil de utilizar era, tan bien les iban las cosas en aquel verano de 1943 en que empezaron a usarla, que en cada zambullida se mostraban relojosos de tanta facilidad.

Era el verano de la ocupación alemana y aquel grupo de gentes de Villa Barry no parecía enterarse. Compraron judías, que comían a todas horas para acumular energías, y se sumergieron más de quinientas veces.

—Como los amigos de la superficie se aburrían de oírnos contar las maravillas de las profundidades nos vimos obligados a hacer fotografías con el fin de revelarles lo que habíamos visto. Puesto que bajo el agua nos movíamos constantemente, empezamos con las películas. Nuestra primera cámara fué una anticuada «Kinamo» que compré por veinticinco dólares. Papá Heinic, un refugiado húngaro, le colocó un hemoso objetivo. León Veche, el maquinista de la lancha torpedera «Le Mars», construyó una caja estancia. Como durante la época de guerra era imposible conseguir película de treinta y cinco milímetros, compramos carretes «Leica» de quince centímetros y empalmamos negativos en la cámara oscura.

Más tarde, en octubre de 1943, la exhibición en público, en la cual Dumas experimenta por vez primera la gran borrachera de las profundidades.

Con una mar violenta, Cousteau y Dumas descienden por una cuerda provistos de pesos con el fin de evitar esfuerzos inútiles antes de llegar a cierta profundidad. Una vez abajo, el peso se ataba a la cuerda y la exploración continuaba.

LA BORRACHERA DE LAS PROFUNDIDADES

Pero Didi fué víctima de la terrible borrachera.

«La luz no cambia de color, como suele ocurrir bajo una superficie turbia. No puedo ver claramente o es que el sol se ha puesto ya, o es que mis ojos son débiles. Alcanzo el nudo que señala los treinta metros. No siento debilidad en mi cuerpo, pero estoy jadeante. La condenada cuerda no pende verticalmente. Se inclina de una manera oblicua en aquella especie de caldo amarillento. Cada vez se inclina más. Esto me preocupa; pero, por otra parte, me

siento maravillosamente bien. Tengo una singular sensación de beatitud. Estoy borracho y libre de cuidados. Me zumban los oídos y siento un gusto amargo en la boca. La corriente me hace tambalear como si llevase muchas copas en el cuerpo.

«He olvidado a Jacques y a la gente de las lanchas. Tengo los ojos cansados. Sigo bajando, tratando de pensar en el fondo, pero no puedo. Voy a quedarme dormido, pero no puedo hacerlo en tal estado de embriaguez. En torno mío reina un poco de luz. Trato de alcanzar el siguiente nudo y no puedo. Lo pruebo de nuevo y ato mi cinturón a él.

«La subida es tan alegre como la burbuja. Liberado de mis pesos, voy tirando de la cuerda y subiendo a saltos. La sensación de borrachera se desvanece. Ahora tengo la cabeza clara y estoy muy furioso por no haber alcanzado la meta propuesta. Paso junto a Jacques y sigo subiendo a toda prisa. Según me dijeron, estuve abajo siete minutos.»

—La borrachera de Dumas no fué sino una gran intoxicación de nitrógeno. El primer grado de ella consiste en una ligera anestesia: tras la cual el buzo se convierte en un Dios. Si pasa casualmente un pez por su lado, el buzo podrá imaginarse que necesita aire y se sacará el tubo de la boca con un gesto sublime para ofrecérselo.

Cousteau hace también su confesión en este sentido:

—Soy muy sensible a la borrachera del nitrógeno. Me gusta y, al mismo tiempo, la temo como al diablo, pues destruye el instinto de conservación.

EL MUNDO SUMERGIDO

Costeau y sus compañeros, tras innumerables exploraciones por su cuenta; cuando el mundo de los cuarenta metros de profundidad hasta los ochenta y noventa era su campo experimental, fundan el grupo de Investigaciones Subacuáticas, en 1945, con centro de operaciones en el aviso «Elie Montier».

Y él, al mando de sus intrépidos compañeros, dirigió la tremenda exploración de la Vaucluse.

Esta vez se trataba de espeleología subacuática. La famosa fuente de la Vaucluse está cerca de Aviñón y es un manantial tranquilo al parecer. En este tranquilo manantial, Costeau y sus compañeros, después de más de cinco mil inmersiones, iban a tener la aventura más espeluznante de su carrera de aventuras.

La fuente en cuestión consiste en un delgado chorro que no explica ni justifica la gran explosión de agua que viene, después. Explorada ya en 1878 por Otoneilli, se supo de una cavidad de trece metros y medio de profundidad, para luego alcanzar los dieciocho metros tras seguir un túnel inclinado que se abría bajo una enorme piedra triangular.

Luego había descendido también un tal señor Negri. El señor Negri no era del gusto de Cousteau y sus amigos. El señor Negri había bajado bien provisto de micrófono, y hecho un verdadero relato fantástico de sus aventuras cuando aún estaba bajo el

agua, todo ello producto de su imaginación calenturienta.

UNA VEZ MAS, CARA A LA MUERTE

En cambio, el relato de la gran exploración llevada a cabo por Dumas y Cousteau tiene toda la fuerza del dramatismo más real y menos espectacular del mundo. Bien equipados con sus trajes especiales, sus pulmones acuáticos, piquetas para el hielo, focos y cuerdas, empezó el descenso, en medio de la curiosidad de varios cientos de personas.

La primera dificultad surge cuando el traje de hombre-rana de Dumas empieza a llenarse de agua mientras él se esforzaba débilmente en inflarlo de aire.

—Nos hallábamos dominados por la embriaguez de las grandes profundidades, pero no por el sentimiento familiar de la horra- chera. Nos sentíamos pesados y ansiosos en lugar de pesados y optimistas... «No tendría que sentirme así en esta profundidad», pensé.

Las cuerdas las habían perdido en lugar más alto.

—Dumas se hallaba fuertemen- te narcotizado, pero creía que era yo quien se hallaba en pel'g'o.

Hurgó en su cintura con ma- nos torpes para soltar la botella de reserva.

Al hacer este gesto se desplazó rápidamente por encima de los guijarros y saltó la cuerda guía, que desapareció en las tinieblas. Yo nadaba encima de él buscando torcemente una pared u un techo, cuando el peso de Dumas tiró de mí como un ancla, dete- niendome en seco.

Son los trágicos momentos que apenas podemos imaginar desde nuestra poltrona tranquilidad.

—Por agana pa te encima de nuestras cabezas había setenta brazas de túnel y de rocas que se desmoronaban.

Silencio por todas partes. Cuan- do la provisión de aire se acaba será el fin. Entonces Cousteau na- na hacia la luz de Dumas, que yace inerte, y pretende abrazarle en el último instante. Cousteau re- nanza el abrazo que les haría morir a los dos y piensa que el bngote atado a la cuerda guía, puesto que no hay corriente, no puede estar lejos. Comienza a buscarlo con ansia, hasta que tro- pieza con él.

—Pero Didi en su mod rra, ha- bía entrecabierlo los dientes. Tra- go agua, y una poca penetró en sus pulmones. Comprendí que no podía nadar hacia la superficie arrastrando al inerte Dumas, que pesaba lo menos doce kilos con su traje lleno de agua.

Pero no había más remedio que subir por la cuerda arras- trando a Dumas. Sólo que...

—Los tres primeros tirones que di a la cuerda fueron correctamen- te interpretados por Fargues como la señal convenida para lanzar más cuerda. Con la mejor voluntad lo hizo inmediatamente. Llamo del más profundo pánico contemplé el extraño fenómeno de la cuerda que caía hacia mí.

Cousteau se repone pronto. Pa- ra poder subir sin que le lancen más cuerda tiene que ir dando ti- rones hasta que toda la cuerda pase entre sus manos: ciento veinte metros de cuerda pa a on- tonces por ellas. Cuando ya se



Cousteau y su familia. De izquierda a derecha, su hijo Felipe, de doce años; la señora Cousteau; el comandante y el hijo mayor, Juan Miguel, de trece años

creo salvado nota un nudo: Far- gues ha atado una segunda cuer- da a la primera con la mejor in- tención. No hay solución. Preparo lo único posible. Pero el peso de Dumas era tremendo y arras- traba a Cousteau a cada paso.

Hubo un momento en que el propio Cousteau piensa en dejar a Lidi allá abajo. Y aun en aque- llos momentos hay algo que le detiene. Intenta volver a hacerse entender por Fargues. Se's tirones eran la señal de alarma o nvenida para que se les izase Pe- ru la cuerda, detenida por ob- táculos, no transmitía señal al guna.

Arriba Fargues nervioso. Tan- ta cuerda perdida le extrañaba. La falta de señal's en los últimos momentos le hicieron temer cual- quier cosa. Un leve tirón al final de la cuerda le decidió. «Lo más que puede ocurrir es que me p n gran verde.» Y tiró por fin para izar a sus compañeros.

EL MISTERIO DE VAUCLUSE

Más tarde supieron bien que la causa de todo aquello no era sino el propio aire que respira- ban, el aire de Vaucluse conteni- do en sus propias botellas, que contenía 1/2 000 de óxido de car- bono, y la acción del óxido de carbono a 50 metros de profun- didad es seis veces mayor. La cantidad que habían respirado hubiera sido suficiente para matar a un hombre en veinte mi- nutos.

Pero nada ha detenido a Cou- steau. Las maravillas de los bar- cos hundidos, las investigaciones hechas desde el barco «Calypso», en el que partió en 1951 para

permanecer tres o cuatro años investigando el mundo submari- no de todos los océanos.

Es más: no tiene inconvenien- te en enseñar a sus propios hi- jos. Cuando ambos tenían siete y cinco años, les regaló ya unos «acualung» en miniatura. Los niños descendieron encantados, tras recibir sumarias instruccio- nes. El único inconveniente: los niños querían hablar a cada ma- ravilla descubierta y soltaban la boquilla de los labios, tragando agua con toda inconsciencia. En la primera inmersión sacó a los dos con síntomas de asfixia.

Entonces Cousteau contó a sus ciencia. En la primera inmersión hijos que el mar es un mundo distinto un mundo silencioso en el que ni los niños pueden ha- blar. Un mundo de maravillas que a las mujeres no les suele gustar.

—Las mujeres suelen fruncir el ceño cuando de bucear se trata.

La suya propia no tiene nin- gún interés por el buceo. A pesar de las fotografías de las películas que su marido fil- ma en las profundidades, de las fantasías de color de este mundo en el que a una cierta profundi- dad «la sangre es verde», Simone Cousteau no descende sino a po- cos metros de distancia de la su- perficie.

Cousteau, de día y de noche, provisto de potentes reflectores, ha ido filmando para el mundo en- tero sus impresionantes aventu- ras «en el mundo del silencio» de los peces y las algas, donde los peligros tienen formas de flores y de máscaras coloreadas.

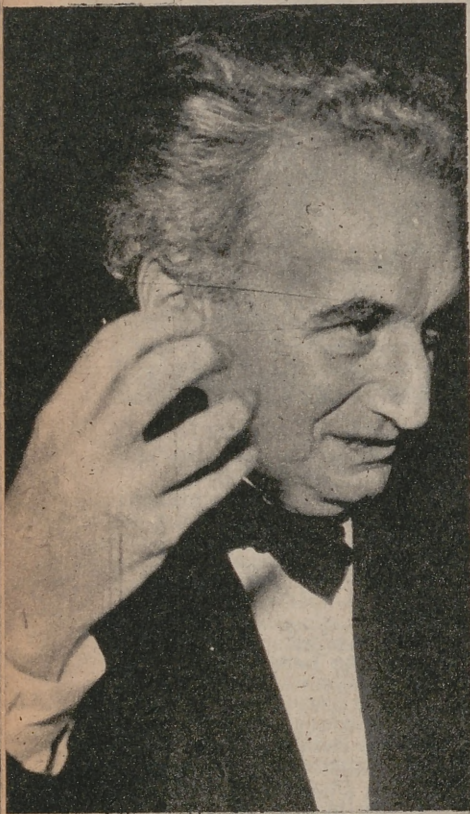
María-Jesús ECHEVARRIA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

LOS HOMBRES A LA CONQUISTA DE LO DESCONOCIDO



VON KARMAN,
EL "MAGO DE
LO SUPERSONICO"

COUSTEAU,
EN EL MUNDO
DEL SILENCIO

A la izquierda, Von Karman; a la derecha, Jacques Y. Cousteau
(Vea pág. 57.)

